

Premio Nobel de Literatura

**J. M.
COETZEE**

**Diario de
un mal año**



se

Un eminente escritor australiano es invitado a colaborar en un volumen de ensayos titulado *Opiniones contundentes*. Dicha oportunidad le permite abordar una serie de temas (algunos de actualidad, otros universales) de su interés: los orígenes del Estado, la figura de Maquiavelo, el anarquismo, al-Qaeda, el diseño inteligente o la música. Mientras se encuentra inmerso en el proceso de redacción de los textos, el viejo escritor conoce a Anya, una atractiva joven que vive en el mismo bloque de apartamentos. Pronto sabe que Anya está buscando trabajo y le propone que mecanografíe sus manuscritos. La aparición de Alan, novio de Anya, cambiará el rumbo de la relación entre la joven y el escritor. *Diario de un mal año*, la nueva novela del premio Nobel J. M. Coetzee, lleva a cabo, con un tono íntimo y cargado de veracidad, la disección de las emociones más complejas. Con una escritura estimulante y espléndida, construye un atlas de las miserias (pero también de la dignidad) del alma humana.



J. M. Coetzee

Diario de un mal año

ePub r1.0
NoTanMalo 07.05.16

Título original: *Diary of a bad year*

J. M. Coetzee, 1997

Traducción: Jordi Fibla

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2



1. Opiniones contundentes

(12 de septiembre de 2005-31 de mayo de 2006)

01. SOBRE LOS ORÍGENES DEL ESTADO

Toda explicación de los orígenes del estado parte de la premisa de que «nosotros» (no los lectores, sino algún nosotros genérico, tan amplio que no excluya a nadie) participamos en la creación del estado. Pero lo cierto es que el único «nosotros» que conocemos (nosotros mismos y las personas que nos rodean) nacemos en el estado; y nuestros antepasados, hasta tan lejos en el tiempo como podamos remontarnos, también nacieron en el estado. El estado está siempre ahí, antes que nosotros.

(¿Cuánto tiempo atrás podemos remontarnos? El pensamiento africano ha llegado al consenso de que después de la séptima generación ya no es posible distinguir entre historia y mito).

Si, pese a la evidencia de nuestros sentidos, aceptamos la premisa de que nuestros antepasados crearon el estado, entonces debemos aceptar también lo que esto comporta: que, si lo hubiésemos elegido, nosotros o nuestros antepasados podríamos haber creado el estado de alguna otra forma; tal vez, también, que podríamos cambiarlo colectivamente si así lo decidiéramos. Pero lo cierto es que, incluso colectivamente, a quienes están «bajo» el estado, a quienes «pertenecen» al estado, les resultará difícil de veras cambiar la forma del estado. Desde luego carecerán (careceremos) de poder para abolirlo.

La vi por primera vez en la lavandería. Era a media mañana de un tranquilo día de primavera y yo estaba sentado, mirando cómo la colada daba vueltas, cuando entró aquella asombrosa joven. Asombrosa porque lo último que esperaba era semejante aparición; también porque el vestido rojo tomate que llevaba era asombroso en su brevedad.

No está en nuestro poder cambiar la forma del estado y es imposible abolirlo porque, frente al estado, somos, precisamente, impotentes. En el mito de la fundación del estado expuesto por Thomas Hobbes, nuestra caída en la impotencia era voluntaria: a fin de escapar a la violencia de la interminable guerra intestina (una represalia tras otra, una venganza tras otra, la *vendetta*), individualmente y por separado cedíamos al estado el derecho a emplear la fuerza física (el derecho es poder, el poder es derecho), introduciendo así el dominio (la protección) de la ley. Quienes eligen permanecer al margen del pacto quedan fuera de la ley.

La ley protege al ciudadano que la respeta. Incluso protege hasta cierto grado al ciudadano que, sin negar la fuerza de la ley, emplea de todos modos la fuerza contra su conciudadano: el castigo prescrito para el ofensor debe ser acorde con su ofensa. Incluso el soldado enemigo, en la medida en que es el representante de un estado rival, no deberá ser ejecutado si se le captura. Pero no hay ninguna ley que proteja al

fuera de la ley, el hombre que se alza en armas contra su propio estado, es decir, el estado que lo reclama como propio.

El espectáculo que yo daba también debió de sobresaltarla: un viejo encogido en un rincón que a primera vista podría ser un vagabundo de la calle. Hola, me dijo fríamente, y entonces fue a lo suyo, que consistía en vaciar dos bolsas de lona blanca en una lavadora de carga superior, unas bolsas en las que parecían predominar las prendas interiores masculinas.

Hobbes dice que fuera del estado (la cosa pública, el *statum civitatis*), el individuo puede experimentar los goces de la perfecta libertad, pero que la libertad no le hace ningún bien. Con el estado, en cambio, «cada ciudadano conserva tanta libertad como necesita para vivir bien en paz, [mientras] se priva a otros de la libertad suficiente para eliminar el temor que inspiran... En resumen: fuera de la cosa pública están el imperio de las pasiones, la guerra, el temor, la pobreza, la maldad, la soledad, la barbarie, la ignorancia, el salvajismo; dentro de la cosa pública están el imperio de la razón, la paz, la seguridad, la riqueza, el esplendor, la sociedad, el buen gusto, las ciencias y la buena voluntad»^[1].

Lo que el mito hobbesiano de los orígenes no menciona es que la entrega del poder al estado es irreversible. No tenemos la opción de cambiar de idea, de decidir que el monopolio del ejercicio de la fuerza, codificado por la ley, que detenta el estado, no es al fin y al cabo lo que queremos, que preferiríamos volver a un estado natural.

Bonito día, le dije. Sí, replicó, de espaldas a mí. ¿Es usted nueva?, le pregunté, refiriéndome a si era nueva en las torres Sydenham, aunque también eran posibles otros significados, *¿Eres nueva en este planeta?*, por ejemplo. No, dijo ella. Cómo chirría el intento de mantener una conversación. Vivo en la planta baja, le dije. Esta clase de tácticas me están permitidas, se achacarán a la locuacidad. Qué hombre tan charlatán, le dirá ella al propietario de la camisa rosa con el cuello blanco, me ha costado libramme de él, una no quiere ser descortés. Vivo en la planta baja desde 1995 y aún no conozco a todos mis vecinos, le dije. Sí, replicó ella, y nada más, una sola palabra que significaba *Sí, oigo lo que dice y estoy de acuerdo, es trágico no saber quiénes son tus vecinos, pero es lo que ocurre en la gran ciudad y ahora he de ocuparme de otras cosas, así que ¿podríamos dejar que este intercambio de cortesías de rigor fallezca de muerte natural?*

Nacemos súbditos. Desde el momento en que nacemos somos súbditos. Un

distintivo de esa condición es el certificado de nacimiento. El estado perfeccionado detenta y protege el monopolio de certificar el nacimiento. O bien te dan el certificado del estado (y lo llevas contigo), con lo que adquieres una *identidad* que durante el curso de tu vida le permite al estado identificarte y seguir tu rastro (dar contigo), o bien vives sin identidad y te condenas a vivir fuera del estado como un animal (los animales no tienen documentos de identidad).

No solo no puedes ingresar en el estado sin certificación: para el estado no estás muerto hasta que se certifica tu muerte; y solo puede certificar tu muerte un funcionario que, a su vez, detenta una certificación del estado. El estado procede a la certificación de la muerte con extraordinaria meticulosidad, como lo prueba el envío de un gran número de científicos forenses y burócratas para inspeccionar y fotografiar y manosear y empujar la montaña de cadáveres humanos que dejó tras de sí el gran tsunami de diciembre de 2004, a fin de establecer sus identidades individuales. No se repara en gastos para asegurar que el censo de súbditos esté completo y sea exacto.

Que el ciudadano viva o muera no es algo que preocupe al estado. Lo que le importa al estado y sus registros es saber si el ciudadano está vivo o muerto.

*

Tiene el cabello negro, muy negro, una hermosa osamenta. Cierta brillos dorados en la piel, «suavemente radiante» podría ser el término preciso. En cuanto al vestido rojo brillante, tal vez no sea la prenda que habría elegido si hubiera esperado la compañía de un desconocido en la lavandería a las once de la mañana de un día laborable. Vestido rojo y chanclas. Esa clase de chanclas que son una continuación de los pies.

Los siete samuráis es una película con un dominio completo de su medio, pero lo bastante ingenua para tratar de una manera sencilla y directa las cosas básicas. Trata en concreto del nacimiento del estado, y lo hace con una claridad y una globalidad dignas de Shakespeare. De hecho, lo que *Los siete samuráis* ofrece es nada menos que la teoría kurosawana del origen del estado.

La película relata lo que sucede en una aldea durante una época de desorden político, una época en la que el estado ha dejado realmente de existir, y las relaciones de los aldeanos con un grupo de bandidos armados. Tras años de abatirse sobre la aldea como una tormenta, violar a las mujeres, matar a los hombres que oponen resistencia y llevarse las provisiones almacenadas, a los bandidos se les ocurre la idea de sistematizar sus visitas y acudir al pueblo una sola vez al año para exigir o arrancar tributos (impuestos). Es decir, los bandidos dejan de ser depredadores del

pueblo y se convierten en parásitos.

Mientras la miraba me invadió un dolor, un dolor metafísico, que no traté de reprimir. Y de una manera intuitiva ella lo supo, supo que al viejo sentado en una silla de plástico en el rincón le ocurría algo personal, algo relacionado con la edad, el pesar y la tristeza de las cosas. Algo que a ella no le gustaba en particular, que no quería recordar, aunque era un tributo a ella, a su belleza y frescura, así como a la brevedad de su vestido. De haber procedido de otro hombre, de haber tenido un significado más sencillo y directo, podría haber estado más dispuesta a aceptarlo de buen grado; pero viniendo de un viejo su significado era demasiado difuso y melancólico para un bonito día en el que tienes prisa por terminar las tareas.

Uno supone que los bandidos tienen sometidas bajo su yugo a otras aldeas «pacificadas» similares, que caen sobre ellas por turno, que en conjunto tales aldeas constituyen la base recaudatoria de los bandidos. Es muy probable que hayan tenido que luchar contra bandas rivales por el control de determinadas aldeas, aunque en la película no vemos nada de ello.

Los bandidos aún no han empezado a vivir entre sus súbditos de modo que estos tengan que satisfacer sus necesidades día a día, es decir, todavía no han convertido a los aldeanos en una población esclava. Así pues, Kurosawa somete a nuestra consideración una etapa muy temprana en el desarrollo del estado.

La acción principal de la película comienza cuando los aldeanos conciben un plan para contratar a su propia banda de hombres duros, los siete samuráis sin trabajo del título, para que los proteja de los bandidos. El plan surte efecto, los bandidos son derrotados (el grueso de la película consiste en escaramuzas y batallas), los samuráis se alzan con la victoria. Tras haber visto cómo funciona el sistema de protección y extorsión, el grupo de samuráis, los nuevos parásitos, presentan una oferta a los aldeanos. A cambio de dinero, tomarán la aldea bajo su tutela, es decir, ocuparán el lugar de los bandidos. Pero en un final que refleja más bien los deseos que la realidad, los aldeanos se niegan: piden a los samuráis que se marchen, y estos aceptan.

Transcurrió una semana antes de que volviera a verla (en un bloque de pisos bien diseñado como este, no es fácil seguir la pista de tus vecinos), y solo fugazmente, cuando cruzó la puerta principal enfundada en unos pantalones blancos que resaltaban un trasero casi tan perfecto que podría ser angelical. Dios, concédeme un solo deseo antes de morir, susurré; pero me embargó la vergüenza por la concreción

del deseo, y lo retiré.

El relato kurosawano sobre los orígenes del estado todavía se representa en el África actual, donde bandas de hombres armados se hacen con el poder (es decir, se adueñan del tesoro nacional y asumen los mecanismos de cobrar impuestos a la población), eliminan a sus rivales y proclaman que con ellos comienza una nueva era. Aunque con frecuencia estas bandas militares africanas no son mayores ni más poderosas que las bandas de criminales organizados en Asia o la Europa del Este, la prensa, incluso los medios de comunicación occidentales, cubre respetuosamente sus actividades bajo el encabezamiento de política (asuntos mundiales) en vez del de delincuencia.

Uno también puede citar ejemplos europeos del nacimiento o el renacimiento del estado. En el vacío de poder dejado por la derrota de los ejércitos del Tercer Reich en 1944-1945, bandas armadas rivales anduvieron a la greña por hacerse cargo de las naciones recién liberadas; cuál de ellas se hiciera con el poder dependía de cuál contara con el apoyo de tal o cual ejército extranjero.

Gracias a Vinnie, el encargado de la Torre Norte, supe que ella (a la que tuve la prudencia de describirle no como «la joven con el vestido seductoramente corto y los elegantes pantalones blancos», sino como «la joven del pelo negro») es la esposa o por lo menos la novia del pálido, presuroso, rollizo y siempre sudoroso individuo cuyo camino se cruza con el mío de vez en cuando en el vestíbulo y a quien he puesto por mi cuenta el nombre de señor Aberdeen, y también que no es nueva en el sentido habitual de la palabra, puesto que (junto con el señor A) ocupa desde enero un excelente apartamento en la planta superior de esta misma Torre Norte.

¿Dijo alguien, en 1944, a la población francesa: *Pensadlo bien: la retirada de nuestros amos alemanes significa que, durante un breve momento, no nos gobierna nadie. Queremos poner fin a ese momento, o tal vez queremos perpetuarlo, convertirnos en el primer pueblo que en los tiempos modernos hace retroceder al estado?* Tal vez algún poeta pronunció estas palabras, pero, si lo hizo, su voz debió de ser silenciada enseguida por las bandas armadas, que en este y en todos los casos tienen más en común entre ellas que con el pueblo.

*

En los tiempos de los reyes, se le decía al súbdito: *Eras súbdito del rey A, ahora el rey A ha muerto y he aquí que eres súbdito del rey B.* Llegó la democracia y, por primera vez, se le dio al súbdito una alternativa: *¿Quieres (colectivamente) que te gobierne el ciudadano A o el ciudadano B?*

Al súbdito se le presenta siempre el hecho consumado: en el primer caso el hecho de su condición de súbdito; en el segundo, el hecho de la alternativa. La forma de la alternativa no se puede discutir. La papeleta de votación no dice: *¿Quieres a A, a B, o a ninguno de los dos?* Ciertamente nunca dice: *¿Quieres a A, a B, o a nadie en absoluto?* El ciudadano que expresa su insatisfacción con la forma de la alternativa ofrecida por los únicos medios de que dispone, absteniéndose o bien invalidando su papeleta de votación, sencillamente no cuenta, es decir, no se le tiene en cuenta, se le ignora.

Gracias, le dije a Vinnie. En un mundo ideal se me podría haber ocurrido una manera de seguir interrogándole (¿qué apartamento?, ¿bajo qué nombre?) sin que resultara indecoroso. Pero este no es un mundo ideal.

Enfrentado a una alternativa entre A y B, dada la clase de A y la clase de B que suelen llegar a aparecer en las papeletas, la mayoría de la gente, las personas *corrientes*, se inclinan en su fuero interno a no elegir a ninguno de los dos. Pero eso es solo una inclinación, y el estado no se ocupa de inclinaciones. Las inclinaciones no son moneda corriente en política. El estado se ocupa de las alternativas. A la persona corriente le gustaría decir: *Unos días me inclino por A, otros por B, la mayor parte de los días tengo la sensación de que ambos deberían marcharse; o bien, En ocasiones, un poco de A y un poco de B, y otras veces ni A ni B, sino algo totalmente distinto.* El estado sacude la cabeza. *Tienes que elegir*, dice el estado: *A o B.*

*

«Extender la democracia», como está haciendo ahora Estados Unidos en Oriente Medio, significa extender las reglas de la democracia. Significa decirle a la gente que, mientras que antes no tenían ninguna alternativa, ahora tienen una. Antes tenían A y nada más que A; ahora pueden elegir entre A y B. «Extender la libertad» significa crear las condiciones para que la gente elija libremente entre A y B. La expansión de la libertad y la expansión de la democracia van de la mano. Quienes se dedican a expandir la libertad y la democracia no ven ninguna ironía en la descripción del proceso que acabo de hacer.

Su relación con ese señor Aberdeen, que sin duda tiene pecas en la espalda, es una gran decepción. Me duele pensar en los dos uno al lado del otro, es decir, uno al

lado del otro en la cama, puesto que en última instancia eso es lo que cuenta.

Durante la guerra fría, la explicación que dieron los estados democráticos occidentales para prohibir sus partidos comunistas fue que a un partido cuyo objetivo declarado es la destrucción del proceso democrático no debía permitírsele participar en el proceso democrático, definido como elegir entre A y B.

*

¿Por qué es tan difícil decir cualquier cosa sobre la política desde fuera de la política?
¿Por qué no puede existir ningún discurso sobre la política que no sea en sí mismo político? Para Aristóteles la respuesta estriba en que la política es inherente a la naturaleza humana, es decir, forma parte de nuestro destino, como la monarquía es el destino de las abejas. Esforzarse por lograr un discurso sistemático o suprapolítico acerca de la política es inútil.

No solo por el insulto (el insulto a la justicia natural) que representa un hombre tan insípido en posesión de una amante tan celestial, sino por el aspecto que podría tener el fruto de su amor, el brillo dorado de la mujer totalmente desleído por la palidez céltica del hombre.

02. SOBRE EL ANARQUISMO

Cuando en Australia se utiliza el epíteto *the bastards* («los cabrones»), todo el mundo comprende su referencia. *The bastards* fue en otro tiempo el término que aplicaban los penados a los hombres que se consideraban a sí mismos sus superiores y que los azotaban si ellos no estaban de acuerdo. Ahora *the bastards* son los políticos, los hombres y las mujeres que dirigen el estado. El problema: cómo establecer la legitimidad de la antigua perspectiva, la perspectiva desde abajo, la perspectiva del penado, cuando es propio de la naturaleza de esa perspectiva ser ilegítimo, ir *contra* la ley, *contra* los cabrones.

Podría pasarme días ideando oportunas coincidencias que permitieran reanudar en otra parte el breve intercambio de la lavandería, pero la vida es demasiado breve para las maquinaciones. Permittedme, pues, que me limite a decir que el siguiente cruce de nuestros caminos se produjo en un parque público, el parque que se extiende al otro lado de la calle, donde la vi cuando reposaba bajo un sombrero veraniego de extravagante amplitud, hojeando una revista. Esta vez mostró un talante más amable, fue menos seca conmigo; logré que sus propios labios me confirmaran que en la actualidad carecía de una ocupación importante, o, como lo expresó ella, estaba «entre un empleo y otro»: de ahí el sombrero veraniego, de ahí la revista, de ahí la languidez de sus días. Me dijo que anteriormente había trabajado en la hostelería; a su debido tiempo (pero no había ninguna prisa) buscaría un nuevo empleo en el mismo campo.

La oposición a los cabrones, la oposición al gobierno en general bajo la bandera libertaria, ha adquirido mala fama porque con demasiada frecuencia hunde sus raíces en la renuencia a pagar impuestos. Sea cual sea la opinión que uno tenga sobre el pago de tributos a los cabrones, un primer paso estratégico ha de ser desvincularse de esa rama libertaria concreta. ¿Cómo hacerlo? «Toma la mitad de lo que poseo, toma la mitad de lo que gano, te lo cedo; a cambio, déjame en paz». ¿Sería esto suficiente para demostrar la buena fe de uno?

Étienne de La Boétie, el joven amigo de Michael de Montaigne, veía la pasividad de las poblaciones con respecto a sus dirigentes como un vicio primero adquirido y posteriormente heredado, una obstinada «voluntad de ser gobernado» que llega a estar tan arraigada «que incluso el amor a la libertad no parece del todo natural», y en 1549 escribía:

Mientras ella me comunicaba esta información más bien inconexa, en la atmósfera a nuestro alrededor crepitaba decididamente una corriente que no podía proceder de mí, pues ya no exudo corrientes, por lo que en consecuencia debía de salir de ella y no iba dirigida a nadie en particular, sino que tan solo la liberaba al medio ambiente. Hostelería, repitió, o tal vez recursos humanos, también tenía cierta experiencia en recursos humanos (fuera eso lo que fuese); y, una vez más, me cubrió la sombra del dolor, el dolor al que he aludido antes, de una clase metafísica o cuando menos posfísica.

Es increíble ver cómo la población, una vez que ha sido sometida, cae de repente en un olvido tan profundo de su independencia anterior que le llega a ser imposible despertarse y recuperarla; de hecho, se apresta a servir tanto sin que la inciten, tan libremente, que, al verlo, uno diría que no ha perdido su libertad sino ganado su servidumbre. Quizá sea cierto, de entrada, que uno sirve porque ha de hacerlo, porque le obligan a ello, pero quienes vienen después sirven sin que les pese, y por su propia voluntad hacen lo que sus predecesores hicieron bajo coacción. Resulta así que los hombres, nacidos bajo el yugo, criados en servidumbre, se contentan con vivir como nacieron... adoptando como su estado natural las condiciones bajo las que nacieron^[2].

Bien dicho. Sin embargo, La Boétie se equivoca en un aspecto importante. Las alternativas no son la plácida servidumbre por un lado y la rebelión contra la servidumbre por el otro. Existe una tercera vía, elegida por millares y millones de personas todos los días. Es la vía del quietismo, de la oscuridad voluntaria, de la emigración interior.

Entretanto, siguió diciendo, ayudo a Alan a hacer informes y esas cosas, de modo que él podría considerarme como una secretaria.

Alan, dije.

03. SOBRE LA DEMOCRACIA

El principal problema en la vida del estado es el problema de la sucesión: cómo asegurar que el poder pasará de unas manos a las siguientes sin un enfrentamiento armado.

En las épocas de estabilidad nos olvidamos de lo terrible que es la guerra civil y la rapidez con que se convierte en una matanza sin sentido. La fábula de René Girard sobre los gemelos en lucha fratricida viene al caso: cuanto menores sean las diferencias fundamentales entre los dos partidos, tanto más implacable es su mutuo odio. Uno recuerda el comentario de Daniel Defoe sobre las luchas religiosas en Inglaterra: que los partidarios de la iglesia nacional juraban odiar a los papistas y el papado sin saber si el Papa era un hombre o un caballo.

Las antiguas soluciones al problema de la sucesión tienen un aspecto claramente arbitrario: a la muerte del dirigente, el primogénito varón le sucederá en el poder, por ejemplo. La ventaja que tiene el primogénito varón estriba en que el primogénito varón es único; la desventaja es que el tal primogénito varón quizá carezca de aptitud para gobernar. Los anales de los reinos rebosan de historias de príncipes incompetentes, por no hablar de reyes incapaces de engendrar hijos varones.

Alan, repitió ella, mi pareja. Y me miró. La mirada no decía: *Sí, soy a todos los efectos una mujer casada, de modo que si sigue adelante con lo que está pensando será un caso de adulterio clandestino, con todos los riesgos y las emociones que eso conlleva; qué va, por el contrario, decía: Parece que piensa que soy una especie de niña, ¿tengo que aclararle que no soy ninguna niña en absoluto?*

Desde un punto de vista práctico, no importa cómo se realice la sucesión mientras no precipite al país a una guerra civil. Un sistema en el que muchos (aunque generalmente solo dos) candidatos al liderazgo se presentan al pueblo y se someten a votación es solo uno más entre un montón que se le podrían ocurrir a una mente inventiva. No es el sistema lo que importa, sino el consenso para adoptarlo y atenerse a los resultados. Así pues, la sucesión mediante el primogénito no es por sí misma ni mejor ni peor que la sucesión mediante elecciones democráticas. Pero vivir en tiempos democráticos significa vivir en tiempos en los que solo el sistema democrático tiene aceptación general y prestigio.

De la misma manera que en la época de los reyes habría sido ingenuo pensar que el primogénito varón del rey sería el más capacitado para gobernar, así en nuestro tiempo es ingenuo pensar que el dirigente democráticamente elegido será el más adecuado. El gobierno de sucesión no es una fórmula para identificar al mejor gobernante, es una fórmula para conferir legitimidad a uno u otro y prevenir así el

conflicto civil. El electorado, el *demos*, cree que su tarea consiste en elegir al mejor hombre, pero lo cierto es que se trata de una tarea mucho más sencilla: la de ungir a un hombre (*vox populi vox dei*), no importa a quién.

También yo necesito una secretaria, dije, cogiendo el toro por los cuernos.

¿Sí?, replicó ella.

Contar votos puede parecer un medio para averiguar cuál es la verdadera (es decir, la más ruidosa) *vox populi*; pero el poder de la fórmula de contar votos, como el poder de la fórmula del primogénito varón, radica en el hecho de que es objetiva, sin ambigüedad, y está fuera del campo de la discusión política. Lanzar una moneda al aire sería igualmente objetivo, igualmente carente de ambigüedad, igualmente indiscutible, y, en consecuencia, igualmente podría afirmarse (como se ha afirmado) que representa la *vox dei*. Nosotros no elegimos a nuestros dirigentes lanzando una moneda al aire (lanzar monedas se asocia con la actividad del juego, de baja categoría), pero ¿quién se atrevería a afirmar que el mundo estaría en peor estado de lo que está si sus dirigentes hubieran sido elegidos desde el comienzo por el método de la moneda?

Al expresarme así imagino que estoy argumentando esta actitud antidemocrática ante un oyente escéptico que continuamente comparará mis afirmaciones con los hechos sobre el terreno: ¿cuadra lo que digo de la democracia con los hechos acerca de la democrática Australia, el democrático Estados Unidos, etcétera? El lector debería tener presente que por cada Australia democrática hay dos Bielorrusias o Chads o Fijis o Colombias que igualmente suscriben la fórmula del recuento de papeletas de voto.

Sí. Verá, soy escritor profesional y tengo un plazo de entrega improrrogable, por lo cual necesito a alguien que mecanografíe el manuscrito, tal vez lo corrija un poco y, en general, haga que quede presentable.

Ella pareció perpleja.

Según el criterio predominante, Australia es una democracia avanzada. Es también una tierra donde abunda el cinismo acerca de la política y el desprecio a los políticos. Pero tales cinismo y desprecio están cómodamente instalados dentro del sistema. Si usted tiene reservas sobre el sistema y quiere cambiarlo, dice el argumento democrático, hágalo dentro del sistema: preséntese como candidato a un cargo político, sométase al escrutinio y el voto de sus conciudadanos. La democracia no permite una política fuera del sistema democrático. En este sentido, la democracia

es totalitaria.

Si usted discrepa de la democracia en una época en la que todo el mundo afirma ser en cuerpo y alma demócrata, corre el peligro de perder el contacto con la realidad. A fin de recuperar el contacto, en todo momento debe recordarse lo que supone enfrentarse al estado, el estado democrático o cualquier otro, en la persona del funcionario estatal. Entonces pregúntese: ¿quién sirve a quién? ¿Quién es el siervo, quién el amo?

Quiero decir pulcro, ordenado y legible, le expliqué.

04. SOBRE MAQUIAVELO

En los *talkback* radiofónicos miembros del gran público han llamado a la emisora para decir que, si bien aceptan que la tortura en general es algo malo, aun así resulta necesaria en ocasiones. Algunos incluso sugieren que tal vez debamos hacer un mal con vistas a un bien mayor. Por lo común se muestran desdeñosos hacia los opositores irreductibles a la tortura: tales personas, dicen, no tienen los pies en el suelo, no viven en el mundo real.

Dice Maquiavelo que si como gobernante aceptas que cada una de tus acciones debe aprobar un examen moral, con toda seguridad serás derrotado por un adversario que no se somete a semejante prueba moral. Para conservar el poder no solo has de dominar las artes del engaño y de la traición, sino también estar dispuesto a emplearlas cuando sea necesario.

La necesidad, *necessità*, es el principio rector de Maquiavelo. La vieja posición premaquiavélica consideraba que la ley moral era suprema. Si en ocasiones se infringía la ley moral, era algo lamentable, pero, al fin y al cabo, los dirigentes eran meramente humanos. La nueva posición, la maquiavélica, establece que infringir la ley moral está justificado cuando es necesario.

Recurra a una agencia, dijo ella. Hay una agencia en King Street a la que acuden en la empresa de Alan cuando tienen trabajo urgente.

Así se inauguró el dualismo de la moderna cultura política, que sostiene simultáneamente unos criterios de valor absoluto y relativo. El estado moderno apela a la moralidad, la religión y la ley natural como el fundamento ideológico de su existencia. Al mismo tiempo está dispuesto a transgredir alguna de estas o todas en aras de su pervivencia.

Maquiavelo no niega que las exigencias que nos plantea la moralidad sean absolutas. *Al mismo tiempo* afirma que, en interés del estado, el gobernante «está a menudo obligado [*necessitato*] a actuar sin lealtad, sin piedad, sin humanidad y sin religión»^[3].

La clase de persona que llama a un *talkback* radiofónico y justifica el uso de la tortura en el interrogatorio de prisioneros tiene en su mente el doble criterio exactamente de la misma manera: sin negar en lo más mínimo las exigencias absolutas de la ética cristiana (ama a tu prójimo como a ti mismo), esa persona aprueba que se deje las manos libres a las autoridades (el ejército, la policía secreta) para hacer lo que sea necesario a fin de proteger a la población de los enemigos del estado.

No necesito a alguien de una agencia, repliqué. Necesito a una persona que pueda recoger las entregas y devolvérmelas con rapidez. Esa persona también debería tener una comprensión, una comprensión intuitiva, de lo que estoy tratando de hacer. ¿Podría interesarle el trabajo, puesto que somos vecinos y está usted, como dice, entre un empleo y otro? Le pagaré, le dije, y mencioné una tarifa por hora que, aunque hubiera sido en otro tiempo la zarina de la industria hostelera, tenía que hacerla reflexionar. Es por la urgencia, le dije. Debido a la inminencia de la fecha de entrega.

La reacción típica de los intelectuales liberales es aferrarse a esta contradicción: ¿cómo puede algo estar a la vez bien y mal, o por lo menos estar mal y recibir el visto bueno, al mismo tiempo? Lo que los intelectuales liberales no ven es que esta llamada contradicción expresa la quintaesencia de lo maquiavélico y, en consecuencia, lo moderno, una quintaesencia que ha sido concienzudamente absorbida por el hombre de la calle. El mundo está regido por la necesidad, dice el hombre de la calle, no por un abstracto código moral. Tenemos que hacer lo que tenemos que hacer.

Si usted desea oponerse a la postura del hombre de la calle, no puede hacerlo apelando a principios morales y mucho menos exigiendo que la gente viva de tal manera que no existan contradicciones entre lo que dicen y lo que hacen. La vida corriente está llena de contradicciones, y la gente corriente está acostumbrada a darles cabida. Lo que debe hacer más bien es atacar la condición metafísica, supraempírica de la *necessità* y mostrar que es fraudulenta.

«Una comprensión intuitiva»: tales fueron mis palabras. Eran una apuesta, un disparo en la oscuridad, pero surtieron efecto. ¿Qué mujer con amor propio querría negar que tiene una comprensión intuitiva? Así es como mis opiniones, en todos sus borradores y revisiones, van a pasar bajo los ojos y por las manos de Anya (su nombre), de Alan y Anya, A&A, apartamento 2514, pese a que la Anya en cuestión no tiene la menor experiencia en revisión literaria y aunque Bruno Geistler de Mittwoch Verlag GmbH cuenta en su plantilla con personas perfectamente capaces de convertir cintas de dictáfono grabadas en inglés en un manuscrito impecable, ordenado y legible en alemán.

05. SOBRE EL TERRORISMO

El Parlamento australiano está a punto de promulgar una legislación antiterrorista cuyo efecto será el de suspender indefinidamente en el futuro una serie de libertades civiles. Se ha empleado la palabra «histórica» para calificar la reacción de los gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña y ahora Australia a los ataques terroristas. No es un mal término, no carece de capacidad descriptiva, pero sí de capacidad explicativa. ¿Por qué razón nuestros dirigentes, normalmente hombres flemáticos, reaccionan con una histeria repentina a los alfilerazos del terrorismo cuando durante décadas han podido dedicarse a sus asuntos cotidianos sin inmutarse, con la plena conciencia de que en las profundidades de un búnker en algún lugar de los Urales un enemigo observaba y aguardaba con un dedo en un botón, dispuesto si le provocaban a borrarles a ellos y sus ciudades de la faz de la tierra?

Una de las explicaciones que se ofrecen es la de que el nuevo enemigo es irracional. Los antiguos enemigos soviéticos podían haber sido astutos y hasta diabólicos, pero no eran irracionales. Jugaban al juego de la diplomacia nuclear como jugaban al ajedrez: la llamada opción nuclear podría estar incluida en su repertorio de jugadas, pero la decisión de tomarla sería en última instancia racional (toma de decisiones basada en la teoría de la probabilidad, considerada en este caso como eminentemente racional, aunque por su misma naturaleza supone hacer apuestas y correr riesgos), como lo serían las decisiones tomadas en Occidente. En consecuencia, ambos bandos jugarían de acuerdo con las mismas reglas.

Me levanté. Bueno, voy a dejarle seguir con la lectura.

En cambio este nuevo enfrentamiento (prosigue la explicación) no se juega de acuerdo con las reglas de la racionalidad. Los rusos hacían de la supervivencia (la supervivencia nacional, que en política significa la supervivencia del estado y en el juego de ajedrez internacional la capacidad de seguir jugando) su exigencia menos negociable. Sin embargo, a los terroristas islámicos les tiene sin cuidado la supervivencia, ya sea a nivel individual (esta vida no es nada comparada con la vida después de la muerte), ya sea a nivel nacional (el islam es más grande que la nación; Dios no permitirá que el islam sea derrotado). Tampoco tales terroristas se rigen por el cálculo racionalista de los costes y los beneficios: basta con dar un golpe a los enemigos de Dios, el coste de ese golpe, material o humano, carece de importancia.

Esta es una de las explicaciones de por qué la «guerra contra el terror» es una clase de guerra fuera de lo corriente. Pero también hay una segunda explicación, una que no se difunde ni airea tanto, a saber, que como los terroristas son el equivalente no de un ejército adversario sino de una banda criminal armada que no representa a

ningún estado y no reivindica ningún hogar nacional, el conflicto en que nos meten es categóricamente distinto del conflicto entre estados y debe abordarse con una serie de reglas por completo distintas. «No negociamos con terroristas, de la misma manera que no negociamos con criminales. El estado siempre ha sido muy quisquilloso sobre la cuestión de con quién trata. Para el estado, los únicos contratos que cuentan como válidos son los contratos con otros estados.

De haber llevado sombrero me lo habría quitado, ese habría sido el apropiado gesto a la antigua usanza para la ocasión.

La manera en que los dirigentes de esos estados han llegado al poder tiene una importancia secundaria. Una vez «reconocido», a un dirigente rival se le considera un jugador colega, un miembro de la liga.

Las reglas imperantes que determinan quién puede jugar al juego de la guerra y quién no son unas reglas egoístas, redactadas por gobiernos nacionales y en ningún caso que yo sepa presentadas ante la ciudadanía para su aprobación. En realidad definen la diplomacia, incluido el uso de la fuerza militar como la medida diplomática suprema, como un asunto exclusivamente entre gobiernos. Las infracciones de esta metarregla se castigan con una severidad extraordinaria. De ahí la Bahía de Guantánamo, que es más un espectáculo que un campo de prisioneros de guerra: una atroz exhibición de lo que les puede suceder a unos hombres que deciden jugar al margen de las reglas del juego.

La nueva legislación australiana incluye una ley que penaliza hablar bien del terrorismo. Es un recorte de la libertad de expresión, y no pretende ser otra cosa.

No se vaya todavía, me pidió ella. Dígame primero, ¿qué clase de libro va a ser?

Lo que hago en estos momentos no es en rigor un libro, sino mi contribución a un libro, respondí. El volumen ha sido idea de un editor de Alemania. Se titulará *Opiniones contundentes*. Se trata de que seis escritores de diversos países digan lo que piensan acerca de los temas que ellos mismos elijan, cuanto más polémicos mejor. Seis eminentes escritores pronunciándose sobre lo que va mal en el mundo de hoy. Se publicará en alemán a mediados del año próximo. De ahí la urgencia de la fecha de entrega. Ya se han vendido los derechos en francés, pero no los de la edición inglesa, que yo sepa.

¿Qué persona inteligente querría hablar bien de los terroristas islámicos, unos jóvenes rígidos que se creen muy buenos y justos y que se hacen volar por los aires en lugares públicos a fin de matar a personas que consideran enemigas de su fe?

Ninguna, por supuesto. Entonces, ¿por qué ha de preocuparnos la prohibición, excepto en abstracto, como una violación abstracta de la libertad de expresión? Por dos razones. Primera, porque aunque arrojar bombas desde gran altura sobre un poblado durmiente no es un acto terrorista menor que inmolarsse en medio de una multitud, es perfectamente legal hablar bien del bombardeo aéreo (*Shock and Awe*, «asustar y sobrecoger»). Segunda, porque la situación del terrorista suicida no carece de potencial trágico. ¿Qué corazón está tan endurecido que no siente ni una pizca de solidaridad con el hombre que, tras la muerte de su familia en un ataque israelí, se ciñe el cinturón de explosivos sabiendo perfectamente que no le espera ningún paraíso de huríes y, lleno de dolor y rabia, se dispone a acabar con todos los asesinos que pueda? *Ninguna otra manera más que la muerte* es un indicador y tal vez incluso una definición de la tragedia.

Recuerdo que, a comienzos de 1990, publiqué un volumen de ensayos sobre la censura. Causó poca impresión. Un crítico lo rechazó por irrelevante en la nueva era que estaba amaneciendo, la era inaugurada por la caída del Muro de Berlín y la disolución de la URSS. Dijo que, con la democracia liberal extendida por el mundo entero a la vuelta de la esquina, el estado no tendrá ningún motivo para obstaculizar nuestra libertad de escribir y hablar como queramos; y, en cualquier caso, los nuevos medios electrónicos imposibilitarán la vigilancia y el control de las comunicaciones.

¿Y qué va mal en el mundo de hoy?, me preguntó.

Pues bien, ¿qué vemos hoy, en 2005? No solo la reaparición de anticuadas restricciones de la libertad de expresión del tipo más burdo (como atestiguan las legislaciones en Estados Unidos, Reino Unido y ahora Australia), sino también la vigilancia (realizada por misteriosas agencias) de las comunicaciones telefónicas y electrónicas del mundo entero. Es *déjà vu* una vez más.

Los nuevos teóricos de la vigilancia dicen que no va a haber más secretos, refiriéndose a algo muy interesante: que la era en que los secretos contaban, en que los secretos podían ejercer su poder sobre las vidas de la gente (pensemos en el papel de los secretos en Dickens, en Henry James), ha terminado; nada que merezca la pena conocerse no puede ser descubierto en cuestión de segundos, y sin demasiado esfuerzo; la vida privada es, a efectos prácticos, cosa del pasado.

Todavía no puedo decir lo que irá a la cabeza de nuestra lista (me refiero a la lista que los seis compilaremos conjuntamente), pero, si me apura, creo que diremos que el mundo es injusto. Una administración injusta, un estado de cosas injusto. Henos

aquí, seis *éminences grises* que hemos luchado con uñas y dientes para llegar a la cima más alta, y ahora que hemos alcanzado la cumbre, ¿con qué nos encontramos? Nos encontramos con que somos demasiado viejos y endebles para gozar de los auténticos frutos de nuestro triunfo. *¿Es esto todo?*, nos preguntamos al examinar el mundo de placeres que no podemos experimentar. *¿Merecía tanto esfuerzo?*

Lo que sorprende de semejante afirmación no es tanto su arrogancia como lo que revela sin querer sobre la concepción de un secreto que predomina en los centros oficiales: que un secreto es un ítem de información, y como tal entra dentro del campo de la ciencia de la información, una de cuyas ramas es la *minería*, la extracción de vestigios de información (secretos) de toneladas de datos.

Los amos de la información se han olvidado de la poesía, donde las palabras pueden tener un significado totalmente distinto al que dice el léxico, donde la chispa metafórica va siempre un paso por delante de la función decodificadora, donde siempre es posible otra e imprevista lectura.

Eso es todo lo que le dije a Anya en aquella ocasión. Lo que no le mencioné, porque no me honraba, fue que cuando Bruno me hizo su propuesta me apresuré a aceptarla. Sí, lo haré, le dije; sí, lo tendré para la fecha que me indicas. Una oportunidad de refunfuñar en público, una oportunidad mágica de llevar a cabo una venganza contra el mundo por rechazar adecuarse a mis fantasías: ¿cómo podía negarme?

*

06. SOBRE LOS SISTEMAS DE ORIENTACIÓN

Durante la guerra fría, hubo momentos en que los rusos quedaron tan por detrás de los norteamericanos en tecnología armamentística que, de haber estallado una guerra nuclear total, habrían sido aniquilados sin que apenas hubieran tenido oportunidad de contraatacar. Durante tales períodos, el término «mutua» en Destrucción Mutua Asegurada fue realmente una ficción.

Estas interrupciones del equilibrio se debieron a que de vez en cuando los norteamericanos hacían grandes avances en telemetría, navegación y sistemas de orientación. Los rusos podían tener cohetes poderosos y numerosas ojivas nucleares, pero la capacidad de dirigirlas con precisión a sus blancos era siempre muy inferior a la de los estadounidenses.

Anya, la joven del ático, decepciona un poco como pura y simple mecanógrafa. Cumple con su cuota diaria, de eso no tengo queja, pero la relación que había esperado, la receptividad de lo que escribo, brilla por su ausencia. Hay ocasiones en las que miro consternado el texto que me entrega. He leído que, según Daniel Defoe, el inglés de pura cepa detesta «los papeles y el papeleo». Los generales de Brezhnev se sientan «en alguna parte de los urinarios».

Cuando paso por delante de él, con el cesto de la colada, no dejo de mover el trasero, mi delicioso trasero, enfundado en ceñido dril. Si yo fuese hombre, no podría dejar de mirarme. Alan dice que en el mundo hay tantos culos distintos como caras. Espejito, espejito, le digo a Alan, ¿cuál es el más hermoso de todos? El tuyo, mi princesa, mi reina, el tuyo sin ninguna duda.

A pesar de esta circunstancia, en ningún momento los rusos amenazaron con utilizar pilotos voluntarios para estrellar aviones cargados con bombas nucleares sobre blancos de Norteamérica, sacrificando así sus vidas. Es posible que hubiera tales voluntarios, pero los rusos no afirmaron que los tenían en reserva ni basaron sus planes de guerra en tácticas suicidas.

En sus aventuras espaciales posteriores, ambos bandos pusieron todo su empeño en lograr que regresaran a la tierra los astronautas o cosmonautas enviados al espacio, pese a que sin duda habría sido posible encontrar voluntarios dispuestos a dar su vida a mayor gloria de la nación (ni uno ni otro bando tuvieron ningún escrúpulo en enviar ratones, perros y monos en misiones suicidas). Los rusos bien podrían haber llevado

cosmonautas a la superficie lunar antes de 1969, de haber estado dispuestos a dejarles perecer allí lentamente tras haber plantado la bandera.

Mecanografío lo que oigo, y entonces lo someto al corrector ortográfico, dice ella a modo de explicación. Puede que el corrector se equivoque alguna vez, pero es mejor que hacer conjeturas.

De lo único que escribe es de política, él, el señor C, no Alan. Es una gran decepción. Me hace bostezar. Intento decirle que lo deje, que la gente está de política hasta la coronilla. Hay otras muchas cosas sobre las que escribir. Podría escribir sobre críquet, por ejemplo, y ofrecer su perspectiva personal sobre ese deporte. Sé que ve los partidos. Cuando entramos a altas horas de la noche, Alan y yo, ahí está él, repantigado ante el televisor, puedes verlo desde la calle, nunca cierra los postigos.

Esta actitud hacia el sacrificio de la vida humana resulta curiosa. Los mandos militares no se lo piensan dos veces antes de ordenar a los soldados que entren en combate, sabiendo con toda certeza que muchos de ellos morirán. A los soldados que desobedecen las órdenes y se niegan a combatir se les castiga, incluso ejecuta. Por otro lado, los valores del oficial determinan que es inaceptable seleccionar soldados individuales y ordenarles que den su vida, por ejemplo infiltrándose entre el enemigo con cargas explosivas e inmolándose al hacerlas estallar. No obstante, lo que es incluso más paradójico, a los soldados que realizan tales actos por propia iniciativa se les trata como héroes.

El corrector ortográfico no piensa por sí mismo, replico. Si está dispuesta a permitir que el corrector ortográfico dirija su vida, lo mismo podría hacerlo con unas tiradas de dados.

No tengo nada en contra del críquet, en pequeñas dosis. Es agradable ver unos pantalones blancos tensados por el trasero de un joven macho. Qué pareja haríamos, Andrew Flintoff y yo, paseando por la calle, meneando nuestros traseros. Andrew

Flintoff es más joven que yo, pero ya tiene mujer e hijos. La dulce esposa no debe dormir tranquila cuando él se va de viaje, debe de tener unos sueños en los que el maridito sucumbe a los encantos de una mujer como yo, atrevida, excitante, exótica.

En Occidente se ha mantenido cierta ambivalencia con respecto a los pilotos kamikazes japoneses de la segunda guerra mundial. Según la línea ortodoxa, aquellos jóvenes eran realmente valientes; sin embargo, no se les puede considerar auténticos héroes porque, aunque sacrificaban sus vidas e incluso en cierto sentido pudieron haberse ofrecido voluntarios para hacerlo, estaban psicológicamente sumidos en un sistema de valores militares y nacionales que no daba importancia a la vida individual. Así pues, ofrecerse voluntario para misiones suicidas era una especie de reflejo cultural más que una decisión verdadera, autónoma y llevada a cabo libremente. En cuanto a heroísmo, los pilotos kamikazes no eran más auténticos que las abejas que instintivamente dan sus vidas para proteger la colmena.

De manera similar, en Vietnam, la disposición de los insurgentes vietnamitas a aceptar enormes pérdidas en ataques frontales contra sus enemigos norteamericanos se atribuía no a heroísmo individual sino a fatalismo oriental. Por lo que respecta a sus mandos, su disposición a ordenar tales ataques demostraba su cínica indiferencia hacia el valor de la vida humana.

No estamos hablando de la vida, dice ella. Estamos hablando de mecanografiar. Estamos hablando de la ortografía. De todos modos, ¿por qué es necesario que el inglés esté escrito sin faltas de ortografía si se va a traducir al alemán?

El señor C no tiene muy buena vista, por lo menos eso es lo que él dice. Sin embargo, cuando hago mis sedosos movimientos noto sus ojos clavados en mí. Ese es el juego que hay entre los dos. No me importa. ¿Para qué otra cosa está el culo? O lo usas o lo pierdes.

Cuando tuvo lugar en Israel el primer atentado suicida, al principio pudo darse en Occidente cierta ambivalencia. Al fin y al cabo, inmolarte saltando por los aires es más valeroso (requiere «más agallas») que dejar una bomba de relojería en un sitio atestado de gente y alejarte. Pero esa ambivalencia pronto se evaporó. Puesto que los terroristas suicidas sacrifican sus vidas con fines malignos, se argumentó entonces, jamás podrían ser auténticos héroes. Además, como en realidad no valoraban sus vidas (creían que en un abrir y cerrar de ojos serían transportados al paraíso), en cierto sentido no sacrificaban nada en absoluto.

Me callo. Es evidente que la crítica le fastidia. No importa, le digo, todo resultará más fácil sobre la marcha.

Cuando no acarreo cestos de la colada, soy su secretaria a tiempo parcial. Y también, de vez en cuando, su ayudante doméstica. Al principio solo tenía que ser su secretaria, su secreta aria, su hada pavorosa, en realidad ni siquiera eso, solo su mecanógrafa, su tipiadora, su te-cle-cleadora. Él dicta sus grandes pensamientos al aparato, y entonces me da las cintas, más un rimero de papeles con sus garabatos de cegato y las palabras difíciles escritas cuidadosamente en mayúsculas. Me llevo las cintas, las escucho por los auriculares y las mecanografío con toda seriedad. Las corrijo aquí y allá, donde puedo, donde les falta alguna cosa, cierto brío, por más que él sea el gran escritor y yo nada más que la pequeña filipina.

En otros tiempos hubo guerras (la de Troya, por ejemplo, o más recientemente la guerra anglo-bóer) en las que se reconocieron, admiraron y recordaron las valerosas hazañas del enemigo. Ese capítulo de la historia parece haberse cerrado. En las guerras de hoy no hay aceptación, ni siquiera en principio, de que el enemigo pueda tener héroes. En Occidente se considera a los terroristas suicidas en el conflicto entre Israel y Palestina o en el Irak ocupado en un plano inferior al de simples guerrilleros: mientras que del guerrillero puede decirse que por lo menos presenta cierto enfrentamiento marcial, el terrorista suicida lucha (si es que puede llamarse lucha a lo que hace) de un modo sucio.

A uno le gustaría seguir sintiendo cierto respeto por cualquier persona que prefiere la muerte al deshonor, pero en el caso de los terroristas suicidas islámicos no resulta fácil sentir respeto al ver la cantidad de ellos que hay y, en consecuencia (mediante un paso lógico que puede estar muy viciado, que simplemente puede expresar el viejo prejuicio occidental contra la mentalidad gregaria del Otro), lo poco que deben de valorar la vida. Ante semejante dilema, puede ser útil considerar los atentados suicidas como una reacción, de naturaleza un tanto desesperada, contra los avances norteamericanos (e israelíes) en la tecnología de la orientación que rebasan con mucho las capacidades de sus adversarios. En estos momentos, los contratistas al servicio de la defensa trabajan para crear un campo de batalla del fu-

Ella hace un mohín. Esperaba que se tratase de un relato, me dice. Es difícil

cogerle el tranquilo cuando el tema cambia continuamente.

Secretaria. Suena como un cóctel de Haití: ron y zumo de piña tropical y sangre de toro, agítese con hielo triturado y corónese con un par de testículos de gallo. Futuro imperial donde el personal norteamericano ya no tenga que estar físicamente presente, donde robots soldados, orientados mediante la electrónica por técnicos sentados en un buque de guerra a centenares de kilómetros de distancia o incluso en una sala de operaciones del Pentágono, causarán la muerte y la destrucción al enemigo (humano). Ante un adversario así, ¿cómo puede uno salvar su honor si no es desperdiciando su vida de una manera desesperada y extravagante?

Como sería demasiado esperar que pudiera leer mi caligrafía, grabo la producción diaria en una cinta de dictáfono y le doy la cinta y el manuscrito para que trabaje con ellos. Es un método que he utilizado en otras ocasiones, no hay ningún motivo para que no funcione, aunque es innegable que mi caligrafía se está deteriorando. Estoy perdiendo el control motor. Eso forma parte de mi estado. Eso forma parte de lo que me está ocurriendo. Hay días en los que miro con los ojos entrecerrados lo que acabo de escribir, y yo mismo apenas soy capaz de descifrarlo.

La verdad es que él no necesita una secretaria, ni siquiera una mecanógrafa, podría mecanografiar sus pensamientos por sí solo, venden teclados con teclas de tamaño gigante para las personas como él. Pero no le gusta mecanografiar (le causa un «insuperable desagrado», según dice), prefiere estrujar la pluma y notar que las palabras salen por el otro extremo. Dice que no hay nada como la sensación de las palabras que llegan al mundo, que eso basta para hacerte estremecer. Me yergo y frunzo los labios. No debería decir esas cosas a una buena chica, señor C, le digo. Y le doy la espalda y me alejo meneando el culo, sus ávidos ojos fijos en mí.

07. SOBRE AL QAEDA

Anoche la cadena televisiva BBC emitió un documental en el que se sostenía que, por razones particulares, la administración de Estados Unidos prefiere mantener vivo el mito de Al Qaeda como una poderosa organización terrorista secreta con células en todo el mundo, cuando lo cierto es que Al Qaeda ha sido más o menos destruida y lo que hoy presenciamos son ataques terroristas realizados por grupos autónomos de radicales musulmanes.

Así pues, avanzamos por este camino sembrado de errores. «Adquieres una identidad cursiva». ¿Qué cree que soy? ¿Un río de curso tortuoso? «Como la monarquía es el destino de las ovejas». Un borrego coronado presidiendo el rebaño desde lo alto del prado. Imágenes surreales. Tal vez en eso cree ella que consiste ser escritor: deliras ante un micrófono, diciendo lo primero que se te pasa por la cabeza; entonces le entregas el revoltijo a una chica, o bien a algún aparato aleatorio, y esperas a ver qué harán con eso.

He aprendido ese meneo de los patos, creo: una sacudida de la cola tan rápida que es casi un estremecimiento. Toma cuac. ¿Por qué habríamos de ser tan altivos y poderosos como para no aprender de los patos?

¿De dónde es usted?, me preguntó aquel primer día en la lavandería, donde empezó todo. Pues soy de ahí arriba, amable señor, le respondí. No me refiero a eso, dijo él. ¿Dónde nació? ¿Por qué quiere saberlo?, repliqué. ¿Mis ojos no son lo bastante rubios ni el pelo lo bastante azulado para su gusto?

No tengo ninguna duda de que las principales afirmaciones del documental son ciertas: que el «terrorismo islámico» no es una conspiración controlada y dirigida desde un centro, y que la administración de Estados Unidos exagera, tal vez ex profeso, los peligros a los que se enfrenta la población. Si realmente existiera una organización diabólica con agentes en todo el mundo, empeñada en desmoralizar a las poblaciones occidentales y destruir la civilización occidental, seguramente a estas alturas habría envenenado los suministros de agua por doquier o derribado un avión comercial o diseminado gérmenes letales, actos de terrorismo cuya realización es bastante fácil.

Le pregunto con la mayor naturalidad posible qué clase de actividad ha realizado, cuál es el verdadero significado de «hostelería» y «recursos humanos». ¿Es esa su manera de preguntarme si tengo título de mecanógrafa?, replica. Respondo que los títulos me tienen sin cuidado, solo trato de conocerla un poco mejor. He hecho toda clase de cosas, replica, esto, aquello y lo de más allá, no he llevado una lista. Pero ¿qué significa esto, aquello y lo de más allá?, insisto. De acuerdo, responde ella, vamos a ver: en junio y julio trabajé como recepcionista. Temporalmente. En una gatería. ¿Una qué...? En su pueblo deben de llamar así al burdel. Me la quedo mirando. Una gatería, repite con total seriedad: ya sabe, un hogar para gatos.

Decir que era de ahí arriba no significaba gran cosa, solo que tenemos un apartamento en la planta veinticinco, veinticinco pisos por encima de él, con terraza y una vista del puerto, si miras con los ojos entrecerrados. Así que él y yo somos en cierto modo vecinos, unos vecinos distantes, el señor C y la Secretaria.

El programa de televisión incluía la historia de cuatro jóvenes musulmanes norteamericanos juzgados por planear un ataque contra Disneylandia. Durante el juicio la acusación presentó un vídeo doméstico encontrado en su piso como prueba contra ellos. Hasta tal punto se trataba de un vídeo de aficionados que contenía largas secuencias de un cubo de basura y de los pies del cámara mientras andaba. La acusación afirmaba que esa torpeza de aficionado era fingida: el cubo de basura era el escondrijo potencial de una bomba, los pies en movimiento medían a pasos la distancia entre Ay B.

El motivo de esta interpretación paranoica que ofrecía la acusación era que el mismo carácter de aficionado del vídeo abonaba la sospecha, dado que, por lo que respecta a Al Qaeda, nada es lo que parece ser.

Para gatitas. La imagino en la recepción de un burdel. Tome asiento, póngase cómodo, Ursula estará lista dentro de un momento, ¿o prefiere ver a Tiffany?

No debería tener los postigos abiertos de noche, le prevengo, los desconocidos pueden ver lo que hace. ¿Qué podría hacer yo que interese a los desconocidos?, replica él. No lo sé, le digo, la gente hace cosas sorprendentes. Bueno, me dice, pronto se aburrirán de mirarme, soy un ser humano que no se diferencia de ellos.

Tonterías, le digo, todos somos diferentes, de maneras sutiles, no somos hormigas, no somos ovejas. Por eso echamos un vistazo a través de las ventanas cuando los postigos están abiertos: para ver esas sutilezas. Es algo natural.

¿Dónde habían aprendido los acusadores a pensar de ese modo? La respuesta: en clases de literatura impartidas en Estados Unidos en las décadas de 1980 y 1990, donde les enseñaron que, en el campo de la crítica, la suspicacia es la mejor virtud, que el crítico no debe dejarse engañar por las apariencias. De su contacto con la teoría literaria, esos graduados no muy brillantes por la facultad de humanidades en su fase posmodernista extrajeron una serie de instrumentos analíticos de los que percibían vagamente que podrían ser-les útiles fuera del aula, así como la intuición de que la capacidad de argumentar que nada es como parece ser podría conseguirte plazas de trabajo. Poner esos instrumentos en sus manos fue la *trahison des clerics* de nuestro tiempo. «Me enseñaste el lenguaje, y el beneficio que obtengo de ello es que sé maldecir».

¿Y antes del hogar para gatos?, insisto.

Kurosawa. *Los siete samuráis*. Cómo John Howard y los liberales son una vez más los siete samuráis. ¿Quién va a creerse eso? Recuerdo haber visto *Los siete samuráis* en Taiwán, en japonés con subtítulos en chino. La mayor parte del tiempo no sabía lo que estaba ocurriendo. La única imagen que conservo es la de los largos muslos desnudos del loco con el moño. Espinillas acorazadas, muslos desnudos, culo al aire: ¡qué modas tenían en aquella época! Como para volver loca a una chica.

08. SOBRE LAS UNIVERSIDADES

Siempre ha habido cierta falsedad en la afirmación de que las universidades son instituciones autónomas. Sin embargo, lo que las universidades padecieron durante las décadas de 1980 y 1990 fue bastante vergonzoso, pues bajo la amenaza de que les recortarían la financiación permitieron convertirse en empresas comerciales, donde los profesores que anteriormente habían realizado sus investigaciones con libertad soberana se transformaron en agobiados empleados que debían cumplir con las cuotas fijadas bajo el escrutinio de gerentes profesionales. Es muy dudoso que los antiguos poderes del profesorado lleguen alguna vez a restaurarse.

Si quería un currículum debería habérmelo pedido al principio, en lugar de contratarme solo por mi aspecto. ¿Quiere que lo dejemos ahora mismo? Por mí no hay inconveniente. Entonces podría buscar a alguien que satisfaga sus elevados criterios. O ir a una agencia, como le sugerí en primer lugar.

Escriba sobre críquet, le propongo. Escriba sus memorias. Cualquier cosa menos política. La política no encaja con la clase de literatura que usted practica. La política trata de gritar más alto que los demás y de salirse con la suya, no de la lógica. Escriba sobre el mundo que lo rodea. Escriba sobre los pájaros. Siempre hay un montón de urracas pavoneándose por el parque, como si fuera suyo, él podría escribir sobre ellas. ¡Fuera, monstruos!, les digo, pero, claro está, no me hacen ningún caso.

En la época en que Polonia se hallaba bajo el dominio comunista, había disidentes que daban clases nocturnas en sus casas y dirigían seminarios sobre escritores y filósofos excluidos del canon oficial (por ejemplo, Platón). No había dinero que cambiara de manos, aunque seguramente existían otras formas de pago. Si ha de sobrevivir el espíritu de la universidad, algo por el estilo deberá surgir en países donde la educación terciaria ha sido subordinada por completo a los principios comerciales. En otras palabras, puede que la auténtica universidad deba trasladarse a casas particulares y conceder títulos cuyo único respaldo serán los nombres de los profesores que los firmen.

Por favor, le digo. No se lo tome a mal, por favor.

No tienen frente, el cráneo se prolonga directamente hasta el pico, no hay espacio para el cerebro.

Lo que dice sobre la política me hace dormir. La política nos rodea, es como el aire, es como la contaminación. No puedes luchar contra la contaminación. Es mejor hacerle caso omiso o acostumbrarse a ella, adaptarse.

Alan entra en la habitación mientras tecleo. Bueno, ¿qué estás haciendo ahora?, me pregunta. Mecnografía para el viejo, respondo. ¿De qué se trata?, quiere saber. De los samuráis, le informo. Se acerca y lee por encima de mi hombro. Partidas de nacimiento para los animales, dice... ¿Está loco? ¿Quiere ponerles nombre a todos? Rata Clifford John. Rata Susan Annabel. ¿Y por qué no certificados de defunción, ya que está en ello? ¿Cuándo vienes a la cama?

09. SOBRE LA BAHÍA DE GUANTÁNAMO

Alguien debería montar un ballet titulado *¡Guantánamo, Guantánamo!* Un grupo de prisioneros, con grilletes en los tobillos, gruesos mitones de fieltro en las manos, orejeras y capuchas negras, ejecutan las danzas de los perseguidos y desesperados. A su alrededor, guardianes de uniforme verde oliva brincan con una energía y un júbilo demoníacos, con picanas eléctricas y porras en mano. Tocan a los prisioneros con las picanas, y los prisioneros saltan; los derriban al suelo y les meten la porra en el ano, y los prisioneros sufren espasmos. En un rincón, un hombre con zancos y una máscara de Donald Rumsfeld alternativamente escribe en su atril y danza eufóricas gigas.

Un día se realizará, aunque no seré yo quien lo haga. Incluso es posible que sea un éxito en Londres, Berlín y Nueva York. No tendrá absolutamente ningún efecto sobre las personas en las que se centra, a las que les tiene por completo sin cuidado lo que los espectadores del ballet piensen de ellas.

¿Qué es lo que no debo tomarme a mal? ¿Que me digan que no sé mecanografiar?

Tres años juntos y Alan sigue poniéndose cachondo conmigo, hasta tal punto que a veces creo que va a reventar. Le gusta que le hable de mis ex mientras está en ello. ¿Y luego?, me pregunta. ¿Y luego? ¿Y luego? Luego quiso que me la metiera en la boca, le digo. ¿Esta boca?, dice. ¿Estos labios? Y me da unos besos frenéticos, furiosos. Sí, estos labios, le digo, librándome de sus besos el tiempo suficiente para hablar, y él se corre.

10. SOBRE LA VERGÜENZA NACIONAL

Un artículo publicado en un número reciente del *The New Yorker* deja claro como el día que la administración norteamericana, con Richard Cheney al frente, no solo sanciona la tortura de prisioneros en la llamada guerra contra el terror, sino que actúa de todas las maneras posibles para subvertir las leyes y las convenciones que proscriben la tortura. Así pues, está justificado hablar de una administración que, si bien es legal en el sentido de haber sido legalmente elegida, es ilegal o antilegal en el sentido de operar fuera de los límites de la ley, evadir la ley y resistirse al imperio de la ley.

Claro que sabe. Sé que esta tarea está por debajo de sus capacidades. Lamento todo esto, pero perseveremos, sigamos adelante.

Todo mentiras, desde luego. Me las invento para avivar su pasión. Eso que me has contado, me dice luego... son todo mentiras, ¿no es cierto? Todo mentiras, respondo, y le sonrío de un modo misterioso. A un hombre hay que mantenerlo siempre en vilo.

¿Y qué hay del viejo?, me pregunta. Todavía no ha intentado nada contigo, ¿verdad? ¿Te refieres a si me ha echado un polvo?, replico. No, no me ha echado un polvo. No lo ha intentado. Pero ¿y si lo hubiera hecho? ¿Cómo reaccionarías? ¿Bajarías a su piso y le darías una paliza? Así acabarías saliendo en los periódicos. Serías el hazmerreír de la gente. Conocido escritor golpeado por amante celoso.

Su desvergüenza es extraordinaria. Sus desmentidos son menos que tibios. La distinción que trazan sus abogados contratados entre tortura y coacción es claramente insincera, *pro forma*. Dicen de un modo implícito que en la nueva administración de justicia que hemos creado los viejos poderes de la vergüenza han sido abolidos. El aborrecimiento que quizá experimentes no cuenta para nada. No puedes tocarnos, somos demasiado poderosos.

Demóstenes: Mientras que el esclavo teme solo el dolor, lo que más teme el hombre libre es la vergüenza. Si consideramos cierto lo que afirma *The New Yorker*, entonces la cuestión para los norteamericanos se convierte en moral: ¿cómo me comporto ante esta vergüenza a la que estoy sometido? ¿Cómo salvo mi honor?

El suicidio salvaría el honor de uno, y tal vez ya haya habido entre los norteamericanos suicidios por honor de los que no oímos hablar. Pero ¿qué decir de la acción política? ¿Será suficiente la acción política, no la resistencia armada sino la

acción (enviar peticiones, organizar reuniones, escribir cartas) dentro del marco de las leyes del sistema democrático?

Así pues, hago todo lo posible por aplacarla.

No ha intentado nada mientras estoy con él, pero lo que hace cuando me marcho es otra historia. Solo Dios sabe lo que hace entonces, Dios y la bendita Virgen y el coro de los santos. Estoy segura de que se llevó unas bragas mías que estaban en la secadora. Supongo que cuando me marcho se desabrocha la bragueta, se envuelve el miembro con mi ropa interior, cierra los ojos, evoca imágenes de mi divino trasero y se corre. Y luego se abrocha y vuelve a John Howard, George Bush y demás malos habidos y por haber.

A eso me refiero con lo de dejar los postigos abiertos y asustar a la gente que pasa.

El deshonor no respeta las distinciones sutiles. El deshonor cae sobre tus hombros, y una vez que ha caído todas las súplicas inteligentes para disiparlo serán en vano. En el clima actual de temor fomentado, y a falta de un mar de fondo de repugnancia popular contra la tortura, parece improbable que las acciones políticas de los ciudadanos individuales tengan algún efecto práctico. Sin embargo, tal vez si se emprenden con tenacidad y el estímulo de la indignación, esas acciones por lo menos permitirán a la gente ir con la cabeza erguida. Por otro lado, las meras acciones simbólicas, como quemar la bandera diciendo en voz alta: «Aborrezco a los dirigentes de mi país y me desvinculo de ellos», serán sin duda insuficientes.

No es posible creer que en algunos corazones norteamericanos el espectáculo del honor de su país arrastrado por el fango no engendre pensamientos asesinos. No es posible creer que todavía nadie haya urdido algún plan para asesinar a esos criminales que ocupan altos cargos. ¿Tal vez haya habido ya un complot Stauffenberg, cuyo informe saldrá a la luz en un futuro?

Gracias a Dios que no soy el señor Aberdeen y no estoy casado con esta irritable joven, me digo. Pero eso es una tontería, por supuesto. Daría mi mano derecha por ser el señor Aberdeen.

Alan vota a Howard. En cuanto a mí, pensaba que no lo haría, en las elecciones de 2004, pero lo cierto es que en el último momento lo hice. Mejor diablo conocido que diablo por conocer, me dije. Te dicen que dispones de tres años para decidirte, de unas elecciones a las siguientes, pero eso no es cierto. Siempre esperas hasta el último segundo para decidirte. Es como me ocurrió con Alan, cuando me lo propuso. ¿Lo hacemos?, me preguntó.

En cualquier caso, sin muchas perspectivas de un cambio de estrategia, el objetivo, no solo para los norteamericanos que desean seguir los dictados de su conciencia, sino también para los occidentales en general, debe ser el de encontrar maneras de salvar el honor, que hasta cierto punto es lo mismo que conservar la dignidad, pero que también implica no tener que aparecer con las manos manchadas ante el juicio de la historia.

El juicio de la historia es claramente una cuestión que también hace pensar a los altos cargos de la administración norteamericana. En público dicen que la historia nos juzgará en función de nuestra trayectoria, y en privado se recuerdan a sí mismos que sobre esa trayectoria ejercemos un grado de control sin parangón. No dejemos que perviva el menor rastro, textual o físico, de nuestros peores delitos. Dejemos que trituren los expedientes, destrocen los discos duros, quemem los cuerpos, esparzan las cenizas.

Desdeñan a Richard Nixon. Dicen que Nixon era un aficionado, que se tomaba a la ligera la seguridad. En su lista de prioridades, la seguridad, que para ellos significa secretismo, es lo primero, lo segundo y lo tercero.

¿Cree que podría trabajar como modelo?, me pregunta de improviso.

No tenía por qué decirle que sí, podría haberle respondido que no. Pero no lo hice. Y ahora aquí estamos, viviendo juntos, el señor Pajar y la señora Aguja, tan juntos que parecemos siameses.

¿Lo hacemos o no lo hacemos?, me preguntó Alan aquella noche en el local de Ronaldo. ¿Lo hago o no lo hago?, me pregunté. Pito pito colorito. Así es como eligieron a Howard. ¿Adónde vas tú, negrata? ¡Huy!, señor negro: venga y vote en la

acera verdadera.

Lo peor de sus acciones no se conocerá jamás: debemos estar dispuestos a aceptarlo así. Para conocer lo peor, deberemos extrapolar y hacer uso de la imaginación. Probablemente lo peor será aquello que les consideremos capaces de llevar a cabo (capaces de ordenar, capaces de hacer la vista gorda ante esas órdenes); y aquello de lo que son capaces es, sencillamente, cualquier cosa.

Todavía no existe ninguna prueba de que los australianos hayan participado en las verdaderas atrocidades. O bien los norteamericanos no los han presionado lo suficiente para que se les unan, o bien ha habido presión y ellos han ofrecido resistencia. Un agente de los servicios secretos australianos, un hombre llamado Rod Barton, científico especializado que hubo de participar en el interrogatorio a científicos iraquíes, rompió filas, hizo pública su experiencia y luego, algo que dice mucho en su favor, presentó su dimisión.

Está en mi piso. Acaba de entregarme el material mecanografiado durante la jornada; se dispone a marcharse, pero por alguna razón decide quedarse. Se pone las manos en las caderas, sacude la cabellera y me dirige una mirada provocativa.

Como he dicho, el señor C no anda bien de la vista. «Estoy perdiendo la vista, y todo lo demás también, pero sobre todo la vista». Por eso habla de sacar gusanos de la pluma. Las páginas manuscritas que me da no me sirven de nada, carecen de utilidad práctica. Forma las letras con bastante claridad, emes, enes, ues y uves dobles incluidas, pero cuando tiene que escribir todo un párrafo no puede mantener la línea recta, la inclina como un avión que cae en picado al mar o un barítono que se queda sin aire. Nunca arriba, siempre abajo.

Por otro lado, el gobierno australiano ha sido el más servil de la llamada Coalición de la Voluntad, e incluso ha estado dispuesto a soportar con tan solo una rígida sonrisa la humillación de no recibir nada a cambio. En las negociaciones con Estados Unidos acerca del comercio bilateral, sus solicitudes de concesiones, dada su fiel colaboración en Irak y otros lugares, han sido desestimadas. Ha permanecido obedientemente en silencio sobre el caso de David Hicks, el joven australiano musulmán encarcelado por los norteamericanos en la Bahía de Guantánamo. A decir verdad, la difícil situación de ese muchacho ha suscitado en ciertos ministros del gabinete un ánimo vengativo, una maldad moral digna de Donald Rumsfeld o del mismo Bush hijo.

No obstante, aunque ha sido cómplice de los delitos estadounidenses, decir que

Australia ha caído en la misma antilegalidad o extralegalidad que Norteamérica sería excesivo. Es posible que pronto cambie este estado de cosas. En los nuevos poderes de control que el gobierno australiano está en vías de concederse, se detecta un desprecio comparable por el imperio de la ley. Vivimos unos tiempos extraordinarios, reza el mantra, y los tiempos extraordinarios exigen medidas extraordinarias. Tal vez no haga falta más que un pequeño empujón para que Australia se deslice disimuladamente hacia la misma situación que Norteamérica, donde, a partir de las denuncias de informadores («fuentes»), la gente desaparece o se la hace desaparecer de la sociedad, y hacer pública su desaparición se considera un delito por derecho propio.

Modelo, respondo; por lo general buscan chicas más altas. Más altas y más jóvenes. Tendría que competir con flacuchas de dieciséis años.

Los ojos mal, los dientes aún peor. Si yo estuviera en su lugar, haría que me los arrancaran todos y me pusieran una bonita dentadura postiza en su lugar.

¿Es el deshonor un estado de ser que se presenta con matices y en grados? Si existe un estado de profundo deshonor, ¿existe también un estado de ligero deshonor? Uno se siente tentado de decir que no: si uno ha caído en el deshonor, no hay gradación que valga. Sin embargo, si hoy me enterase de que un norteamericano se ha suicidado antes que vivir en la ignominia, lo comprendería plenamente; mientras que un australiano que se suicidara en respuesta a las acciones del gobierno de Howard correría el riesgo de parecer cómico. La administración norteamericana ha elevado el ánimo de venganza a un nivel infernal, mientras que la maldad de los australianos es todavía insignificante.

No me refería a esa clase de modelo, dice ella. Entonces, ¿a qué clase de modelo?, replico. Modelo fotográfica, responde. Hace una leve mueca, menea las caderas. Ya sabe, añade. ¿No le gustaría tener una foto mía? Podría ponerla en su mesa.

Ninguna esposa toleraría unos dientes semejantes, lo enviaría al dentista y, en un visto y no visto, clic, clac, clac. Arréglate esos dientes o me largo. Estuvo casado una vez. Lo sé porque se lo pregunté. Entonces, señor C, ¿no ha estado nunca casado? Sí, he estado casado, respondió. Esperé a que siguiera: cuántos hijos, cuándo murió su esposa, si es que ha muerto, de qué murió, esa clase de cosas. Pero lo único que dijo fue: «Sí, he estado casado», como si yo debiera entender: *Sí, he estado casado y no me gustó y no quiero hablar de eso.*

Alan estuvo casado, le ofrecí. ¿Se lo había dicho? Dejó a su mujer para estar conmigo. Le costó un montón de dinero.

La generación de sudafricanos blancos a la que pertenezco, la generación siguiente y tal vez la que viene después se encorvarán bajo la vergüenza de los delitos que se cometieron en su nombre. Quienes tratan de salvar su orgullo personal negándose con vehemencia a doblegarse ante el juicio del mundo son presa de un abrasador resentimiento, un profundo enojo por haber sido condenados sin un juicio como es debido, lo cual en términos psíquicos puede resultar una carga igualmente pesada. Tales personas podrían aprender uno o dos trucos de los británicos para enfrentarse a la culpa colectiva. Los británicos han declarado sencillamente su independencia de sus antepasados imperiales. Dicen que el Imperio fue abolido mucho tiempo atrás, así que ¿de qué tenemos que sentirnos responsables? Y en cualquier caso, quienes dirigían el Imperio eran victorianos, personas adustas y rígidas con ropas oscuras totalmente distintas a nosotros.

¿Está olvidada la discusión de ayer... perdonada y olvidada? Tal vez. O tal vez ella no lo recuerda como una discusión. Tal vez revoloteó sobre su conciencia como el más leve soplo de viento sobre el agua.

Tengo que decírselo voluntariamente porque él nunca me pregunta nada, no lo hace desde que se interesó por mi procedencia. «¿De dónde es usted?», me preguntó aquel primer día, y le respondí: «Pues soy de ahí arriba, amable señor». Eso no le gustó. Demasiado descaró. Muchas botellas vacías en su cocina, en las que no debo fijarme.

Hace unos días escuché una interpretación de la quinta sinfonía de Sibelius. Cuando se aproximaban las últimas notas, experimenté exactamente la grande y creciente emoción que la escritura de la música buscaba suscitar. Me pregunté qué habría sentido si hubiera sido un finlandés del público asistente a la primera interpretación de la sinfonía en Helsinki casi un siglo atrás y me hubiera embargado

esa oleada sonora. La respuesta: me habría sentido orgulloso, orgulloso de que *uno de nosotros* fuese capaz de producir tales sonidos, orgulloso de que los seres humanos podamos crear semejantes cosas a partir de la nada. Contrastemos eso con los sentimientos de vergüenza porque *nosotros, nuestra gente*, hemos creado Guantánamo. Creación musical por un lado, una máquina para infligir dolor y humillación por el otro: lo mejor y lo peor de lo que somos capaces los seres humanos.

Puesto que cada una de sus palabras es encantadora, es libre de decir lo que se le antoje. De manera similar, puesto que todo cuanto hace debe de ser encantador, es libre de hacer lo que se le antoje. El problema estriba en que ya no es una niña. Y eso deja un regusto inquietante.

*

Y también cucarachas. Indicios de que la esposa debió de morir o fugarse hace mucho tiempo. Corretean a lo largo de los zócalos cuando creen que no las ve nadie. Migas por todas partes, incluso sobre su mesa. Un paraíso para las cucarachas. No es de extrañar que tenga tan mal los dientes. Mordisquea, garabatea, parlotea. Abajo con los liberales. Lo que dijo Hobbes. Lo que dijo Maquiavelo. Qué plasta.

11. SOBRE LA MALDICIÓN

En un libro sobre la religión en la Grecia antigua, un ensayo escrito por un señor llamado Versnel, de Leiden, acerca de ciertas placas de plomo con inscripciones halladas en templos de la antigüedad. Dado que esas placas servían generalmente para invocar la ayuda de un dios para poner fin a algún mal sufrido por un suplicante, Versnel las llama «placas de maldición».

De Menfis, siglo IV a. de C., una placa de maldición (en griego) dejada en el templo de Oserapis: «Oh, señor Oserapis y vosotros, dioses que os sentáis entronizados con Oserapis, a vosotros dirijo una plegaria, yo, Artemisa... contra el padre de mi hija, que le robó sus regalos de muerte (¿) y su ataúd... Del mismo modo en que él ha sido injusto conmigo y con mis hijos, así Oserapis y los dioses deben determinar que no lo entierren sus hijos y que él mismo sea incapaz de enterrar a sus padres. Mientras mi acusación contra él permanezca aquí, que perezca atrozmente, en tierra o en el mar...»^[4].

Le pregunto por Alan, por lo que hace. Me dice que es asesor de inversiones. ¿Es independiente?, le pregunto.

Normalmente tienen una foto del cónyuge en el dormitorio, una foto en la que él o ella están en la flor de la vida. O una fotografía de la boda, la pareja feliz. Y luego los hijos uno tras otro, en hilera. Pero en su dormitorio, nada.

A lo largo y ancho del mundo actual debe de haber personas que, negándose a aceptar que en el universo no existe la justicia, invocan la ayuda de sus dioses contra Estados Unidos, un país que se ha proclamado a sí mismo fuera del alcance de la ley de las naciones. Aunque los dioses no respondan ni hoy ni mañana, se dicen los suplicantes, puede que se decidan a actuar dentro de una o dos generaciones. Así pues, su súplica se convierte de hecho en una maldición: que la memoria del mal que nos han hecho no se desvanezca, que caiga el castigo sobre el malhechor en las generaciones venideras.

Responde que forma parte de una sociedad, pero es bastante independiente, todos

los socios lo son, se trata de esa clase de sociedad.

En la pared un pergamino enmarcado y escrito en alguna lengua extranjera (¿latín?), con su nombre en una elegante caligrafía, adornada con muchas volutas, y un gran sello de cera roja en una esquina. ¿Sus credenciales? ¿Su diploma? ¿La licencia que le permite practicar? No sabía que se necesitara una licencia para trabajar como escritor. Creía que era algo a lo que te dedicabas si tenías esa habilidad.

La señora Saunders dice que es de Colombia, pero resulta que se equivoca, que no es sudamericano en absoluto.

Al aceptar el trabajo, no me comprometí a retirar las botellas, limpiar el baño y fumigar a las cucarachas. Pero no puedes dejar que un hombre viva con semejante suciedad. Es un insulto. ¿Un insulto a quién? A los visitantes. A los padres que le trajeron al mundo. A la decencia elemental.

He aquí en gran medida el profundo tema de William Faulkner: el robo de la tierra a los indígenas o la violación de las esclavas vuelve de forma imprevista, varias generaciones después, para acosar al opresor. Al mirar atrás, el heredero de la maldición sacude la cabeza compungido. *Creíamos que eran impotentes, dice, por eso hicimos lo que hicimos; ahora vemos que no eran impotentes en absoluto.*

«La culpabilidad trágica —escribe Jean-Pierre Vernant— toma forma en el constante choque entre la antigua concepción religiosa de la fechoría como una profanación achacada a toda una raza e inexorablemente transmitida de una generación a la siguiente... y el nuevo concepto adoptado por la ley según el cual se define al culpable como un individuo particular que, al actuar sin ninguna coacción, ha elegido deliberadamente la comisión de un delito^[5]».

¿Estaría Alan dispuesto a aconsejarme sobre inversiones? Ella titubea. Me dice que se lo preguntará, pero que normalmente no le gusta trabajar con amigos. No soy un amigo, puntualizo, solo alguien que casualmente vive en el edificio: pero no importa, solo sentía curiosidad. ¿Cuánto tiempo hace que Alan forma parte de esa sociedad?

Alan quiere saber cuánto dinero tiene. Cómo voy a saberlo, le digo, no me habla de sus finanzas. Mira en sus cajones, me dice Alan. Mira en los armarios de la cocina.

Busca una caja de zapatos: eso lo delatará, es la clase de persona que guarda su dinero en una caja de zapatos. ¿Atado con un cordel?, le pregunto. Un cordel o una goma elástica, responde Alan. Alan nunca sabe cuándo me estoy riendo de él. Qué bobo es. ¿Qué hago cuando encuentre la caja de zapatos?, le pregunto.

El drama que se está representando ante nuestros ojos es el de un dirigente, George W. Bush (que Bush resulte haber sido un peón en manos de otros es irrelevante en este caso), que tiene el desmedido orgullo de negar la fuerza de la maldición que recae sobre él y la de las maldiciones en general; que, en efecto, va más allá y afirma que él no puede cometer un delito, dado que es él quien hace las leyes que definen los delitos.

Siete años. Fue uno de los socios fundadores.

¿Y cuánto hace que estáis casados?

No estamos casados. Creía habérselo dicho. No le damos mucha importancia a eso. Quiero decir que lo que piense la gente, de si estamos casados o no lo estamos, nos da bastante igual.

Coge el dinero y deja la caja donde la has encontrado, responde. ¿Y luego?, le digo... ¿Y luego, cuando llame a la policía? De acuerdo, espera a que se lo lleven al depósito de cadáveres, replica Alan, y entonces coge el dinero, la caja y el dinero, antes de que lleguen los buitres. ¿Qué buitres?, pregunto. Los parientes, dice Alan.

Alan no se entera mucho, pero aun así registro los armarios, solo para asegurarme: los armarios del baño, los armarios de la cocina, todos los cajones del dormitorio. En una caja de zapatos solitaria, un equipo para lustrar zapatos: cepillos a los que se les caen las cerdas, betún endurecido hace años.

Debe de tener una caja fuerte, dice Alan. Mira detrás de los cuadros de la pared. O a lo mejor lo tiene en el banco, le digo, donde la gente normal guarda su dinero. Él no es normal, replica Alan. Claro que no es normal, normal de un modo sobrenatural, le digo, pero ¿hasta qué punto has de ser normal para guardar tu dinero en el banco? Y en cualquier caso, ¿qué derecho tenemos a robarle su dinero?

En las atrocidades que él y sus servidores llevan a cabo, especialmente la atrocidad de la tortura, y en su arrogante afirmación de estar por encima de la ley, el pequeño de los Bush desafía a los dioses, y la misma desvergüenza de ese desafío hace inexorable el castigo de los dioses a los hijos y los nietos de su casa.

Entonces no planeáis tener hijos.

No es robar, dice Alan, no lo es si está muerto. Mira, si no lo cogemos nosotros, alguien lo hará. ¿Si está muerto no es robar?, digo. Vaya, eso es nuevo para mí. No seas incordiante, ya sabes lo que quiero decir, replica Alan.

Al contrario, no tengo la menor idea de lo que Alan quiere decir. ¿A qué viene esa obsesión con el viejo y su dinero? No es porque él no gane dinero a espuestas. Pero hay algo en todo esto que le ofende, como si el viejo fuese un galeón español que se hundiera en alta mar con la bodega llena de oro de las Indias, que se perdería si él, Alan, no se zambullera y lo recuperase.

Alan hizo averiguaciones acerca de él en Internet. Así descubrí que no es de Colombia, no es un «señor», en absoluto. Nacido en Sudáfrica en 1934, decía. Novelista y crítico. Larga lista de títulos y fechas. Nada acerca de una esposa. Bella Saunders jura que es de Sudamérica, le dije. ¿Estás seguro de que has buscado al hombre correcto? Alan me mostró una foto en la pantalla. ¿No es él? Y lo era, en efecto, aunque debieron de hacerle la foto hace años, cuando no era mal parecido, un hombre, no solo pellejo y huesos.

Este caso no es único, ni siquiera en nuestro tiempo. Los jóvenes alemanes protestan: *No tenemos sangre en nuestras manos, entonces, ¿por qué nos miran como si fuéramos racistas y asesinos?* La respuesta: *Porque tenéis la desgracia de ser los nietos de vuestros abuelos; porque pesa sobre vosotros una maldición.*

La maldición surge en el momento en que el poderoso hace una pausa y reflexiona: *La gente dice que, si cometo este acto, una maldición caerá sobre mí y mi casa... ¿sigo adelante?* Y entonces se responde a sí mismo: *¡Bah! ¡No existen los dioses, no existen las maldiciones!*

El impío hace que la maldición recaiga sobre sus descendientes; a cambio, sus descendientes maldicen su nombre.

No. Alan no quiere hijos.

¿Puedo hacerle una crítica?, le dije ayer, cuando le di las páginas

mecanografiadas. Bien mirado, su inglés es muy bueno, pero no decimos *talk radio*, eso no tiene sentido, decimos *talkback radio*.

¿Bien mirado?, replicó él. ¿A qué se refiere?

A que no es su lengua materna.

Lengua materna, dijo él. ¿Qué significa eso de lengua materna?

Significa la lengua que aprendió sentado en las rodillas de su madre, respondí.

Lo sé, me dijo. Lo que cuestiono es su elección de la metáfora. ¿Tengo que haber aprendido el lenguaje sobre las rodillas de una mujer? ¿Tengo que haberlo bebido del pecho de una mujer?

12. SOBRE LA PEDOFILIA

La histeria actual acerca de los actos sexuales con niños —no solo tales actos en sí, sino representaciones ficticias de estos en forma de la llamada «pornografía infantil»— da lugar a ciertas extrañas faltas de lógica. Cuando Stanley Kubrick rodó *Lolita*, hace treinta años, sorteó el tabú, relativamente suave en aquel entonces, mediante la utilización de una actriz de la que se sabía que no era una niña y solo con dificultad podía disfrazarse como tal. Pero en el clima actual esa estratagema no serviría de nada: el hecho (el hecho ficticio, la idea) de que el personaje de ficción es una niña eclipsaría la realidad de que la imagen en la pantalla no es la de una niña. Cuando el tema es el sexo con menores, la ley, y la opinión pública clamando detrás de ella, no está de humor para hacer sutiles distinciones.

Existe una manera inocente, puramente sociable, casi rutinaria de plantear la cuestión de los hijos. En el momento en que pronuncio la primera palabra, la palabra «entonces», mi curiosidad no podría ser más inocente.

Me lo está reprochando, le dije. Por favor, acepte las humildes excusas de esta indigna persona.

Me dirigió una dura mirada. ¿Dónde he puesto *talk radio*?, dijo.

Le indiqué el lugar. Miró, volvió a mirar, tachó la palabra *talk* y, al margen, a lápiz, escribió cuidadosamente *talkback*. Listo, dijo. ¿Así está mejor?

Mucho mejor, respondí. No tiene tan mal la vista.

¿Cómo diantres ha podido desarrollarse el clima actual? Hasta que las feministas intervinieron en la refriega, a fines del siglo xx, los censores moralistas habían sufrido una derrota tras otra y en todas partes estaban a la defensiva. Pero en cuanto a la pornografía, el feminismo, un movimiento progresista en otros aspectos, decidió ser compañero de cama de los conservadores religiosos, y la confusión se generalizó. Así, en la actualidad, mientras que por un lado los medios de comunicación encabezan impunemente una exhibición sexual cada vez más grosera, por otro lado se ha dado un buen varapalo al argumento esteticista de que el arte vence al tabú (el arte «transforma» su material, purgándolo de su fealdad) y, en consecuencia, el artista debería estar por encima de la ley. En unos pocos campos bien definidos el tabú ha emergido triunfante: no solo ciertas representaciones, sobre todo de sexo con menores, se proscriben y castigan ferozmente, sino que también está muy mal visto,

si no prohibido, el debate sobre la base del tabú.

Pero entre «entonces» y la segunda palabra, «no», el diablo me asalta, me envía una imagen de esta Anya en una calurosa noche de verano, convulsa en los brazos de ese Alan pelirrojo y con pecas en los hombros, abriendo con gozo su matriz al chorro de sus jugos viriles. Cuando he terminado de pronunciar el monosílabo «no» ella puede ver, mediante una especie de transferencia mágica o tal vez sencillamente por la imagen en mi retina, lo que estoy viendo. Si el rubor figurase en su repertorio, se ruboriza-

Casi siempre lleva una chaqueta de tweed de color mostaza que parece salida de una película británica de los años cincuenta y que desprende mal olor, como a piel de limón rancia. Cuando me pide que lea por encima de su hombro, busco alguna excusa para no hacerlo. Debería entrar sigilosamente en su piso por la noche, robarle la chaqueta y llevarla a la tintorería. O quemarla.

El ataque feminista radical contra la pornografía, dirigido por personas como Catherine MacKinnon, tuvo dos flancos. Primero, se afirmó que las imágenes de varones adultos realizando actos sexuales con niños (esto es, ya sea con niños que representan a niños, ya sea con actores de cualquier edad que representan a niños) estimulaban las violaciones en el mundo real de niños del mundo real. Segundo, se afirmó que inducir a niños o incluso mujeres a realizar actos sexuales ante la cámara era una forma de explotación sexual (según este argumento, en la industria pornográfica tal como existe hoy, las mujeres actúan bajo una coacción intrínseca).

Ría. Pero no figura. ¿Quiere decir si practicamos el control de la natalidad?, pregunta fríamente. Y me ofrece una levísima sonrisa, como para estimularme a seguir. Sí, dice, respondiendo a su propia pregunta, practicamos el control de la natalidad. De cierta clase.

Ahora atrévete a preguntarme, dicen sus ojos, atrévete a preguntarme qué clase de control de la natalidad.

Eso que estoy mecanografiando... ¿va a haber mucho más?, pregunté.

Eso que está mecanografiando, replicó, en tanto que un conjunto de opiniones, opiniones forjadas día a día, se considera una miscelánea. Una miscelánea no es como una novela, con un principio, un medio y un fin. No sé cuánto va a durar. Mientras los alemanes quieran.

¿Por qué escribe esas cosas? ¿Por qué, en vez de hacer eso, no escribe otra novela? Es lo que se le da bien, ¿no?, las novelas.

¿Una novela? No, ya no tengo la fortaleza necesaria. Para escribir una novela tienes que ser como Atlas, cargar con todo un mundo en tus hombros y sostenerlo durante meses y años, mientras todos sus asuntos se resuelven por sí mismos. Es demasiado para mí en mi estado actual.

Todo esto plantea algunos hipotéticos y mordaces interrogantes. ¿Debería prohibirse la publicación de un relato, una ficción que afirma ser tal, en la que una actriz veinteañera apropiadamente menuda representara ante la cámara el papel de una niña que se relaciona sexualmente con un hombre adulto? En caso negativo, ¿por qué insistir en la necesidad de prohibir una versión filmada del mismo relato, una mera transposición de los signos convencionales (verbales) a los naturales (fotográficos)?

¿Y qué decir de la representación de niños relacionándose sexualmente no con adultos sino con otros niños? Lo que convierte a la imagen en culpable, según la nueva ortodoxia, no parece ser la idea del sexo entre menores (muchos de los cuales llevan una vida sexual activa e incluso promiscua) ni tampoco el hecho del sexo, real o simulado, entre actores que son menores, sino la presencia en alguna parte de una mirada adulta, detrás de la cámara o en la sala del cine a oscuras. Una cuestión muy interesante sería plantear si una película hecha por menores, utilizando a actores menores que realizan actos sexuales y que se exhibiera solo ante menores infringiría el tabú. Es de presumir que no lo haría.

De cierta clase, digo. Hummm... No le preguntaré de qué clase. Pero permítame ofrecerle un consejo benevolente: no lo dejen para demasiado tarde.

Aun así, dije, todos tenemos opiniones, especialmente sobre política. Si cuenta una historia, por lo menos la gente callará y le escuchará. Una historia o un chiste.

Las historias se cuentan a sí mismas, no las cuenta uno, replicó. Es lo que he aprendido después de toda una vida trabajando con historias. No intentes jamás imponerte. Espera a que la historia hable por sí misma. Espera y confía en que no

haya nacido sorda, muda y ciega. Eso podía hacerlo cuando era más joven. Podía esperar pacientemente durante meses. Ahora me fatigo. No consigo centrar la atención.

Sin embargo, no hace mucho tiempo, en un estado norteamericano, encarcelaron a un muchacho de diecisiete años por hacer el amor con su novia de quince (los padres de la chica lo denunciaron).

En cuanto a las relaciones sexuales entre profesores y alumnos, tan fuerte es hoy la oleada de desaprobación que pronunciar incluso la palabra más suave en su defensa resulta (exactamente) como enfrentarte a esa oleada, sintiendo cómo la gran potencia del agua arrolla al insignificante movimiento de tu brazo y te arrastra hacia atrás. A lo que te enfrentas cuando abres los labios para hablar no es al trazo silenciador de la censura sino a un edicto de exilio.

Parece hablar por propia experiencia, dice ella. ¿No ha tenido hijos?

No, no los he tenido. Los hijos son un regalo del cielo. Parece ser que no he merecido el regalo.

Cuánto lo lamento, dice ella.

*

¿Y yo voy a acabar también entre sus opiniones?, le pregunté. ¿Tiene usted opiniones sobre las secretarias que se propone exponer al mundo?

Me dirigió una severa mirada.

Porque, si va a hacerlo, no olvide que deberá pagarme derechos de utilización.

Me pareció una observación bastante inteligente, para ser una simple secretaria. Luego se la repetí a Alan. Si te utiliza en su libro puedes ponerle un pleito, me dijo Alan enseguida. Alan nunca pierde oportunidad. Es más listo que un lince. Demándalo, y a sus editores también. Una demanda por *crimen injuria*, ofensas a la dignidad. Eso armaría un gran escándalo en la prensa. Entonces podríamos llegar a un acuerdo antes de acudir a los tribunales.

13. SOBRE EL CUERPO

Nos referimos a «el perro con la pata dolorida» o «el pájaro con el ala rota», pero ni el perro ni el pájaro piensan en sí mismos de ese modo. Cuando el perro intenta andar, no hay más que *Soy dolor*, y cuando el pájaro trata de emprender el vuelo, solo hay *No puedo*.

Las cosas parecen ser distintas en nuestro caso. El hecho de que haya locuciones corrientes como «mi pierna», «mi ojo», «mi cerebro» e incluso «mi cuerpo» indica que creemos en la existencia de una entidad inmaterial, tal vez ficticia, que determina la relación de poseedor respecto a poseído en lo que atañe a las «partes» del cuerpo e incluso al cuerpo en su totalidad. O bien la existencia de tales locuciones demuestra que el lenguaje no tiene dónde agarrarse, no puede ponerse en marcha, hasta que ha dividido la unidad de la experiencia.

Anoche tuve una pesadilla, que luego anoté, en la que me estaba muriendo y una mujer joven me conducía a la puerta del olvido. De lo que no dejé constancia es del interrogante que se me ocurrió mientras escribía: ¿Es ella?

¿Por qué tendría que demandarle?

Despierta. No puede hacer lo que quiera contigo. No puede escogerte, tener fantasías obscenas sobre ti y venderlas al público para sacar beneficio. Además, no puede anotar tus palabras y publicarlas sin tu permiso. Eso es plagio. Peor que plagio. Tienes una identidad, que solo te pertenece a ti. Es tu posesión más preciada, desde cierto punto de vista, y tienes derecho a protegerla. Con firmeza.

No todas las partes del cuerpo son objeto del mismo grado de catexis. Si extrajeran un tumor de mi cuerpo y me lo mostraran en una bandeja quirúrgica diciéndome «tu tumor», sentiría repulsión ante un objeto que en cierto sentido es «mío» pero al que repudio, y ciertamente me alegro de su eliminación; mientras que si me cortaran una mano y me la mostraran, sin duda experimentarí la más profunda aflicción.

Uno carece de sentimientos respecto al pelo, los recortes de uñas y cosas por el estilo, dado que su pérdida pertenece a un ciclo de renovación.

Los dientes son más misteriosos. Los dientes en «mi» boca son «mis» dientes, forman parte de «mí», pero lo que siento por ellos es menos íntimo que, por ejemplo, lo que siento por mis labios. No los siento ni más ni menos «míos» que las prótesis de

metal o porcelana en mi boca, obra de unos dentistas cuyos nombres he olvidado. Me siento propietario o custodio de mis dientes, en vez de sentir que mis dientes forman parte de mí. Si me extrajeran y mostraran un diente cariado, no sentiría un gran pesar, aunque mi cuerpo («yo») jamás lo regenerará.

Esa joven que no quiere llamarme por mi nombre y me llama «señor» o tal vez «senior»... ¿es la que me ha sido asignada para conducirme a mi muerte? De ser así, ¡qué extraño mensajero, y qué poco apropiado!

No seas tonto, Alan. No va a darme sus fantasías para que las mecanograbé, si es que tiene fantasías sobre mí.

¿Por qué no? A lo mejor es así como se pone cachondo: haciendo que la mujer lea sus fantasías acerca de ella. No deja de tener su lógica. Es un medio de ejercer poder sobre una mujer cuando ya no puedes follar.

Estos pensamientos sobre el cuerpo no se me ocurren en abstracto sino con relación a una persona concreta, X, in-nominada. La mañana del día que murió, X se cepilló los dientes, cuidando de ellos con la diligencia que aprendemos de niños. Terminó sus abluciones para enfrentarse a la jornada, y antes de que la jornada hubiera terminado estaba muerto. Su espíritu partió, dejando tras de sí un cuerpo que no servía para nada, incluso algo peor que no servir para nada, puesto que pronto empezaría a pudrirse y se convertiría en una amenaza para la salud pública. Una parte de ese cuerpo muerto era la dentadura que se había cepillado aquella mañana, unos dientes que también habían muerto en el sentido de que la sangre había dejado de circular por sus raíces, pero que, paradójicamente, habían dejado de padecer las caries mientras el cuerpo se enfriaba y sus bacterias bucales se enfriaban también y se extinguían.

Si X hubiera sido enterrado, las partes de «su» cuerpo que habían vivido más intensamente, que eran más «él», se habrían descompuesto, pero «sus» dientes, de los que tal vez había tenido la sensación de que tan solo estaban bajo su cuidado y custodia, habrían sobrevivido mucho tiempo. Pero, claro, a X no lo enterraron, sino que lo incineraron, y los constructores del horno que lo consumió se habían asegurado de que la temperatura fuese lo bastante alta para convertirlo todo en ceniza, incluso los huesos, incluso los dientes. Incluso los dientes.

Sin embargo, tal vez esté en la naturaleza de la muerte que todo lo que le atañe, hasta la última cosa, nos parezca inapropiada.

¡Vamos, Alan! ¿Quieres que me ponga un uniforme de escuela de monjas y me presente ante el tribunal como una muchacha virgen que se ruboriza cuando un hombre tiene pensamientos sobre ella? Cumpliré los treinta en marzo. Muchos hombres han tenido pensamientos sobre mí.

14. SOBRE LA MATANZA DE ANIMALES

A la mayoría de nosotros, lo que vemos en los programas televisivos de cocina nos parece perfectamente normal: utensilios de cocina por un lado, alimentos crudos por el otro, camino de convertirse en alimentos cocinados. Pero a una persona no habituada a comer carne, el espectáculo debe de parecerle de lo más antinatural, pues entre la fruta, la verdura, los aceites, las hierbas y las especias hay pedazos de carne cortada apenas hace unos días del cuerpo de una criatura matada adrede y con violencia. La carne animal tiene un aspecto muy similar al de la carne humana (¿por qué no habría de tenerlo?). Así pues, la persona no acostumbrada a la cocina carnívora no establece automáticamente («naturalmente») la inferencia de que la carne exhibida procede de un cuerpo muerto (animal) y no de un cadáver (humano).

Un espectro del pasado. En la cuneta, en las afueras de Nowra, semioculto en la hierba, el cuerpo de un zorro, una raposa, las cuencas de los ojos vacías, el pelaje sin brillo, apelmazado por la lluvia nocturna. *Qué inapropiado*, diría esa linda zorrita.

No tiene nada que ver con la edad. Podríamos plantear ante el tribunal: ¿por qué pagaría el triple de la tarifa normal que cobra una mecanógrafa? Respuesta: porque lo que está escribiendo sobre ti es humillante, y la finalidad de tu trabajo es hacer que aceptes y apruebes tu propia humillación. Lo cual es esencialmente cierto. Te invita a su piso para que escuches guarradas, entonces tiene fantasías en las que se imagina haciéndote cosas, y cuando has escuchado sus fantasías y las has copiado palabra por palabra, te paga como le pagaría a una puta.

Es importante que no todo el mundo pierda esta manera de ver la cocina, de verla con lo que Viktor Shklovsky llamaría una mirada distanciada, como un lugar donde, tras los asesinatos, se llevan los cuerpos de los muertos para que los arreglen (disfracen) antes de devorarlos (no solemos comer carne cruda; a decir verdad, la carne cruda es peligrosa para la salud).

Unas noches atrás, la televisión nacional, en medio de los programas de cocina, emitió un documental sobre lo que sucede en el matadero de Port Said, donde el ganado exportado a Egipto desde Australia encuentra su fin. Un reportero con una cámara oculta en la mochila filmó escenas en las que cortaban a las reses los tendones de las patas traseras, a fin de controlarlas mejor; además afirmó tener una secuencia demasiado atroz para emitirla, la de un animal acuchillado en un ojo, tras lo cual se

utilizaba el cuchillo ensartado en la cuenca ocular para girar la cabeza a fin de presentar la garganta al cuchillo del carnicero.

Entrevistaron al veterinario supervisor del matadero. El hombre, desconocedor de la filmación secreta, negaba que allí sucediera nada indigno. Aseguró que su matadero era un establecimiento modélico.

Si me hubieran dicho que el último de mis enamoramientos sería de una chica con modales provocativos y relaciones con una gatería (*una gatería, ya sabe, un hogar para*

Es peor que el *crimen injuria*. Es maltrato, maltrato psicológico y sexual. Podríamos trincarlo por eso.

Estás loco, Alan. Yo no salgo en su libro. Trata de política. Trata de John Howard y George Bush. Trata de samuráis con el culo al aire. No hay sexo.

Las atrocidades cometidas en ese centro de Port Said, y el negocio de la exportación de ganado vivo en general, preocupan desde hace algún tiempo a los australianos. Los exportadores de ganado incluso han donado al matadero un almacén de sacrificio, un enorme mecanismo que atrapa al animal entre barrotes, luego lo alza a peso y lo hace girar para facilitar el golpe letal. El almacén de sacrificio sigue ahí sin usar. Según el veterinario, era demasiado engorroso para los matarifes.

Sería demasiado esperar que un solo programa televisivo de quince minutos tuviera un efecto duradero sobre la conducta en el negocio del ganado. Sería ridículo esperar que los endurecidos operarios del matadero egipcio hicieran distinciones con el ganado de Australia para concederle un tratamiento especial, más benévolo, durante su última hora en el mundo. Y lo cierto es que el sentido común está de parte de los operarios. Si van a degollar a un animal, ¿realmente importa que también le corten los tendones de las patas?

Gatos), habría supuesto que estaba destinado a sufrir una de esas ridículas muertes en las que al cliente de la casa de mala reputación le da un ataque al corazón *in medias res* y

¿Cómo lo sabes? Puede que el sexo esté en pasajes que te oculta. Puede que esté en la entrega de mañana. No puedes estar segura. ¿Por qué crees que te ha escogido cuando podría haber recurrido a una mecanógrafa profesional, alguna sargenta con calzado juicioso y verrugas en el mentón? ¿Te pidió ver una muestra de tu trabajo? No. ¿Te pidió referencias? No. ¿Te pidió que le enseñaras las tetas? No lo sé. Tal vez lo hizo y no me lo cuentas. Te eligió a ti, y no a otra, porque le pones caliente, Anya. La idea del sacrificio compasivo está cuajada de absurdos. Lo que parecen desear quienes, llenos de buena intención, hacen campaña por el bienestar de los animales es que estos lleguen ante su verdugo en un estado de serenidad, y que la muerte les sobrevenga antes de que se percaten de lo que está ocurriendo. Pero ¿cómo puede hallarse una res en un estado de serenidad tras haberla acuciado para que pase del barco a la caja de un camión que a través de unas calles atestadas la conduce a un extraño lugar que hiede a sangre y muerte? El animal se siente confuso y desesperado, y sin duda es difícil de controlar. Por eso le cortan los tendones.

Tienen que vestir apresuradamente su cadáver, sacarlo con sigilo y dejarlo abandonado en un callejón. Pero no, si he de dar crédito al nuevo sueño, no será así. Expiraré en mi propia cama y me descubrirá mi mecanógrafa, que me cerrará los ojos y descolgará el teléfono para informar.

*

Porque tiene sueños lascivos contigo en los que le chupas su sucia, vieja y arrugada polla y luego le azotas con un gato de nueve colas. ¿Y cuál es el resultado de todo esto? Falsedad en el ofrecimiento de trabajo. Solicitud de servicios de prostitución. Acoso sexual. ¡Vamos a atraparlo!

Para entonces me estaba riendo. Me encanta esa loca energía de Alan. Para bien o para mal, la gente como él es la que hace que el mundo gire. Venga aquí, señor, le dije, venga a mostrarme un poco de auténtico acoso sexual. Y nos tendimos en la cama. Telón.

*

15. SOBRE LA GRIPE AVIAR

Parece ser que ciertos virus, sobre todo el causante de la gripe aviar, son capaces de migrar desde la especie que normalmente los alberga a los seres humanos. Dicen que la pandemia de gripe de 1918 fue obra de un virus aviar.

Si tiene algún sentido decir que los virus poseen un impulso o un instinto, o que actúan poseídos por ellos, es el instinto de replicarse y multiplicarse. A medida que se multiplican se instalan en más y más organismos anfitriones. No pueden tener la intención (por así decirlo) de matarlos. Más bien lo que les gustaría es una población de anfitriones en creciente expansión. En última instancia, lo que un virus quiere es apoderarse del mundo, es decir, instalarse en cada torrente sanguíneo de sangre caliente. En consecuencia, la muerte de todo anfitrión individual es una forma de daño colateral, una equivocación o un error de cálculo.

En lo que no caí al ofrecerle el puesto a Anya fue en que, como sus días están más o menos vacíos, el trabajo es para ella un verdadero alivio del tedio. Sus días están vacíos porque no hace nada por encontrar empleo, en la hostelería, en recursos humanos o donde sea.

Si de veras no sabe sobre qué escribir, le dije al señor C, ¿por qué no escribe los recuerdos de su vida amorosa? Eso es lo que le gusta más a la gente: chismorreos, sexo, aventuras románticas, todos los detalles jugosos. Debe de haber conocido a muchas mujeres en su época.

No puede decirse que el virus haya llegado al método utilizado para cruzar de una especie a otra, el método de la mutación al azar (intentarlo todo y ver qué es lo que funciona), mediante una planificación racional. El virus individual carece de cerebro y, por lo tanto, *a fortiori*, carece de mente. Pero si queremos ser decididamente materialistas, podemos decir que el pensamiento (el pensamiento racional) utilizado por los seres humanos cuando tratan de encontrar las maneras de aniquilar al virus o negarle un hogar en la población humana es también un proceso en el que se prueban opciones bioquímicas, neurológicas, bajo el mando de un programa neurológico maestro llamado proceso de razonamiento, para ver cuál de ellas surte efecto.

En cuanto al señor A, debería parecer suficiente despertarse por las mañanas con esta chica a su lado en la cama, y que la misma chica estuviera en la puerta para darle la bienvenida a casa por las noches con una copa en la mano.

A fin de llenar las horas muertas, lo que Anya hace sobre todo es comprar. Alrededor de las once de la mañana, tres o cuatro días a la semana, vendrá a entregar la tarea que ha hecho. Pase y tómese una taza de café, le ofreceré. Ella negará con la cabeza. Tengo que ir de compras, me dirá. ¿De veras? ¿Qué más le queda por comprar?, le preguntaré. Ella me mirará con una sonrisa misteriosa. Cosas, dirá.

Eso le hizo animarse. A los hombres les gusta que les digan que tienen un pasado escandaloso.

Ojalá pudiera seguir su consejo, mi querida Anya, dijo. Pero ¡ay!, me he comprometido a escribir una recopilación de opiniones, no unas memorias. Una reacción al presente en el que me encuentro.

El panorama que contempla un materialista radical es el de dos formas de vida que piensan una en la otra desde su propio punto de vista: los seres humanos piensan en las amenazas de los virus a la manera humana, y los virus piensan en posibles anfitriones de una manera viral. Los protagonistas participan en un juego de estrategia, un juego que se parece al ajedrez en el sentido de que un bando ataca y crea una presión dirigida a romper las filas enemigas, mientras que el otro bando se defiende y busca puntos débiles por donde contraatacar.

Lo turbador de la metáfora de las relaciones entre seres humanos y virus como un juego de ajedrez es que los virus siempre juegan con las piezas blancas y nosotros, los seres humanos, con las negras. Los virus hacen su jugada, y nosotros reaccionamos.

Al decir cosas se refiere a ropa. Lo descubrí en la primera visita que hice a su ático, cuando sin que yo se lo hubiera pedido me enseñó el piso, incluido su vestidor. Hacía mucho tiempo que no veía un vestidor bien surtido. Percheros y más percheros llenos de ropa, suficiente para vestir a una gatería de tamaño mediano. ¿Tiene también una colección de zapatos?, le pregunté. Ella se echó a reír. ¿Me toma por Imelda?, replicó. Abrió el armario de los zapatos. Debía de contener unos cuarenta pares.

De todos modos, siempre puede hacer sitio al pasado, le dije. Sin duda tiene usted recuerdos que acuden mientras está sentado a su mesa, dejando vagar la mente. Cuente algunas anécdotas y parecerá usted más humano, más de carne y hueso. No le importa que le dé mi opinión, ¿verdad? Porque una mecanógrafa no tiene por qué ser tan solo una máquina de mecanografiar.

Dos personas que emprenden una partida de ajedrez convienen implícitamente en jugar de acuerdo con las reglas. Pero en la partida que jugamos contra los virus no existe esa convención básica. No es inconcebible que algún día un virus realice el equivalente de un salto conceptual y, en vez de jugar la partida, empiece a jugar a hacer jugadas, es decir, empiece a reformar las reglas para que se adapten a sus deseos. Por ejemplo, podría decidir descartar la regla de que un jugador solo puede hacer un movimiento cada vez. ¿Cómo se traduciría esto en la práctica? En lugar de esforzarse como en el pasado por desarrollar una sola cepa capaz de vencer las resistencias del cuerpo anfitrión, el virus podría desarrollar con éxito y simultáneamente toda una clase de cepas distintas, lo que sería análogo a hacer varios movimientos de ajedrez al mismo tiempo por todo el tablero.

Le gusta presentarse como filipina, una pequeña trabajadora extranjera filipina. La verdad es que jamás ha vivido en las Filipinas. Su padre era un diplomático australiano que se casó con una mujer a la que conoció en Manila, en un cóctel, la esposa de un promotor inmobiliario del que no tardaría en divorciarse.

¿Qué ha de ser entonces una mecanógrafa, si no es solo eso?, me preguntó.

Su tono no era agresivo. Parecía una verdadera pregunta, como si realmente quisiera saberlo.

Un mecanógrafo es un ser humano, ya sea hombre o mujer, dije. En mi caso, una mujer. ¿O es que prefiere no pensar en mí de ese modo?

Por supuesto que pensaba en mí de ese modo. Tendría que ser de piedra para no hacerlo, con mi aroma, con mis tetas en su cara. ¡Pobre viejo! ¿Qué podía hacer?

Asumimos que, mientras se aplique con suficiente tenacidad, la razón humana debe triunfar (está destinada a triunfar) sobre otras formas de actividad intencional porque la razón humana es la única forma de razón que existe, la única llave que puede descifrar las claves que hacen funcionar el universo. Decimos que la razón

humana es la razón universal. Pero ¿y si hubiera unos modos igualmente poderosos de «pensar», es decir, unos procesos bioquímicos igualmente eficaces para acceder a donde te inclinan tus impulsos o deseos? ¿Y si la competición por ver en qué condiciones los animales de sangre caliente seguirán existiendo en este planeta no tiene por triunfadora a la razón humana?

Hasta que su padre se largó con su secretaria francesa y abrió un restaurante en Cassis (un gran escándalo), Anya fue a escuelas internacionales de todo el mundo (Washington, El Cairo, Grenoble).

¿Qué podía decir? Impotente como un bebé. *¿Qué eres sino una máquina de mecanografiar?* ¡Qué pregunta! *¿Y usted qué? ¿Qué clase de máquina es? ¿Una máquina de fabricar opiniones, como una máquina de hacer pasta?*

En serio, ¿puedo decirle lo que pienso de sus opiniones?, le pregunté. ¿Mis sinceros pensamientos, al margen de lo que valgan?

Sí, dígame lo que piensa.

De acuerdo. Puede que esto le parezca cruel, pero no lo digo con esa intención. Hay un tono... no sé cuál sería la mejor palabra para describirlo... un tono que disgusta de veras a la gente. Un tono de sabelotodo.

Los recientes éxitos de la razón humana en su larga contienda con el pensamiento viral no deberían engañarnos, pues ellos solo han ocupado un instante en el período evolutivo. ¿Y si cambia la marea? ¿Y si la lección que contiene ese cambio de la marea es que la razón humana ha encontrado la horma de su zapato?

El beneficio que obtuvo de esa escolarización internacional no está claro. Habla francés con un acento que probablemente a los franceses les parecerá encantador, pero no ha oído hablar de Voltaire. Cree que Kioto es Tokio mal escrito.

No hay nada que no esté preconcebido: *Soy el que tiene todas las respuestas, las cosas son así, no discutas, eso no te llevará a ninguna parte.* Ya sé que en la vida real

no es usted así, pero eso es lo que parece al leer sus escritos, y no es lo que pretende. Me gustaría que no siguiera por ahí. Si no tiene más remedio que escribir acerca del mundo y la manera en que lo ve, me gustaría que encontrara una manera mejor de hacerlo.

¿Es eso todo?

No. Tengo más que decir, pero de un asunto diferente.

¿Puedo decir antes algo en mi defensa?

Adelante.

16. SOBRE LA COMPETICIÓN

UNO.

En las carreras atléticas solía darse el caso de que, cuando el juez en la línea de llegada no podía determinar quién había ganado, declaraba un empate. El juez representaba al hombre corriente, el hombre corriente con la mirada más aguda. Cuando, en una competición atlética, la mirada corriente más aguda no puede discernir ninguna diferencia, entonces, solíamos decir, es que en realidad no hay ninguna diferencia.

Alan debe de ganar mucho dinero para financiar todas esas compras tuyas, le dije. Ella se encogió de hombros. Le gusta que tenga buen aspecto, replicó.

Vivimos unos tiempos oscuros. No puede usted esperar que escriba de ellos de un modo superficial. No cuando lo que tengo que decir es algo que siento profundamente.

¿No puedo? No veo por qué la oscuridad de los tiempos significa que tiene que subirse a un cajón y pontificar. ¿Y por qué los tiempos son tan oscuros en cualquier caso? No creo que estos sean unos tiempos oscuros. Creo que son unos tiempos bastante buenos. Así que digamos tan solo que tenemos sentimientos distintos sobre ese particular. ¿Puedo decirle ahora algo sobre el terrorismo? Cuando escribe acerca de los terroristas, creo, francamente, que está un poco en las nubes. Es un tanto idealista, poco realista. Supongo que jamás en su vida se ha visto frente a un auténtico fundamentalista musulmán. Hable, diga si me equivoco o no. ¿No? Bien, pues yo sí, y créame si le digo que no son como usted y como yo.

De manera similar, en un juego como el críquet, se entendía que cuando el árbitro decía que algo había sucedido —que la pelota había tocado el bate, por ejemplo—, entonces, a efectos del juego, realmente había ocurrido así. Tales ententes concordaban con el carácter un tanto ficticio concedido a las competiciones deportivas: el deporte no es la vida; lo que sucede «realmente» en el deporte en realidad no importa; lo que importa, en cambio, es lo que convenimos en que ha sucedido.

Hoy día, sin embargo, el resultado de las competiciones lo deciden unos

instrumentos que superan en agudeza al ojo humano más agudo: las cámaras electrónicas dividen cada segundo en un centenar de instantes y conservan cada uno de ellos en su imagen congelada.

Le gusta lucirme. ¿No le importa que trabaje para mí?, le pregunté. No es un trabajo corriente, respondió ella.

Escuche lo que le digo. Tengo un tío, el hermano de mi madre, que es propietario de un aserradero en Mindanao. Los islamistas de Mindanao hicieron campaña contra el aserradero, diciendo que lo querían ver cerrado porque les robaba sus recursos, los recursos de la isla. Mi tío se negó. Dijo que no estaba robando nada, que tenía un título legal. Así que una noche los islamistas llegaron en gran número. Mataron a tiros al gerente del aserradero delante de su mujer y sus hijos, prendieron fuego a la planta de procesado y contemplaron cómo ardía. En el nombre de Alá. En el nombre del Profeta. Así es Mindanao. Lo mismo sucede en Bali, lo mismo en Malaisia, lo mismo en cualquier parte donde los fundamentalistas tienen algún apoyo. Ya vio lo que hicieron en Bali.

El traspaso del poder de decisión a las máquinas muestra hasta qué punto se ha concebido de nuevo la naturaleza de las competiciones atléticas, cuyo modelo era el juego infantil (los competidores *jugaban* a ser enemigos) y cuyo modus operandi era el consenso. Lo que antes era juego ahora se ha convertido en trabajo, y las decisiones sobre quién gana y quién pierde se han vuelto potencialmente demasiado importantes, es decir, demasiado costosas, para dejarlas al arbitrio del falible ojo humano.

Si fuese un trabajo corriente diría que era una pérdida de recursos. Pero mecanografiar para un célebre escritor... eso es diferente. Se enjugó la frente de una manera ostentosa. Hace calor, dijo. Voy a cambiarme. Dispense.

Está malgastando su compasión hacia los fundamentalistas, señor C. Ellos

desprecian su compasión. No son como usted. No creen en la palabra, en el razonamiento. No quieren ser inteligentes. Desprecian la inteligencia. Prefieren ser estúpidos, deliberadamente estúpidos. Puede discutir con ellos todo cuanto quiera, no sirve de nada. Han tomado una decisión. Saben lo que saben y no necesitan saber nada más. Y no tienen miedo. No les importa morir si eso ayuda a que el día del juicio final esté más cerca.

¿El día del juicio final?

El día de la batalla que pondrá fin a todas las batallas, cuando los infieles sean derrotados y el Islam se apodere del mundo.

Creo que confunde usted a los musulmanes con los cristianos. Son los fundamentalistas cristianos los que esperan que llegue la batalla que ponga fin a todas las batallas. La llaman el Armagedón. Esperan el Armagedón y el comienzo del reinado universal del Dios cristiano.

La iniciativa en este giro antisocial y antihumano la tomaron las carreras de caballos, las cuales, pese a ser conocidas como el deporte de los reyes, siempre ocuparon una posición discutible en la galería de los deportes, debido a que los competidores no eran seres humanos y a que las carreras eran de manera manifiesta un vehículo para las apuestas. Sencillamente, se dejó que el resultado de una carrera de caballos lo decidiera la cámara porque había mucho dinero en juego que dependía del resultado.

El abandono de las antiguas y «naturales» maneras de juzgar en los deportes en favor de los nuevos métodos mecánicos corrió paralelo a una evolución histórica a escala mayor: de la competición deportiva como una diversión para varones jóvenes y sanos (y en grado menor para mujeres), que el público con tiempo de ocio, si se sentía inclinado a ello, podía contemplar gratuitamente, al deporte como un entretenimiento organizado para masas de espectadores de pago por hombres de negocios que emplean a competidores profesionales. En este caso el boxeo profesional aportó el modelo, y mucho antes del boxeo los combates de gladiadores.

Y me hizo salir del vestuario, pero dejó la puerta abierta, de manera que si me hubiera vuelto (no lo hice) podría haber visto cómo se quitaba los tejanos y se ponía el mismo vestido de estar por casa rojo tomate que llevaba la primera vez que la vi.

Por eso van a la guerra con tanta temeridad. Por eso son tan indiferentes al futuro del planeta. Este no es nuestro hogar, se dicen a sí mismos: El cielo es nuestro hogar.

Para la generación que ha sido educada bajo el nuevo decreto, los lamentos por lo

que se ha perdido son tan poco interesantes como los lamentos por la desaparición de la raqueta de tenis con marco de madera. ¿Deberían callar por eso los Jeremías? La respuesta obvia es que sí. ¿Tiene algún sentido que la respuesta pudiera ser negativa?

En el deporte, incluso el deporte moderno, esperamos que las competiciones sean equilibradas. Una competición cuyo resultado está cantado no nos atrae, salvo tal vez cuando el contendiente más débil actúa con suficiente valentía para ganarse nuestra solidaria admiración, ya que enfrentarse con valentía a un rival más fuerte es sin duda una de las lecciones para cuya enseñanza el deporte, como institución cultural, fue inventado.

En este piso hace tanto calor en verano, me dijo cuando se reunió de nuevo conmigo. Es por la altura. ¿No quiere un intercambio de pisos, solo durante el verano? Apuesto a que abajo hace más fresco.

Vaya, vuelve usted a las andadas, dándole a todo un giro político. Trato de decirle cómo son los fundamentalistas en la vida real y usted lo convierte en un combate de boxeo, su opinión contra la mía, los musulmanes contra los cristianos. Como le he dicho, eso pronto resulta aburrido. Pero probablemente le gusta boxear... como a los terroristas. A mí no. El boxeo me deja fría.

Entonces cambiemos de tema. Si el boxeo la deja fría, y la política incluso más fría, ¿qué es lo que la calienta?

Ajá, me dije, eso es lo que te interesa, ¿verdad? ¡Qué me calienta! Me gusta un buen relato, le dije fríamente. Ya se lo he dicho. Un relato de interés humano, con el que pueda sentirme identificada. No hay nada malo en ello.

*

El enfrentamiento entre una visión nostálgica y retrógrada del deporte y la visión que predomina hoy puede tener un valor cultural análogo. Es decir, el argumento de que el pasado fue mejor que el presente no puede vencer, pero por lo menos es posible exponerlo con valentía.

*

Dice esa clase de tonterías (por supuesto, no me está proponiendo en serio un intercambio de pisos) sin asomo de vergüenza. Le enseñaré mi álbum de fotos, me ofreció el otro día. No le tomé la palabra. No tengo ningún deseo de ver a la adorada, mimada y probablemente vana chiquilla que debió de haber sido.

Anoche Alan y yo volvimos a hablar de él. Me contó uno de sus sueños, le dije a Alan. Era un sueño triste de veras, en el que había muerto y su espíritu se quedaba atrás, no quería marcharse. Le dije que debería escribirlo antes de que se le olvide, e introducirlo en su libro. No, me dijo, no podía hacer eso: para tener cabida en su libro debía ser una opinión, y un sueño no es una opinión. Entonces debería encontrar algún lugar donde encaje, le dije (le dije a Alan). Es un buen sueño, un sueño de alta calidad con un principio, un medio y un fin. Mis sueños nunca tienen sentido. Y por cierto (le pregunté a Alan), ¿quién es Eurídice? Salía en el sueño.

Orfeo y Eurídice, dijo Alan, célebres amantes. Orfeo era el hombre, Eurídice era la mujer que se convirtió en una columna de sal.

DOS.

Puesto que el alimento es abundante en Australia y el clima benigno, ¿por qué razón un gobierno que acaba de presentar nuevos proyectos de ley para que los patronos puedan despedir más fácilmente a los empleados tiene que instar a los australianos a trabajar con más ahínco y durante más horas? La respuesta que nos dan es que en la nueva economía globalizada todos tendremos que trabajar con más ahínco para *mantenernos en cabeza* o incluso para *seguir el ritmo*. Nos dicen que los chinos trabajan más horas por unos salarios más bajos que los australianos, y que además su calidad de vida es inferior y viven más hacinados. Así China es capaz de manufacturar bienes más baratos que Australia. A menos que los australianos trabajen con más empeño, se quedarán *rezagados* y serán *perdedores* en la gran carrera global.

Este año, el año en que la trayectoria de su cometa se ha cruzado con la mía, señala su apogeo.

Estoy empezando a sentir lástima por él, le dije. No tiene a nadie. Se pasa el día entero sentado en su piso, o en el parque, hablando con los pájaros. Bueno, dijo Alan, siempre está la botella cuando se siente demasiado solo. ¿Qué quieres decir con eso de que siempre está la botella?

¿No me dijiste que bebía en secreto? En fin, no sientas demasiada lástima por él. No todo el mundo puede ganarse la vida convirtiendo sus ociosas opiniones en metálico. Si lo piensas, resulta ingenioso, como una manera de actuar en las dos dimensiones al mismo tiempo.

Detrás de este rechazo de la vida ociosa (*otium*: tiempo libre que puede emplearse o no en la mejora de uno mismo) y esta justificación de la actividad incesante, subyacen unas suposiciones que ya no es necesario articular, tan evidentemente ciertas parecen: que cada ser humano debe pertenecer a una nación u otra y actuar dentro de una u otra economía nacional; que estas economías nacionales compiten entre ellas.

Una década más y su cuerpo empezará a engrosar, sus facciones a volverse ásperas; se convertirá en otra mujer ociosa y demasiado arreglada que debe aceptar el hecho de que los hombres ya no la miran por la calle.

Las dos dimensiones, la individual y la económica: así es como Alan ve el mundo, la dimensión individual, que no le interesa a nadie más que a ti, y la dimensión económica, que es la realidad del ancho mundo. Probablemente estoy de acuerdo con ello, tiene mucho sentido, pero se lo discuto de todos modos, discuto si en eso estriba todo, y Alan me replica, así que puede ver por sí mismo que la mujer por la que ha abandonado a su esposa no es una boba que casualmente tiene un hermoso cuerpo, sino una persona que piensa, con arrojo, como dice él (pero no con tanto arrojo como mi amo y señor, suelo replicarle).

Así que le digo: Pero ¿realmente el señor C es tan farsante? ¿No tenemos todas opiniones que tratamos de ofrecer al mundo real? Por ejemplo, yo tengo opiniones sobre el color y el estilo, y sobre qué es lo que armoniza con esto o aquello. Cuando voy a la zapatería, compro unos zapatos que, en mi opinión, armonizan con el vestido que compré ayer. Como resultado de esa opinión, la zapatería gana dinero, la fábrica que hace los zapatos gana dinero, y el importador, y así sucesivamente.

La figura de la actividad económica como carrera o competición es algo vaga en sus detalles, pero se diría que, como carrera, no tiene línea de meta y, por lo tanto, carece de fin natural. El único objetivo del corredor es llegar a la cabeza de la carrera

y mantenerse ahí. La cuestión de por qué la vida debe equipararse a una carrera, o de por qué las economías nacionales deben emprender una carrera para ver cuál supera a las otras, en vez de correr como compañeras y en beneficio de la salud, no se plantea. Una carrera, una competición: así son las cosas. Por naturaleza somos miembros de naciones diferentes; por naturaleza las naciones compiten con otras naciones. Somos como la naturaleza nos ha hecho.

Alan y yo llevamos tres años juntos, me dijo. Antes de Alan estuve con otro, un francés. Nos comprometimos. Se llamaba Luc. Lucky Luc. De Lyón.

¿En qué se diferencia eso de lo que hace el señor C? El señor C tiene un sueño acerca de la muerte y se despierta muy alterado, preguntándose si le ocurre algo malo. Así que va a su médico para que le haga una revisión. El médico gana dinero, la recepcionista del médico, el laboratorio que se ocupa de los análisis clínicos, etcétera, y todo ello como resultado de un sueño. Así pues, ¿qué es al final la dimensión económica sino la suma total de las prolongaciones de nuestras dimensiones individuales, nuestros sueños, opiniones y demás?

El mundo es una jungla (las metáforas proliferan), y en la jungla todas las especies compiten con todas las demás especies por el espacio y el sustento.

La verdad acerca de las junglas es que entre las naciones (las especies) de la jungla típica no hay ni vencedores ni vencidos: estos se extinguieron hace muchísimo tiempo. Una jungla es un ecosistema donde las especies supervivientes han logrado la simbiosis entre ellas. Alcanzar ese estado de estabilidad dinámica es lo que significa ser un ecosistema.

Estaba aquí trabajando en la industria del vino. Le habló a su madre de nuestros planes de boda, le envió una foto de los dos juntos, Luc y Anya. A ella le dio un ataque.

Buena pregunta, replica Alan, pero te olvidas de una cosa: que no es posible

extender los sueños sobre los zapatos a la dimensión económica si no puedes permitirte comprar unos zapatos. Lo mismo rige para los sueños causados por la ansiedad: la ansiedad no puede entrar en la dimensión económica si no puedes hacer nada por aliviarla porque careces del dinero necesario. Pero hay otra cosa más general que no entiendes. (A Alan le encanta poder decirme «Hay otra cosa que no entiendes» o «Lo que no aciertas a ver es...», y eso también me estimula, a veces, ver su excitación). El dato ha de iniciar su vida en la dimensión individual, eso está claro, antes de que pueda migrar a la económica. Pero entonces sucede algo. Una vez que se ha llegado a una masa crítica de datos, la cantidad se convierte en calidad. Así pues, lo económico no solo recapitula lo individual, sino que lo trasciende.

Pero incluso aparte de la falsa analogía con la jungla, la afirmación de que el mundo debe dividirse en economías competitivas porque tal es la naturaleza del mundo es forzada. Si tenemos economías competitivas se debe a que, mediante el mecanismo de decisión colectiva que hemos creado, hemos decidido que es así como queremos que sea nuestro mundo. La competencia es una sublimación de la guerra. Nada es ineluctable con respecto a la guerra. Si queremos guerra podemos elegir guerra, y si queremos paz igualmente podemos elegir paz. Si queremos competencia podemos elegir competencia, pero también tenemos la posibilidad de emprender el camino de la colaboración amistosa.

Dijo que no iba a tener dos camboyanas en la familia. El hermano mayor de Luc ya estaba casado con una chica de Camboya, una azafata.

De todos modos, le digo con expresión cariacontecida, retrocediendo, preparándome para aceptar la derrota (hace mucho tiempo aprendí que no vale la pena discutir con Alan y ganar), el viejo me da pena (y al oírme decir esto Alan entiende: *Como mujer, afirmo mi derecho a ser tierna*). Eso está bien, dice Alan, siempre que no te dejes llevar por los sentimientos. *Eso está bien*, lo cual significa: *Comprendo, sé que no puedes evitarlo, no querría que fueras de otro modo, eso forma parte de tu encanto femenino*.

Lo que esas personas que salen con la analogía de la jungla quieren realmente decir, pero no dicen porque suena demasiado pesimista, con demasiado tufo a predestinación, es: *homo homini lupus*. No podemos colaborar porque la naturaleza humana (dejemos a un lado la naturaleza del mundo) está degradada, es despiadada, depredadora. (¡Las pobres bestias calumniadas! El lobo no es un depredador de otros lobos: *lupus lupus lupus* sería una difamación).

Le dije a Luc: Dile a tu madre que no soy camboyana, y de paso dile que se vaya al infierno. Y tú también puedes irte al infierno. Y eso fue todo. Se acabó Luc.

Menudo carácter el suyo, le dije. Ella se lo tomó como un cumplido.

¿Por qué me recuerda una y otra vez que no está casada? Podría ofrecerle mi mano, mi mano y mi fortuna:

Alan y yo discutimos mucho, pero en la cama somos como una casa en llamas. Un día podríamos convertirnos en célebres amantes. Una buena discusión mantiene mi mente despierta, dice Alan. También aprendo mucho de él. Siempre está leyendo, siempre asiste a seminarios y presentaciones sobre las ideas más recientes. Lee el *Wall Street Journal* y *The Economist* por Internet, está suscrito a *The National Interest* y *Quadrant*. Los socios se burlan de él por ser tan intelectual, pero lo hacen sin mala intención, siempre se adelanta al mercado y le respetan por ello.

17. SOBRE EL DISEÑO INTELIGENTE

Recientemente un tribunal norteamericano dictaminó que las escuelas públicas de cierta ciudad de Pensilvania no podían utilizar en las clases de ciencias la explicación del universo conocida como «diseño inteligente», y en concreto no podían enseñar el diseño inteligente como una alternativa al darwinismo.

No tengo ningún deseo de alinearme con quienes integran el movimiento del diseño inteligente. Sin embargo, la evolución por medio de mutaciones al azar y de la selección natural sigue pareciéndome una explicación no solo poco convincente sino también ridícula de cómo los organismos complejos llegan a existir. Puesto que no hay ser humano que tenga la más remota idea de lo que habría que hacer para crear de la nada una mosca doméstica, ¿cómo podemos menospreciar por intelectualmente ingenua la conclusión de que una inteligencia de un orden superior a la nuestra debe haberla creado? Si hay alguien ingenuo en todo esto es

¡Deja a Alan, sé mía! ¿Estaría lo bastante loco para dar ese paso?

Cuando nos conocimos no sabía mucho de sexo, de lo que quiere una mujer, y resultaba curioso, puesto que estaba casado. Pero lo fui engatusando, adiestrándolo, y ahora está entre los mejores. Hay un fuego en él que siempre arde por mí, y una mujer puede excusar muchas cosas a cambio de eso. Señor Conejo, le llamo a veces, Señor Liebre. Una vez lo hicimos cuatro veces en una sola tarde. ¿Es un récord?, me dijo tras la cuarta vez. Sí, es un récord. Señor Conejo. Señor de la Zanahoria. Gran Señor.

La persona que eleva las reglas de actuación de la ciencia occidental a la categoría de axiomas epistemológicos, argumentando que aquello cuya certeza (o, para usar el término más tímido que prefiere la ciencia, «validez») no se puede demostrar científicamente no puede ser cierto (válido), no solo según el criterio de verdad (validez) usado por quienes practican la ciencia sino según cualquier criterio que cuente.

No me parece filosóficamente retrógrado atribuir inteligencia al universo como un todo, en lugar de limitarla a un subconjunto de mamíferos del planeta Tierra. Un universo inteligente evoluciona intencionalmente a lo largo del tiempo, aun cuando su intención se halle siempre fuera del alcance del intelecto humano y, desde luego, más allá de nuestra idea de lo que podría constituir una intención.

En una ocasión me aparté del buen camino, me dijo. Temporalmente. Alan me rescató. Así es como lo conocí.

Me contuve y esperé a escuchar cómo se había apartado del buen camino.

Alan es muy bueno en ese aspecto, siguió diciendo. Muy estable. Muy paternal. Tal vez porque él no tuvo padre. ¿Lo sabía?

No sé nada acerca de Alan, respondí.

Por cierto, le digo, el señor C me ha hecho preguntas sobre planificación financiera. Claro, dice Alan, me ocuparé de él. ¿Cómo te ocuparás?, le pregunto. Me ocuparé bien. ¿Qué quiere decir ocuparse bien? No hagas preguntas y no te dirán mentiras, replica. No quiero que le tomes el pelo, le digo. No le tomaré el pelo, *au contraire*, seré su ángel guardián.

En la medida en que se podría querer ir más allá y distinguir una inteligencia universal del universo como un todo (un paso que no veo motivo alguno para dar), se podría querer otorgar a esa inteligencia el práctico y monosilábico nombre de *Dios*. Pero incluso aunque se diera ese paso, aún se estaría muy lejos de plantear (y aceptar) un Dios que exigiera creer en ello (en «Él»), un Dios que tuviera algún interés por nuestros pensamientos acerca de Él, o un Dios que recompensara las buenas acciones y castigara a los malhechores.

Quienes afirman que detrás de cada rasgo de cada organismo hay un caso de selección realizada por mutación al azar deberían tratar de responder al siguiente interrogante: ¿por qué razón el aparato intelectual que ha evolucionado en los seres humanos parece incapaz de comprender *con cualquier grado de detalle* su propia complejidad? ¿Por qué es característico de los seres humanos que experimentemos temor reverencial (un retroceso de la mente, como ante un abismo) cuando tratamos de comprender, de *captar* ciertas cosas, tales como el origen del espacio y el tiempo, la esencia de la nada, la naturaleza de la misma comprensión?

Era huérfano. Se crio en un orfanato. Tuvo que abrirse camino por sí solo. Es un hombre interesante. Debería conocerlo.

Regla número dos: Nunca tengas nada que ver con el marido.

Se apartó usted del buen camino, le dije.

Es un hombre viejo y triste, le digo, no puede evitar lo que siente por mí, de la misma manera que tú no puedes evitar lo que sientes por mí. No es necesario que me lo digas, replica. Mi Princesa del Felpudo. Mi Reina del Coño. No le hagas daño, le pido. Te lo prometo, te lo prometo, me asegura.

No acierto a ver qué ventaja evolutiva nos proporciona esta combinación: la combinación de insuficiencia de comprensión intelectual y conciencia de que la comprensión es insuficiente.

Eugène Marais, perteneciente a la primera generación que absorbió plenamente la teoría del darwinismo, se preguntaba en qué dirección evolutiva podría estar él mismo apuntando, si no podría ser un caso de mutación que no iba a prosperar y, en consecuencia, en ese sentido podría estar condenado a la extinción. De hecho, las personas como Marais se preguntaban si el segmento de humanidad que ellas representaban, caracterizado por un desarrollo excesivo del intelecto, no sería un experimento evolutivo condenado, que trazaba una ruta que el conjunto de la humanidad no podía seguir y no seguiría. Así, su respuesta al interrogante planteado era que un aparato intelectual marcado por un conocimiento consciente de su insuficiencia es una aberración evolutiva.

Sí. Pero desde entonces he llevado una vida muy tranquila. ¿Qué me dice de usted? ¿Se ha apartado alguna vez del buen camino?

¿Creo a Alan? No lo creo, por supuesto, y ni por un instante él cree que lo creo. Está la dimensión individual y luego está el mundo exterior. Una mentira en la dimensión individual no cuenta necesariamente como una mentira en el mundo exterior. Puede trascender sus orígenes. No necesito que Alan me lo enseñe. Es como el maquillaje. El maquillaje puede ser una falsedad, pero no si todo el mundo lo lleva. Si todo el mundo va maquillado, el maquillaje se convierte en la manera en que son las cosas, ¿y qué es la verdad sino la manera en que son las cosas?

18. SOBRE ZENÓN

¿Cómo contamos? ¿Cómo aprendemos a contar? ¿Es lo que hacemos cuando contamos lo mismo que hacemos cuando aprendemos a contar?

Hay dos métodos para enseñar a un niño a contar. Uno consiste en poner sobre la mesa una hilera de botones (¿Qué longitud ha de tener la hilera? Eso está por determinar) y pedir al niño que avance de izquierda a derecha, primero poniendo el dedo índice de una mano (una sola mano) sobre el botón situado más a la izquierda y al mismo tiempo pronunciando una palabra (*nomen*, nombre) —en es-

No, no creo haberlo hecho. Y ya es demasiado tarde. Si a mi edad me apartara del buen camino, no tendría tiempo para volver a él.

Eso es una suerte, dijo ella. Una pausa. No tiene ni idea de qué clase de persona soy, ¿verdad?, añadió.

Alan cree que, como el señor C tiene pensamientos pícaros conmigo, eso le hace candidato merecedor de seis buenos golpes de fusta en sus descarnadas nalgas (Alan no lo ha expresado así, pero sé que estoy en lo cierto). Pero si los pensamientos pícaros son realmente tan pícaros, me pregunto, ¿cuándo eres demasiado mayor para llevarlos a la práctica y mantenerlos encerrados en su propia dimensión? Al fin y al cabo, ¿qué le queda a un anciano en el mundo sino los pensamientos pícaros? Si el señor C me desea no puede evitarlo, del mismo modo que yo no puedo evitar ser deseada. Además, a Alan le gusta que otros hombres me miren. No lo admitiré, pero sé que es cierto.

Pañol *uno*— de una lista dada, luego poniendo el dedo sobre el siguiente botón y pronunciando el siguiente nombre de la lista, *dos*, y así sucesivamente *hasta que el niño capta la idea* (de lo que sea la idea me ocuparé más adelante), en cuyo momento podrá decirse que el niño ha aprendido a contar. La lista de nombres a la que me he referido varía de una lengua a otra, pero en todos los casos se entiende que su longitud es infinita.

El segundo método consiste en colocar un botón delante del niño y pedirle que pronuncie el primer nombre (*uno*) de la lista, luego colocar otro botón y pedirle que pronuncie el siguiente nombre (*dos*), a continuación colocar otro botón, y así sucesivamente, hasta que el niño *capta la idea*.

No, no la tengo, respondí. Estaba en lo cierto. El mismo pensamiento acababa de cruzar por mi mente: que mientras tenía una visión muy clara de su ser físico, tal como

Eres mía, ¿verdad?, me pregunta cuando me tiene en sus brazos. ¿Verdad? ¿Verdad? Y me aprieta tanto las muñecas que me hace daño. Tuya, siempre tuya, le digo en voz ahogada, y él se corre, y entonces me corro yo. Así son las cosas entre nosotros. Ardientes como el fuego.

*

En la última serie de opiniones del señor C hay una que me inquieta y hace que me pregunte si lo he juzgado mal desde el comienzo. Trata del sexo con niños. No puede decirse que esté exactamente a favor de eso, pero tampoco se manifiesta en contra. ¿Es esa su manera de decir que sus apetitos van en esa dirección? Y es que, ¿por qué habría de escribir sobre ello si no fuera así?

El niño capta la idea por inducción, pero ¿cuál es la idea? La idea es que, a pesar de que la lista es interminable (y, en consecuencia, no es posible memorizarla, aprenderla), los nombres individuales nuevos de la lista son muy pocos en número; además, que la lista está ordenada y tiene un sistema, en el que los nombres individuales nuevos se combinan una y otra vez de acuerdo con una regla, una regla que te dirá cómo, dado el nombre del número del botón en el que ahora tienes el dedo, puedes predecir el nombre del siguiente botón (método de enseñanza uno); o que te dirá cómo, dado el último nombre que has pronunciado, puedes predecir qué nombre debes pronunciar cuando se coloque el siguiente botón (método de enseñanza dos).

Era ahora y como sería en el futuro, como uno podría tener la visión más nítida de una flor —su brillo, su valiente empuje hacia arriba, su peso en el mundo—, carecía de una verdadera comprensión de lo que pasaba por la cabeza de

Comprendo que le ponga cachondo un bomboncito como yo. Muchos hombres son así. Yo también lo sería si fuese hombre. Pero las niñas son harina de otro costal. He visto a demasiados viejos con chiquillas en Vietnam, más que suficientes.

Su argumento, que parece tratar de la pornografía pero que en realidad se ocupa del sexo, es como sigue. Filmar a un hombre practicando sexo con una niña de doce años, una auténtica niña de doce años, debería estar prohibido, eso no lo discute, puesto que el sexo con un niño, ante una cámara o no, es un acto delictivo. Pero el caso de una muchacha de diecisiete años que se hiciera pasar por una de doce es del todo distinto.

En las sociedades anglófonas, que emplean el prácticamente universal sistema decimal de conteo, la regla te dice que solo necesitas memorizar doce nombres (*uno, dos... once, doce*), en secuencia, tras lo cual puedes *averiguar* (o bien *formar* o bien *predecir*) cómo sigue la lista de nombres. Pero incluso esto es un requisito extravagante. En teoría puedes arreglártelas con solo dos nombres, *uno y dos*, o con un único nombre, *uno*, más un concepto, sumando (sumando uno a algo).

Aquella mujer con la que, debido sin duda a mi hastío, a mi ociosidad, al vacío de mi propia cabeza, parecía estar cada vez más obsesionado, en la medida en que se puede decir de un hombre que está obsesionado cuando el impulso sexual se ha reducido y solo le ronda la incertidumbre acerca de lo que busca, lo que realmente espera que le proporcione el objeto de su encaprichamiento.

Cuando una escena de sexo está interpretada por actores que están en edad legal de consentir, de repente se convierte en arte, y el arte está bien.

Mi primera reacción es ir a verle y preguntarle: ¿Cómo sabe que un actor que parece un niño y hace el papel de un niño no es realmente un niño? ¿Desde cuándo en los títulos de crédito aparecen las edades de los actores entre paréntesis al lado de sus nombres, y actas notariales de sus partidas de nacimiento? ¡Despierte a la realidad!

Hice que Alan escuchara la cinta, y al momento Alan puso el dedo sobre el eslabón débil. Alan es muy rápido, sabe abrirse paso entre las chorradas en cuestión de nada. Me dijo que el viejo estaba tratando de trazar una línea entre las realidades y las percepciones. Pero todo es una percepción. Eso es lo que demostró Kant. Esa fue la revolución kantiana.

Existe otra manera, más concisa, independiente del lenguaje, de contar la misma historia utilizando no los nombres de los números sino los símbolos abstractos (abstractos en el sentido de que no están unidos a símbolos fónicos) 1, 2, 3... Pero el

precio de esa concesión es el de perder contacto con la voz del alumno que recita por orden la lista mientras toca los botones.

Esa es la ventaja de ser una humilde mecanógrafa. Y entonces, como si me leyera la mente, dijo: Mientras ella examina el interior más profundo del señor, el señor no sabe nada de lo que le ocurre a ella.

No se precipite, repliqué. Puede que no esté viendo tanto de mi interior como usted cree.

Sencillamente, no tenemos acceso a lo nouménico, así que la vida entera es, en última instancia, un conjunto de percepciones. Y lo mismo sucede con las películas, solo que a espuestas, veinticuatro percepciones por segundo, a través de un ojo mecánico. Si los espectadores en una sala de cine perciben que a un niño lo están violando, entonces se trata de un niño al que están violando, y punto, consenso social, fin del asunto. Y si a un niño lo están violando, ¡bum!, vas a chirona, tú y quienes te financian, el director y todo el equipo de filmación, todos los implicados en el delito, porque así es la ley, en blanco y negro. Mientras que si los espectadores no están convencidos, si la actriz tiene grandes tetas y es claramente una adulta que finge ser una niña, entonces es un asunto completamente distinto, entonces no es más que una película fallida.

Desde el momento en que el alumno *lo capta*, a saber, capta la regla para nombrar el número siguiente, toda la matemática se despliega. Toda la matemática se apoya en mi capacidad de *contar*: mi capacidad, dado el nombre de N , de nombrar $N + 1$ sin conocer su nombre de antemano, sin memorizar una lista infinita. Gran parte de la matemática consiste en inteligentes estratagemas para reestructurar situaciones en las que no puedo contar (no puedo averiguar el nombre del siguiente elemento de la serie: por ejemplo, el nombre del siguiente número irracional) a fin de convertirlas en situaciones en las que puedo contar.

Las opiniones que mecanografía no proceden necesariamente de lo más profundo de mi ser.

«El deshonor cae sobre tus hombros», repitió ella en voz baja. Me parece que eso sale de lo más profundo.

De modo que, si haces buena pornografía infantil, quiero decir una pornografía convincente, vas a la cárcel, y si haces mala pornografía infantil, entonces no... ¿es eso?, le pregunté.

Así es en resumen, dijo Alan, tal es el riesgo que corres. Haces una película fallida y no ganas dinero, pero no vas a la cárcel. Haces una buena película y puedes ganar montones de dinero, pero te ponen a la sombra. Sopesas los pros y los contras y te decides. Así es como funciona todo. Pros y contras. Justicia natural.

Me gustaría reunir a Alan y el señor C para que debatieran la cuestión de la pedofilia. Alan le haría trizas. Incluso yo podría hacerle trizas si quisiera. Le haría trizas y después me largaría. *¿Cree que soy una imbécil?*, le diría.

La mayoría de quienes utilizan las matemáticas lo hacen entendiendo que formamos los números a medida que avanzamos: dado *uno*, formamos *dos* aplicando la regla «suma uno al número dado», uno; luego formamos *tres* aplicando la regla a *dos*, y así indefinidamente. Los números no están ahí, esperando a que los encuentren (esperando a que los alcancen mientras avanza el proceso de contar): siguiendo la regla, los formamos, en efecto, de la nada, uno tras otro, sin fin.

Me quedé estremecido, sin habla.

Entonces, ¿qué le salvará del deshonor, señor C?, inquirió ella. Y como no le respondía, añadió: ¿Quién espera que lo rescate?

¿Cree que no sé leer entre líneas? Guárdese su dinero, no lo necesito, pase usted mismo a máquina sus escritos. Salida majestuosa. Telón.

Estoy dispuesta a apostar que el señor C tiene un alijo de pornografía oculto en algún lugar de su piso. Debería registrar las estanterías y ver si tal vez hay una o dos cintas *verboten* escondidas detrás de los libros. ¡Emmanuelle Cuatro!, exclamaría... *Me pregunto de qué va esto. ¡Y Muñecas rusas xxx! Yo tenía muñecas rusas cuando era una chiquilla con coletas. ¿Me las presta? Se las devolveré dentro de uno o dos días. ¿Cómo reaccionaría él? Querría morir de vergüenza. Esas cintas son material de investigación, mentiría, para un libro que estoy escribiendo. ¿Investigación?, replicaría yo. ¿Quiere decir investigación científica? No sabía que fuera sexólogo, señor C.*

Así pues, los nombres de los números no son exactamente como las palabras de

un lenguaje, aun cuando parezcan pertenecer al lenguaje. El diccionario de la lengua ya deja entrever que los nombres de los números no son verdaderas palabras al incluir tan solo un puñado de ellos. En ningún diccionario de lengua inglesa, por ejemplo, encontraremos una entrada de la palabra *twenty-three*. Las palabras normales, al contrario que los nombres de los números, se componen de sonidos elegidos más o menos arbitrariamente.

No lo sé, le dije. Si lo supiera no estaría tan perdido.

Bueno, su pequeña mecanógrafa filipina no puede hacerlo por usted. Su pequeña mecanógrafa filipina, con sus bolsas de compras y su cabeza hueca.

Es un resto de los años sesenta, dice Alan, no es más que eso. Un anticuado hippy socialista y sentimental partidario del amor libre y la libertad de expresión, sentimental porque no quedaba nada del socialismo excepto el aroma después de que derribaron el Muro de Berlín y vimos que la Unión Soviética no era un imperio histórico mundial, sino tan solo un enorme vertedero tóxico con fábricas obsoletas que producían bienes de muy mala calidad que nadie quería. Pero el señor C y sus camaradas de los años sesenta se niegan a abrir los ojos. No pueden permitírselo, porque eso destruiría sus últimas ilusiones. Prefieren reunirse, beber cerveza Pilsen, agitar la bandera roja, cantar la Internacional y recordar los viejos y buenos tiempos, cuando estaban en las barricadas. ¡Despierta!, eso es lo que deberías decirle. El mundo sigue adelante. Un nuevo siglo. Se acabaron los jefes crueles y los trabajadores muertos de hambre. Se acabaron las divisiones artificiales. Todos estamos juntos en esto.

Por ello, si la palabra *krap* reemplazara a la palabra *park* dondequiera que esta apareciese, tendría escaso efecto en la lengua inglesa. En cambio, reinaría la mayor confusión en las matemáticas si *3618* sustituyera a *8163* cada vez que apareciera *8163* (ej., $8162 + 1 = 3618$; $907 \times 9 = 3618$). Es preciso reconocer que hay algunas reglas rudimentarias de formación de palabras dentro del lenguaje en sí —unas reglas con una infinidad de excepciones— que nos permiten predecir, pongamos por caso, a partir de un verbo, cuáles serán el sustantivo, el adjetivo y el adverbio relacionados («actuar», «acción», «activo», «activamente»), pero no hay nada tan extenso como la regla de conteo, la regla que nos permite predecir (o formar o descubrir) nuevas palabras (nuevos nombres de números) indefinidamente.

Nunca he dicho que tuviera la cabeza hueca.

Aunque no deseo buscarle tres pies al gato, le planteo: ¿No tiene más de anarquista que de socialista? Los socialistas quieren que el estado lo regule todo, ¿no es cierto? Pero él afirma que el estado es una banda de malhechores.

Y tiene razón, responde Alan. No estoy en desacuerdo con ese aspecto de su análisis. Y cuanto mayor sea la intervención del estado, más bandidaje. Fíjate en África. Jamás despegará económicamente porque lo único que hay son aparatos estatales malhechores apoyados por ejércitos de bandidos que recaudan tributos de las empresas y la población. Esa es la raíz del problema de tu hombre: África. De ahí procede, ahí es donde está mentalmente atascado. En su mente no puede escapar de África.

La tesis de que formamos los números a medida que contamos se enfrenta a ciertos obstáculos. Por ejemplo, podemos mostrar que existe una cantidad indefinida de números primos; sin embargo, dado el primo N , no tenemos ninguna regla para formar el primo $(N + 1)$, ni tampoco sabemos durante cuánto tiempo tendríamos que seguir probando números en busca de su «primacidad» antes de que podamos estar seguros de haberla alcanzado. En otras palabras, el primo $(N + 1)$ existe, de modo que debe ser posible formarlo, pero no sabemos con seguridad cómo decir cuál será su nombre dentro de la vida del universo.

No, eso es cierto, nunca me ha dicho tal cosa, es demasiado cortés para hacerlo; pero lo pensó. Lo pensó desde el primer momento. Qué bonito culo, se dijo, uno de los culos más bonitos que he visto en mi vida. Pero nada en el coco. Si fuera más joven, pensó, cómo me gustaría tirármela. Confiéselo. Eso es lo que pensó.

Aproximadamente. Eso fue aproximadamente lo que pensé, aunque no en esos términos.

No es mi hombre, le digo.

Adondequiera que mire, ve África, ve bandidaje, dice Alan, que no me está escuchando. No comprende la modernidad. No comprende el estado ejecutivo.

Que no es un estado malhechor, comento.

Alan me dirige una curiosa mirada. ¿Estás cayendo bajo su influencia?, replica. ¿De qué lado estás?

No estoy cayendo bajo su influencia. Solo quiero escuchar una sencilla explicación de por qué razón el estado ejecutivo no es un estado malhechor.

Pero seguir la ruta alternativa, decir que no formamos los números sino que ya están ahí, esperando a que encontremos el camino hasta ellos y les pongamos marcadores (nombres), plantea unos problemas incluso más enormes. Mi regla para contar puede permitirme avanzar con éxito de 1 a N, nombrando (contando) cada número a medida que llego a él, pero ¿quién puede decir que el botón que me aguarda inmediatamente a la derecha del botón llamado N es realmente el botón llamado N +1?

No importa, replicó, estoy acostumbrada a ello. No es como si hubiera intentado violarme. No es como si me susurrara obscenidades al oído. Es demasiado cortés para ello. Eso sería para usted como apartarse del buen camino. Y ahora el deshonor cae sobre sus hombros y no sabe cómo librarse de él.

De acuerdo, te lo explicaré. El estado se crea para que proteja a sus ciudadanos. Para eso existe: para proporcionar seguridad mientras seguimos con nuestras actividades cotidianas, que tomadas en conjunto y *aufgehoben* constituyen la economía. El estado protege la economía con un escudo. Además, por el momento y a falta de un agente mejor, toma decisiones macroeconómicas cuando es preciso tomarlas, y obliga a cumplirlas; pero esa es otra historia para otro día.

Proteger la economía con un escudo no es bandidaje, Anya. Puede degenerar en eso, pero estructuralmente no lo es. El problema de tu señor C es que no puede pensar de una manera estructural. Adondequiera que mire quiere ver motivos personales en acción. Quiere ver crueldad.

Esta es la misteriosa posibilidad que se encuentra en el centro de las paradojas de Zenón. Antes de que la flecha pueda alcanzar el blanco, dice Zenón, debe llegar a la mitad del camino; antes de que pueda llegar a la mitad del camino debe llegar a un cuarto del camino, y así sucesivamente: 1, $\frac{1}{2}$, $\frac{1}{4}$... $\frac{1}{2}N$, $\frac{1}{2}^{(N+1)}$... Si suponemos que la serie de marcadores por los que ha de pasar en su camino hacia el blanco es infinitamente larga, entonces, ¿cómo puede la flecha llegar jamás allí?

Está mezclando dos cosas, le dije. Dos fuentes diferentes de vergüenza, de dos grados distintos.

Quiere ver codicia y explotación. Para él todo es un juego de moralidad, en el que los buenos se enfrentan a los malos. Lo que no ve o se niega a ver es que los individuos son jugadores en una estructura que trasciende los motivos individuales, trasciende el bien y el mal. Incluso los tipos de Canberra y las capitales de los estados, que realmente pueden ser bandidos a nivel personal (eso estoy dispuesto a admitirlo), que pueden traficar con influencias, ir robando nueces como negocio aparte y almacenarlas para su futuro personal, incluso esos tipos trabajan dentro del sistema, tanto si son conscientes de ello como si no.

Dentro del mercado, le digo.

Dentro del mercado, si quieres, que significa más allá del bien y el mal, como decía Nietzsche. Que los motivos sean buenos o malos es lo de menos, al final son motivos, vectores de la matriz, que a la larga quedan nivelados.

Isaac Newton creyó haber resuelto la paradoja de Zenón al inventar una manera de sumar el número infinito de pasos infinitesimales en el camino hacia el blanco y alcanzar un total finito. Pero la paradoja tiene profundos aspectos que superan a Newton. ¿Y si en el intervalo entre el recién alcanzado paso N y el jamás alcanzado todavía —jamás alcanzado en la historia del universo— (N+1), la flecha se desviara, cayera en un agujero, se desvaneciera?

Puede que sí, puede que mezcle fuentes diferentes. Pero ¿hay realmente clases distintas de vergüenza?

Pero tu hombre no ve eso. Procede de otro mundo, de otra era. El mundo moderno lo supera. El fenómeno del moderno Estados Unidos está totalmente fuera de su alcance. Mira a Estados Unidos y lo único que ve es una batalla entre el bien y el mal, el eje Bush-Cheney-Rumsfeld por un lado y los buenos terroristas por el otro, junto con sus amigos, los relativistas culturales.

¿Y Australia?, le pregunté. ¿Qué hay en Australia que esté fuera de su alcance?

No entiende la política australiana. Mira a su alrededor en busca de grandes cuestiones y, al no ver ninguna, emite su juicio sobre nosotros: los australianos somos estrechos de miras, insulares, insensibles (como prueba, no hay más que ver el caso del pobre David Hicks), y en cuanto a nuestra conducta, carece de contenido, consiste tan solo en choques de personalidades e intercambios de insultos. Bien, es cierto que en Australia no hay grandes cuestiones. No las hay en ningún gran estado moderno, ya no.

Jorge Luis Borges escribió una impasible fábula filosófica, «Funes el memorioso», sobre un hombre a quien la regla de contar, e incluso las reglas más fundamentales que nos permiten abarcar el mundo mediante el lenguaje, le son sencillamente ajenas. Gracias a un inmenso y solitario esfuerzo intelectual, Funes crea una forma de contar que no es un sistema, una forma de contar que no hace suposiciones sobre lo que viene después de N. Cuando el narrador de Borges lo conoce, Funes ha llegado a lo que las personas corrientes llamarían el número veinticuatro mil.

Yo creía que el origen es lo de menos, la vergüenza es siempre la misma. Pero se lo dejo a usted, que es el experto, el que sabe. ¿Qué va a hacer con respecto a su clase de vergüenza?

Eso es lo que define la modernidad. Las grandes cuestiones, las que cuentan, han sido resueltas. Incluso los políticos lo saben en el fondo. La política ya no es el lugar de la acción. La política es un espectáculo secundario. Y tu hombre debería agradecer que sea así, y no mostrarse adusto y hacer un reproche tras otro. Si quiere una política anticuada, donde se organizan golpes de estado, la gente se mata entre sí, no hay seguridad y todo el mundo guarda su dinero bajo la almohada, debería volver a África. Allí estará por completo a sus anchas.

En lugar de siete mil trece, decía (por ejemplo) *Máximo Pérez*; en lugar de siete mil catorce, *El Ferrocarril*; otros números eran *Luis Melián Lafinur*, *Olimar*, *azufre*, *los bastos*, *la ballena*, *el gas*, *la caldera*, *Napoleón*, *Agustín de Vedia*. En lugar de quinientos, decía *nueve*... Yo traté de explicarle que esta rapsodia de voces inconexas era precisamente lo contrario de un sistema de numeración. Le dije que decir 365 era decir tres centenas, seis decenas, cinco unidades; análisis que no existe en los «números» *El Negro Timoteo* o *manta de carne*. Funes no me entendió o no quiso entenderme^[6].

No lo sé, respondí. No tengo ni idea. Iba a decir (le dije) que cuando vives en tiempos vergonzosos la vergüenza cae sobre ti, la vergüenza cae sobre todo el mundo, y no tienes más remedio que soportarla, es la suerte que te ha tocado y tu castigo. ¿Me equivoco? Ilumíneme.

Alan tiene cuarenta y dos años, yo veintinueve. Es un viernes por la noche. Deberíamos estar fuera de casa, divirtiéndonos. ¿Y qué hacemos en cambio? Estamos sentados a solas, tomando cerveza, contemplando el tráfico por la franja de Darling Harbour, que es todo lo que podemos ver entre los altos edificios, hablando del viejo que vive en la planta baja, discutiendo de si es socialista o anarquista. O más bien, estamos sentados a solas y Alan me cuenta cómo es en realidad el hombre de la planta baja.

La fábula cabalística y kantiana de Borges nos da a entender que el orden que vemos en el universo tal vez no resida en absoluto en el universo, sino en los paradigmas de pensamiento que le aportamos. Las matemáticas que hemos inventado (según algunas versiones) o descubierto (según otras), de las que creemos o esperamos que sean una llave para acceder a la estructura del universo, muy bien podrían ser igualmente un lenguaje privado (privado de los seres humanos con cerebros humanos) con el que garabateamos en los muros de nuestra caverna.

Déjeme que le cuente una historia, dijo ella. Puede que le sirva de ayuda, puede que no. Hace unos años estaba en Cancún, en el Yucatán, viajando con una amiga. Estábamos sentadas en un bar tomando una copa y entablamos conversación con unos universitarios norteamericanos, que nos invitaron a ver su barco. Parecían buenos chicos y, qué diablos, nos fuimos con ellos. Entonces nos dijeron: ¿Qué tal si salimos a navegar un poco?

No critico a Alan, pero no tenemos vida social. A él no le gustan los amigos que tenía antes de conocerlo, y no tiene amigos propios excepto sus colegas de trabajo, a los que, según dice, ya ve lo suficiente durante la semana. De modo que aquí estamos,

como un par de viejos y solitarios cuervos posados en una rama.

19. SOBRE LA PROBABILIDAD

Dios no juega a los dados, decía Einstein, una afirmación que se hizo famosa y con la que expresaba la creencia (¿una fe?, ¿una esperanza?) de que las leyes que gobiernan el universo tienen un carácter determinista más que probabilísticas.

A la mayoría de los físicos actuales, la idea einsteniana de lo que constituye una ley física les parece un poco ingenua. Sin embargo, Einstein es un formidable aliado al que invocan quienes siguen poniendo en tela de juicio las afirmaciones probabilísticas y su valor explicativo. Por ejemplo, he aquí una proposición perteneciente a una clase con la que nos encontramos a diario, caracterizada por su imprecisión:

Bueno, nos llevaron a navegar, y no voy a entrar en detalles, pero ellos eran tres y nosotras dos, y debieron de llegar a la conclusión de que éramos un par de bobas, un par de putas, mientras que ellos eran hijos de médicos y abogados y vaya usted a saber, nos llevaban de crucero por el Caribe, así que se lo debíamos, podían hacer con nosotras lo que quisieran. Tres hombres. Tres machos jóvenes y fornidos.

¿No crees que pasamos demasiado tiempo hablando del señor C?, le pregunto.

Totalmente de acuerdo, responde Alan. ¿De qué quieres que hablemos?

No quiero hablar, le digo. Quiero hacer algo.

Que los hombres con exceso de peso corren un riesgo constante de sufrir un ataque cardíaco. ¿Qué significa, en rigor, esta afirmación? Significa que si pesas a centenares de hombres de la misma edad y los divides en dos grupos, con exceso de peso y sin exceso de peso («normales»), utilizando algún criterio acordado sobre lo que constituye el exceso de peso y siguiendo los historiales clínicos a lo largo del tiempo, descubrirás que el número de hombres con exceso de peso que han sufrido ataques cardíacos a determinada edad es superior al número de hombres «normales» que han sufrido ataques cardíacos; y aun cuando el número en el grupo determinado de hombres que estás estudiando de hecho *no* es mayor, si repites el estudio muchas veces en diferentes lugares con diferentes hombres y en períodos de tiempo diferentes, el número resultará ser mayor; y aunque el número *todavía no* sea mayor, si repites obstinadamente la investigación con suficiente frecuencia, acabará por ser mayor.

No regresamos a puerto aquel día. Al segundo día en el mar mi amiga se desmoronó e intentó arrojarse por la borda, y eso les asustó, de modo que atracaron en un pueblecito pesquero costa abajo y nos abandonaron allí. El final de una pequeña aventura, pensaron, ahora vamos en busca de otra.

Podríamos ir al cine, dice Alan. Si hay algo que merezca la pena. ¿Quieres que hagamos eso?

Si te apetece, replico. Lo que no le digo es: ¿No podríamos hacer algo nuevo para variar?

Si le preguntas al investigador cómo puede estar seguro de que sus cifras llegarán a ser correctas y que por lo tanto la relación de causa y efecto que afirma que existe entre el exceso de peso y el ataque cardíaco quedará demostrada, entonces reformulará tu cuestión y la responderá de la siguiente manera: «Tengo una seguridad del noventa y cinco por ciento» o «Tengo una seguridad del noventa y ocho por ciento». Podrías preguntarle qué significa tener una seguridad del noventa y cinco por ciento. «Significa que estaré en lo cierto por lo menos en diecinueve casos de veinte, o, si no en diecinueve de veinte, en diecinueve mil de veinte mil», responderá el investigador. ¿Y qué caso es el presente?, le preguntarás: ¿el decimonoveno o el vigésimo, el decimonoveno milésimo o el vigésimo milésimo?

Pero se equivocaban. No era el final. Regresamos a Cancún y los denunciarnos en la comisaría, teníamos sus nombres, todos sus detalles, y la policía dictó una orden de arresto y detuvieron a los chicos en el siguiente puerto en que atracaron, les confiscaron el yate y el asunto salió hasta en la prensa de allá en Connecticut o donde fuera, y los tres se metieron en un buen lío.

El señor C tiene opiniones sobre Dios, el universo y todo lo demás. Registra sus opiniones (menuda cantinela) que mecanografió con diligencia (clic, clac, clic, clac), y en algún momento los alemanes compran su libro y lo leen ensimismados (*ja, ja*). En cuanto a Alan... Alan se pasa el día encorvado sobre el ordenador y luego vuelve a casa y me cuenta sus opiniones sobre las tasas de interés y las últimas operaciones

del banco Macquarie, todo lo cual escucho obedientemente. Pero ¿y yo qué? ¿Quién escucha mis opiniones?

¿Qué caso es el presente? ¿Qué caso soy yo? ¿Qué significan para *mí* tu afirmación sobre comer demasiado y sus consecuencias? *Si* quiero evitar un ataque cardíaco, *entonces* debería comer moderadamente; esa es la lección que se supone que he de extraer. Pero ¿se me asegura que *si* como moderadamente *entonces* no sufriré un ataque cardíaco? No. Dios juega a los dados. Las afirmaciones probabilísticas no se pueden confirmar o dejar de confirmar por medio del ejemplo. Solo es posible confirmarlas o dejar de confirmarlas de una manera probabilística, por medio de otras investigaciones estadísticas realizadas sobre otras masas de sujetos. Y dejar de confirmarlas solo puede producirse en la forma: «La afirmación de que los hombres con exceso de peso corren un riesgo mayor de sufrir un ataque cardíaco no puede sustentarse en probabilidades y, por lo tanto, en ese sentido probablemente no es válida».

¿Cómo reacciona la gente en la vida real cuando les dicen que si comen demasiado correrán «un riesgo aumentado» de sufrir un ataque cardíaco? Una respuesta es: «¿Qué

Bueno, ¿y por qué le cuento esta historia? Porque cuando fuimos a la comisaría, el jefe, el capitán de policía, un hombre muy amable, muy compasivo, nos dijo: ¿Estáis seguras de que queréis hacer esto (como diciendo que si estábamos seguras de querer que el asunto saliera a la luz), porque, mirad, el deshonor, la infamia, es como el chicle, se queda pegado allá donde toca.

Hay otra cosa que me tiene intrigada. Según Alan, el señor C dice que los australianos se han vuelto insensibles, como lo demuestra su indiferencia ante la penosa situación de David Hicks.

Sentido tiene vivir si no puedo disfrutar de la comida?», lo cual significa que en un cálculo de ventajas y desventajas, una vida breve estando gordo es preferible a una vida larga estando delgado. Otra es: «Mi abuelo estaba gordo y llegó a los noventa», lo cual significa: «Propone esto como una ley aplicable a todos los hombres, pero ya he dejado de confirmarla por medio del ejemplo». Mi propia respuesta es: «No entiendo la expresión “un riesgo aumentado”. Por favor, parafraséela en un lenguaje más sencillo, un lenguaje que no incluya términos tan abstractos como “azar”, “probabilidad”». (No puede hacerse).

Las proposiciones probabilísticas constituyen un pequeño mundo en sí mismas.

Lo que se afirma desde un ángulo probabilístico solo puede interpretarse desde un ángulo probabilístico. Si no piensas ya en términos probabilísticos, las predicciones que surgen del mundo probabilístico te parecerán vacuas. ¿Puede uno imaginar a la Esfinge prediciendo que Edipo probablemente matará a su padre y se casará con su madre? ¿Puede uno imaginar a Jesucristo diciendo que probablemente vendrá de nuevo?

¿Sabe lo que le dije? Estamos en el siglo veinte, capitán (entonces era todavía el siglo veinte). En el siglo veinte, cuando un hombre viola a una mujer es él quien incurre en deshonor. El deshonor se pega al hombre, no a la mujer. Por lo menos es así en el lugar de donde vengo. Y firmamos los papeles, mi amiga y yo, y nos marchamos.

Bien, el señor C nunca ha mencionado a David Hicks hasta la entrega que mecanografié ayer, una entrega de la que no he hablado con Alan (no he tenido oportunidad de hacerlo).

¿Qué es lo que no tengo en cuenta al expresarme así? ¿Que las leyes probabilísticas de la física cuántica nos ofrecen una manera mejor de comprender el universo que las viejas leyes deterministas, mejores porque la sustancia del universo es en cierto sentido indeterminada y, en consecuencia, las leyes, por su misma naturaleza, se ajustan mejor a la realidad? ¿Que el modo de pensar la relación entre presente y futuro tipificada por la predicción depende de un sentido temporal arcaico?

¿Cómo sería la vida si uno suprimiera *todas* las reglas que solo pueden enunciarse en términos probabilísticos? «Si apuestas por tal o cual caballo, probablemente perderás tu dinero». «Si conduces por encima del límite de velocidad, probablemente te detendrán». «Si tratas de conquistarla, probablemente te rechazará». La expresión coloquial para decir que no se tienen en cuenta las probabilidades es «correr riesgos». ¿Quién dice que una vida en la que se corren riesgos no es (¿probablemente?) mejor que una vida que se atiene a las reglas?

¿Y...?, le pregunté.

Así pues, ¿cómo es que Alan sabe lo de David Hicks? ¿Acaso husmea en mis archivos a mis espaldas? ¿Y por qué haría tal cosa?

20. SOBRE LA RAZIA

La generación de sudafricanos blancos anterior a la mía, la generación de mis padres, fue testigo de un momento importante de la historia, cuando gentes de la vieja África tribal empezaron a migrar en masa a las ciudades y los pueblos en busca de trabajo, se instalaron en las poblaciones y tuvieron hijos. La generación de mis padres malinterpretó de una manera calamitosa ese momento que marcó un hito. Sin reflexionar, supusieron que los niños africanos nacidos en las ciudades de alguna manera debían de llevar dentro de ellos el recuerdo de aquella migración, debían de tener una conciencia de sí mismos como una generación fundamental, de transición entre un África vieja y otra nueva, y ver su entorno urbano como algo fresco, nuevo, asombroso: como el gran regalo que Europa le había hecho a África.

Pero la vida no es así. El mundo en el que nacemos, todos cada uno de nosotros, es *nuestro* mundo. Trenes, automóviles, edificios altos (tres generaciones atrás), teléfonos móviles, ropa barata, comida rápida (generación actual)... todo esto es lo que constituye el mundo *tal como es*, incuestionable, desde luego no un regalo de los extranjeros, un regalo del que maravillarse y por el que sentirse agradecido.

Y nada. Eso es todo. El resto no le concierne. Cuando me dice que anda por ahí encorvado bajo la carga del deshonor, pienso en las chicas de antaño que tenían la mala suerte de que las violaran y a partir de entonces debían vestir de negro durante el resto de su vida, vestir de negro y sentarse en un rincón y no ir jamás a fiestas y no casarse nunca.

¿Qué piensas de lo que el señor C dice sobre la ciencia?, le pregunto a Alan. ¿Sobre los números, Einstein y todo eso?

El niño nacido en la ciudad no tiene ninguna marca de la selva. No ha de pasar por ninguna «dolorosa transición a la modernidad». Los niños negros a los que mis padres trataban con condescendencia eran más modernos que ellos, que de jóvenes habían migrado desde granjas y zonas rurales a las ciudades y todavía conservaban los modales de la crianza en el campo.

Tampoco yo era inmune a su error. Durante los años en que Ciudad del Cabo era mi hogar, la consideraba «mi» ciudad no solo porque hubiera nacido en ella sino porque conocía su historia con suficiente profundidad para ver su pasado en palimpsesto por debajo de su presente. Sin embargo, para las bandas de jóvenes

negros que hoy merodean por sus calles en busca de acción es «su» ciudad y yo soy el forastero. La historia carece de vida a menos que le proporciones un hogar en tu conciencia; es una carga cuya aceptación no se puede imponer a ninguna persona libre.

La gente ve que eso que llaman una oleada de delincuencia se extiende por la nueva Sudáfrica, y sacuden las cabezas. Adónde va a ir a parar el país, comentan. Pero la oleada no es precisamente nada nuevo. Cuando ellos mismos se instalaron en el territorio, hace tres siglos, los colonos de Europa noroccidental se entregaron a la misma práctica de la razia (para hacerse con ganado y mujeres) que caracterizaba las relaciones entre bandas o tribus que ya vivían allí.

Está equivocado, señor C. Tiene una manera de pensar anticuada. Su análisis es erróneo, como diría Alan.

Alan no es científico, tiene una formación empresarial, pero ha llegado a convertirse en un as de los modelos matemáticos, ha impartido seminarios sobre el tema. Lee mucho, sabe acerca de un montón de cosas.

La razia, en el África meridional de los primeros tiempos coloniales, tenía una peculiar categoría conceptual. Puesto que no había ninguna legislación que rigiera las relaciones entre los grupos, no podía decirse que fuera una infracción de la ley. Al mismo tiempo, no se trataba exactamente de una guerra. Era más bien como un deporte, una actividad cultural con un trasfondo serio, como las competiciones anuales, sublimaciones de la batalla, jugadas o interpretadas entre ciudades vecinas en la Europa de ayer, en las que los jóvenes de una ciudad trataban de apoderarse por la fuerza de algún talismán guardado y defendido por los jóvenes de otra ciudad. (Estas competiciones se formalizarían más adelante como juegos de pelota).

Hay millares de personas de las zonas negras de Sudáfrica, sobre todo jóvenes, que se levantan por la mañana y, ya sea individualmente o en grupos, salen de casa para practicar razias en las zonas blancas. Para ellos la razia es su actividad, su ocupación, su ocio, su deporte: ver lo que pueden coger y llevárselo a sus casas, preferiblemente sin lucha, preferiblemente eludiendo a los defensores profesionales de la propiedad, la policía.

Malos tratos, violación, tortura, lo que sea: la cuestión es que, mientras usted no tenga la culpa, mientras no sea el responsable, el deshonor no le afecta. De modo que se ha estado amargando por nada.

No dice más que tonterías, afirma Alan. Es lo que llamo misticismo matemático. Las matemáticas no son una críptica jerigonza sobre la naturaleza del número uno frente a la naturaleza del número dos. No tratan de la naturaleza de nada. Las matemáticas son una actividad, una actividad dirigida a un objetivo, como el acto de correr. Correr no responde a ninguna naturaleza.

La razia era una molesta espina clavada en la carne de los gobernadores de la colonia, que amenazaba con un ciclo de represalias basadas en el ojo por ojo y diente por diente que podría intensificarse y acabar en guerra abierta. Lo que llegó a denominarse apartheid fue una novedosa reacción de ingeniería social a una práctica que generaciones de campesinos armados no habían podido erradicar. Pasada la década de 1920, cuando las ciudades sudafricanas empezaron a adquirir su moderno aspecto multiétnico, los descendientes urbanos de aquellos campesinos se enfrentaron a dos amplias alternativas en respuesta a las razias desde los distritos negros de las ciudades. Una de ellas fue reactiva: definir la razia como un delito y emplear una fuerza policial que reaccionara a las razias persiguiendo y castigando a los asaltantes. La otra fue proactiva: establecer los límites entre las zonas negra y blanca y controlar policialmente esos límites, definiendo cada intrusión no autorizada de un negro en una zona blanca como una infracción.

La opción reactiva se saldó con fracaso a lo largo de tres siglos. En 1948 los blancos votaron tomar la ruta proactiva, y el resto es historia. La institución de límites hizo que la movilidad social ascendente de los negros y la movilidad social descendente de los blancos fuesen casi imposibles, fusionando en una sola y compacta masa los antagonismos de clase y de raza, mientras que la maquinaria creada para supervisar los límites se convertía en la costosa y tentacular burocracia del estado de apartheid.

Eso era todo. Ella había dicho lo que tenía que decir, había dejado claro lo que pensaba. Me tocaba hablar.

Cuando quieres ir con rapidez desde A hasta B, lo que haces es correr. Las matemáticas son lo que haces cuando quieres ir de P a R, de pregunta a respuesta, de una manera rápida y fiable.

21. SOBRE LAS DISCULPAS

En un nuevo libro titulado *Sense and Nonsense in Australian History*, John Hirst vuelve a abordar la cuestión de si los australianos blancos deberían pedir disculpas a los aborígenes australianos por haber conquistado su tierra y tomado posesión de ella. Desde el escepticismo pregunta si las disculpas sin devolución significan algo, si en verdad no son una «tontería».

Esta es una cuestión crucial no solo para los descendientes de los colonos de Australia sino también para sus equivalentes en Sudáfrica. Allí la situación es, en cierto sentido, mejor que en Australia: la entrega de tierras de labor por parte de los blancos a los negros es en aquel país una posibilidad práctica que no existe en Australia. La propiedad de la tierra, la clase de tierra que se mide en hectáreas y en la que puedes cultivar y criar ganado, tiene un enorme valor simbólico, aunque esté disminuyendo la importancia de la agricultura a pequeña escala dentro de la agricultura nacional. Así, cada parcela de tierra transferida por los blancos a los negros parece marcar una etapa en un proceso de justicia restitutoria cuyo final será volver a la situación anterior.

Ningún hombre es una isla, le dije. Ella me dirigió una mirada inexpresiva.

Espero a que me diga más, pero eso es todo.

¿Y la probabilidad?, le pregunto. ¿Qué te parece lo que dice acerca de la probabilidad, que todo eso es un galimatías y demás?

Nada tan espectacular puede proyectarse en Australia, donde la presión desde abajo es, en comparación, ligera e intermitente. Entre los australianos no indígenas, todos salvo una pequeña minoría esperan que el asunto sencillamente desaparezca, de la misma manera que, en Estados Unidos, la cuestión de los derechos a la tierra de los indígenas se hizo desaparecer.

En el periódico de hoy, un anuncio de un abogado estadounidense, un experto en responsabilidad legal, que por una tarifa de seiscientos cincuenta dólares la hora adiestrará a compañías australianas a expresar disculpas sin admitir responsabilidad. Paso a paso, la disculpa formal, que en otro tiempo tuvo la categoría simbólica más elevada, se devalúa mientras los hombres de negocios y los políticos aprenden que en el clima actual —lo que ellos llaman la «cultura» actual— hay maneras de tener la autoridad moral sin correr el riesgo de pérdidas materiales.

Todos formamos parte del continente, le dije. Las cosas no han cambiado, señora Anya. No habrá manera de eliminar el deshonor. Desearlo no bastará para borrarlo.

Más tonterías, responde Alan. Tonterías de ignorante. Lleva un siglo de retraso. Vivimos en un universo probabilístico, un universo cuántico. Schrödinger lo demostró. Heisenberg lo demostró. Einstein estuvo en desacuerdo, pero se equivocaba. Al final tuvo que admitir que se equivocaba.

Esta situación no es ajena al afeminamiento o el carácter sentimental de las actitudes que se inició hace dos o tres décadas. El hombre que es demasiado rígido para llorar o demasiado inflexible para pedir disculpas —o dicho de manera más precisa, que no realizará (convincientemente) el acto de llorar, no llevará a cabo (convincientemente) el acto de pedir disculpas— se ha convertido en una figura antediluviana y risible, es decir, que no está de moda.

Primero Adam Smith puso la razón al servicio del interés; ahora el sentimiento se pone también al servicio del interés. En el curso de esta última evolución, el concepto de sinceridad es despojado de todo significado. En la «cultura» actual, a pocos les interesa distinguir (en realidad, pocos son capaces de distinguir) entre la sinceridad y la representación de la sinceridad, de la misma manera que pocos distinguen entre la fe religiosa y la práctica religiosa. Si uno plantea el problemático interrogante: ¿Es esta una auténtica fe?, o: ¿Es esta una sinceridad verdadera?, solo recibe una mirada inexpresiva. ¿Verdad? ¿Qué es eso? ¿Sinceridad? Pues claro que soy sincero... ¿no he dicho que lo soy?

Pero sigue conservando su vieja capacidad de adherirse.

¿Y antes del universo cuántico?, le pregunto. ¿Hace más de un siglo? ¿Vivíamos en otra clase de universo?

Alan me dirige otra de sus duras miradas, esta vez realmente muy dura, como si me dijera *El jefe soy yo, y no lo olvides*. ¿De parte de quién estás, Anya?, me pregunta. Nunca me llama Anya salvo cuando está irritado.

Estoy de tu parte, Alan, le digo. Siempre estoy de tu parte. Solo quiero saber cuál es tu argumentación.

El muy costoso estadounidense no enseña a sus clientes ni cómo pedir verdaderas (sinceras) disculpas ni cómo pedir falsas (insinceras) disculpas, sino tan solo cómo pedir unas disculpas que les eviten ser objeto de una demanda judicial. Para él, como para sus clientes, una disculpa sin un guión, no ensayada, probablemente será una disculpa excesiva, inapropiada, mal calculada y, en consecuencia, falsa, es decir, una disculpa que cuesta dinero, el dinero que es la medida de todas las cosas.

Jonathan Swift, deberías vivir en estos tiempos.

Sus tres muchachos americanos... nunca los he visto, pero aun así me deshonran.

Es cierto, estoy de parte de Alan. Estoy con Alan, y estar con un hombre significa estar de su parte. Pero recientemente he empezado a sentirme abrumada entre él y el señor C, entre las contundentes certidumbres por un lado y las contundentes opiniones por el otro, hasta el extremo de que a veces me gustaría apartarme de ellos e ir a mi aire. Si tanto te estimulan las opiniones del señor C, quiero decirle a Alan, sé tú el mecanógrafo y encárgate de la tarea. Pero él no se molestaría en mecanografiarlas, sacaría la cinta de la máquina y la arrojaría a la basura. ¡Tonterías!, gritaría. ¡*Suspense en todo!* El toro viejo y el toro joven dirimiéndolo entre ellos. ¿Y yo? Yo soy la joven vaca a la que tratan de impresionar, a la que están aburriendo sus bufonadas.

22. SOBRE EL ASILO EN AUSTRALIA

Me esfuerzo por comprender la manera australiana de tratar a los refugiados, pero no lo consigo. Lo que me desconcierta no son las leyes que rigen las peticiones de asilo —pues, por duras que sean, es posible argumentar a su favor de un modo por lo menos plausible—, sino la forma en que se ejecutan. ¿Cómo pueden unas personas decentes, generosas y tolerantes cerrar los ojos mientras a unos extranjeros que llegan a sus costas prácticamente desamparados y sin blanca los tratan con semejante crueldad, con una insensibilidad tan atroz?

Supongo que la respuesta es que la gente no se limita a cerrar los ojos. Supongo que se sienten mal, incluso asqueados, hasta el extremo de que, a fin de salvarse y de seguir

Y me sorprendería mucho que en lo más profundo de su ser no siguieran deshonrándola a usted.

Él dice, me explica Alan, que si estás al margen del discurso probabilístico las afirmaciones de probabilidad no tienen ningún sentido. Esta afirmación es correcta, desde luego, pero se olvida de que en un universo probabilístico *no hay ningún sitio donde permanecer fuera de la probabilidad*. Eso forma un todo con la idea de que los números representan algo fuera de ellos mismos. No representan nada. Son las tuercas y los tornillos de las matemáticas. Son lo que utilizamos cuando trabajamos con matemáticas en el mundo real. Mira a tu alrededor. Mira los puentes. Mira los flujos de tráfico. Mira el movimiento del dinero. Los números trabajan. Las matemáticas trabajan. Las probabilidades trabajan. Eso es lo único que necesitamos saber.

Sintiéndose decentes, generosos, tolerantes, etcétera, tienen que cerrar los ojos y taparse los oídos. Una manera natural de comportarse, una manera humana. Muchas sociedades del Tercer Mundo tratan a los leprosos con la misma crueldad.

En cuanto a las personas que crearon el actual sistema de refugiados y ahora lo administran, resulta difícil de veras acceder a su mentalidad. ¿No tienen dudas ni se replantean la situación? Tal vez no. Si se hubieran propuesto desde el principio crear un sistema simple, eficaz y *humano* de tratar a los refugiados, sin duda podrían haberlo hecho. Lo que han creado en cambio es un sistema de disuaciones y, desde luego, un espectáculo de disuasión, que dice: *Este es el purgatorio al que estarás*

sometido si llegas a Australia sin papeles. Piénsalo de nuevo. A este respecto, el centro penitenciario Baxter, en el desierto meridional australiano, no se diferencia de la Bahía de Guantánamo. Mirad: esto es lo que les sucede a quienes cruzan la línea que hemos trazado. Estáis advertidos.

Como prueba de que su sistema funciona, las autoridades australianas señalan el descenso del número de lo que llaman «llegadas ilegales» desde que el sistema entró en vigor. Y están en lo cierto: como disuasión, es evidente que su sistema funciona. La palabra inglesa *deterrence* («disuasión») procede del latín *terrere*, «aterrar».

Nunca hasta entonces me había planteado si Anya era blanda o dura. Si pensara en ella de un modo material, diría que era dulce: dulce en oposición a salado, oro en oposición a plata, tierra en oposición a aire.

¿Me has estado espiando, Alan?, le pregunto tranquilamente.

Él me mira furibundo. ¿Estás loca?, replica. ¿Para qué querría espiarte?

Uno se olvida de que Australia no fue jamás una tierra prometida, un nuevo mundo, una isla paradisíaca que ofrecía su abundancia al recién llegado. Surgió de un archipiélago de colonias penales propiedad de una Corona abstracta. Primero pasabas por las entrañas del sistema judicial; luego te transportaban a los confines de la tierra. Se pretendía que la vida en las antípodas fuese un castigo; no tenía sentido quejarse de que era desagradable.

Los refugiados de hoy se encuentran en un barco muy similar al de los transportados de ayer. Alguien, o más probablemente algún comité, ideó un sistema para «ocuparse» de ellos. El sistema se aprobó y adoptó, y ahora se ejecuta de una manera impersonal, sin excepciones, sin misericordia, aunque dictamine que la gente debe ser encerrada indefinidamente en celdas de campos de internamiento en el desierto, humillados, enloquecidos y luego castigados por su locura.

Como en la Bahía de Guantánamo, el campo de detención de Baxter (corrijo: la *instalación* de Baxter) tiene entre sus objetivos el honor y la dignidad masculinos. En el caso de la Bahía de Guantánamo se pretende que cuando los prisioneros salgan por fin de su encierro sean meras cáscaras humanas, psíquicamente destrozados; en los peores casos, Baxter está logrando el mismo efecto.

Pero ahora, de pronto, se volvía pétrea, dura como el pedernal.

Alan es diestro en muchas cosas, pero no en mentir. No se me escapa ninguna de sus mentiras, y él lo sabe. Por eso me mira furibundo: para intimidarme, para asustarme.

Nunca hasta ahora te había comentado una sola palabra acerca de la probabilidad, le digo. ¿Cómo has llegado a saber que el señor C piensa en la probabilidad?

23. SOBRE LA VIDA POLÍTICA EN AUSTRALIA

Según Judith Brett, cuya reciente disquisición sobre la Australia de John Howard he estado leyendo, el Partido Liberal Australiano, como Margaret Thatcher, no cree en la existencia de la sociedad. Es decir, tiene una ontología empírica según la cual, a menos que le puedas dar un puntapié a algo, no existe. La sociedad, tanto para el ALP como para Margaret Thatcher, es una abstracción inventada por sociólogos académicos^[7].

Lo que los liberales creen que sí existe es *a)* el individuo, *b)* la familia y *c)* la nación. La familia y la nación son los dos agrupamientos objetivamente existentes (en el sentido de que se les puede dar un puntapié) en los que se engloban los individuos. Es ineluctable que, por su nacimiento, el individuo pertenezca a la nación y a la familia. Todos los demás agrupamientos entre el nivel de la familia y el nivel de la nación tienen un carácter voluntario: de la misma manera que uno elige el equipo de fútbol al que asociarse, o bien decide no asociarse a ningún equipo de fútbol, así puede elegir su religión e incluso su clase.

Una rabia pura y fría irradiaba de sus ojos. *¡No me diga cómo me siento!*, siseó. Su figura era demasiado liviana para ser majestuosa, también su atuendo era demasiado inapropiado, pero se irguió con un porte de reina. *¡Qué sabe usted!*

Jamás te he espiado, profiere Alan. Jamás haría tal cosa. Pero, ya que lo preguntas, te diré cómo lo he sabido. Hay un programa de información en el ordenador de su apartamento, y me informa de lo que hace.

Puede parecer que hay cierta ingenuidad y hasta ignorancia en la creencia de Howard de que, tan solo a fuerza de duro trabajo y ahorro, uno puede dejar atrás sus orígenes e integrarse en la gran sociedad australiana caracterizada por la ausencia de clases. Por otro lado, lo que Howard considera australiano de un modo peculiar y nítido es precisamente una buena voluntad generalizada que estimula a la gente a ascender por encima de las circunstancias en las que nacieron. (Aquí vería el contraste con la madre patria, Gran Bretaña, donde unos sutiles vínculos te unen a la clase de tu nacimiento). Y la buena suerte de los tiempos prósperos parecería confirmar la opinión de Howard: un porcentaje considerable de los actuales australianos de clase media (clase media según los criterios económicos, que son lo único que cuenta para los liberales) procede de la clase obrera.

Las limitaciones de esta actitud simplista hacia la sociedad aparecen en las cuestiones de la raza y la cultura. Para los liberales, una Australia no racista es una tierra en la que no hay barreras que impidan a una persona de ascendencia racial aborigen o de otro tipo convertirse en miembro de pleno derecho de la nación australiana y participante cabal («actor») en la economía australiana. Lo único que se necesita para alcanzar la plena condición australiana es energía, trabajo duro y la creencia en uno mismo (individuo).

A la mañana siguiente, junto con el disco de ordenador, encontré en el buzón una nota escrita con su caligrafía rechoncha, como de colegiala:

Me quedo tan estupefacta que por un momento no puedo hablar. Pero ¿para qué haces una cosa así?, le digo al fin. De todos modos, él no usa el ordenador, está demasiado mal de la vista. Creía habértelo dicho. Por eso me contrató.

Un optimismo ingenuo similar reinaba entre los blancos bienintencionados en Sudáfrica después de 1990, cuando se abolió la legislación sobre la restricción de empleo basada en la raza. Para aquellas personas, el final del apartheid significó que no habría más barreras para que los individuos, al margen de su raza, realizaran su pleno potencial económico. De ahí su desconcierto cuando el Congreso Nacional Africano promulgó unas leyes que privilegiaban a los negros en el mercado laboral. Para los liberales no podía darse un paso más retrógrado, un paso atrás hacia los viejos tiempos en los que el color de la piel contaba más que la educación, las aspiraciones o la diligencia.

Tanto en Australia como en Sudáfrica, los liberales creen que debería dejarse al mercado la decisión de quién asciende y quién no. El gobierno debería limitar su papel: crear las condiciones en las que los individuos puedan ofrecer al mercado sus aspiraciones, su impulso, su formación y cualesquiera otras formas de capital intangible, y entonces el mercado (he aquí el momento en que la filosofía económica se convierte en fe religiosa) les recompensa más o menos en proporción a lo que contribuyen (su «aportación»).

Esta es la última tarea que hago para usted. No puedo soportar que me dañe de esa manera insidiosa. A.

Bueno, la verdad es que sí lo usa. Lo sé muy bien. Lo usa a diario, para el correo electrónico, y todo lo que tú haces para él acaba en su disco duro. Por eso lo descubrí. Si te dijo que tiene la vista demasiado mal para teclear, no es cierto. Lo que ha perdido es un buen dominio muscular, y por eso es tan lento con el teclado. Por eso tiene la caligrafía de un niño. Por eso te contrató. Para que mecanografiaras sus textos. Pero esa no fue la razón principal. Está obsesionado contigo, Anya. No sé si te das cuenta. No te enfades conmigo. No estoy celoso. Este es un país libre. Sus obsesiones son asunto suyo. Pero deberías saberlo.

Aunque nací en una época anterior, me eduqué básicamente en la misma escuela de pensamiento, con su suspicacia respecto al idealismo filosófico y las ideas en general, su feroz individualismo, su estrecha concepción del progreso personal y su ética del duro trabajo. Lo único que faltaba en mi época era una fe optimista en el mercado. Mi madre me enseñó que el mercado era una oscura y siniestra máquina que trituraba y devoraba cien destinos por cada individuo afortunado al que recompensaba. La generación de mi madre tenía una actitud claramente premoderna hacia el mercado. No había en este mundo una recompensa segura por el duro trabajo; no obstante, sin el duro trabajo no habría recompensa en absoluto, excepto, por supuesto, en el caso de los malos, los «sinvergüenzas». Era una mentalidad reforzada por sus novelistas preferidos: Hardy, Galsworthy, los naturalistas trágicos.

De ahí la estúpida tenacidad con que llevo a cabo mis pequeños proyectos, incluso hoy. Me empeño en creer que el trabajo es bueno por sí mismo, tanto si obtiene como si no unos resultados mensurables. Al examinar mi historial, un racionalista económico sonreiría y sacudiría la cabeza.

«Todos somos actores en el mercado global: si no competimos, perecemos». El mercado es donde estamos, donde nos encontramos. Mejor no preguntarnos cómo hemos llegado aquí. Es como haber nacido en un mundo que no podemos escoger, de unos padres desconocidos. Estamos aquí, eso es todo. Ahora nuestro destino es el de competir.

Apoyé la nota en la mesa ante mí.

¿Qué más has estado espiando que no me has dicho, Alan?
Guarda silencio.

Para los verdaderos creyentes en el mercado, no tiene sentido decir que no te causa placer competir con tus semejantes y prefieres retirarte. Puedes retirarte si lo deseas, te dicen, pero ten la seguridad de que tus competidores no lo harán. En cuanto bajas los brazos, acabarán contigo. Estamos ineluctablemente trabados en un combate de todos contra todos.

Pero sin duda Dios no hizo el mercado... Dios o el Espíritu de la Historia. Y si los seres humanos lo hicieron, ¿no podemos deshacerlo y volverlo a hacer de una manera más amable? ¿Por qué el mundo tiene que ser un anfiteatro donde los gladiadores matan o perecen, en vez de, por ejemplo, una colmena o un hormiguero cuyos miembros se afanan por colaborar?

En favor de las artes puede decirse por lo menos que, si bien cada artista se esfuerza por ser el mejor, los intentos de convertir la esfera de las artes en una jungla competitiva han tenido escaso éxito. A las empresas les gusta financiar competiciones artísticas, como están todavía más dispuestas a invertir dinero en competiciones deportivas. Pero, al contrario que los deportistas, los artistas saben que la competición no es lo auténtico, sino solo un espectáculo secundario publicitario. En última instancia, la mirada del artista no se centra en la competición, sino en lo verdadero, lo bueno y lo bello.

¿Cómo debía interpretarla? ¿Como un aviso de finalización del contrato por parte de mi mecanógrafa y nada más? ¿Como un grito de ayuda de una joven con más trastornos anímicos de los que había imaginado?

¿Me estás diciendo que escribe acerca de mí en secreto? ¿Has estado leyendo su diario íntimo? Porque, si lo has hecho, me enfadaría de veras. ¡Qué asco! ¡Qué asco! Ojalá nunca me hubiera metido en esto. Pero dime la verdad: ¿estás hurgando en sus pensamientos privados?

(Es interesante constatar cómo el avance del individualismo mercenario lo empuja a uno al rincón del idealismo reaccionario).

¿Qué decir del Partido Laborista Australiano? Tras haber sufrido una derrota electoral tras otra, al ALP se le critica ahora por reclutar a sus dirigentes entre una casta política demasiado reducida, entre personas sin experiencia de la vida fuera de la política y fuera del partido. No tengo duda de que la crítica es justa. Pero el ALP no es en modo alguno único. Es una falacia elemental llegar a la conclusión de que, como en una democracia los políticos representan a la gente, en consecuencia los políticos son personas representativas. La vida cerrada del político típico es muy

parecida a la vida de una casta militar o de la Mafia o de los grupos de bandidos de Kurosawa. Uno inicia su carrera desde abajo, haciendo recados y espiando; cuando ha demostrado su lealtad, obediencia y disposición a soportar humillaciones rituales, se le permite la integración en la banda; a partir de ahí, su primer deber es convertirse en el líder de la banda.

Querida Anya, le escribí:

Me importan una mierda sus pensamientos íntimos. Son otras cosas las que me interesan.

¿Por ejemplo?

Alan parece avergonzado como un crío, pero no es una vergüenza demasiado profunda. Sé qué clase de infancia ha sido la suya: solitario, inseguro, desesperado por que reparasen en él. Desde el momento en que me conoció ha exigido alabanza y atención. Es como si yo hubiera ocupado el lugar de su madre. Ahora arde en deseos de compartir su nuevo secreto.

24. SOBRE LA IZQUIERDA Y LA DERECHA

La próxima semana habrá elecciones federales en Canadá, y se pronostica que ganarán los conservadores. Me desconcierta la deriva hacia la derecha en los países occidentales. Los electorados tienen el espectáculo ante ellos, en Estados Unidos, de dónde los llevará la derecha si tiene una mínima oportunidad, y sin embargo votan de todos modos a la derecha.

El triunfo del coco Osama bin Laden ha superado sus sueños más desenfrenados. Sin más armas que unos Kalashnikov y explosivos plásticos, él y sus seguidores han aterrorizado y desmoralizado a Occidente, desencadenando el pánico en las naciones. Para la corriente intimidatoria, autoritaria y militarista de la vida política occidental, Osama ha sido un regalo de los dioses.

Se ha vuelto usted indispensable para mí... para mí y para el proyecto que tengo entre manos. Me resulta inimaginable la entrega del manuscrito a otra persona. Sería como apartar a un niño de su madre natural y entregarlo al cuidado de una desconocida.

Como sus finanzas, me dice. Te lo dije. Como lo que ocurrirá con sus bienes cuando muera. Es un incompetente, Anya, un incompetente financiero. Tiene más de tres millones de dólares —¡tres millones!— en cuentas de ahorro que le dan un cuatro y medio por ciento de interés. Si le restas los impuestos, se queda en el dos coma cinco por ciento. Así pues, en términos reales, está perdiendo dinero día tras día. ¿Y sabes qué ocurrirá con esos tres millones cuando muera?

En Australia y Canadá los electorados se comportan como ovejas asustadas. Sudáfrica, donde el extremismo islamista aún ocupa un humilde lugar en la lista de asuntos que preocupan a la población, empieza a parecer un juicioso hermano mayor. ¡Qué ironía!

Lo que más me gustó de Australia, cuando la visité por primera vez en la década de 1990, fue la manera de conducirse la gente en sus transacciones cotidianas: sincera e imparcialmente, con un esquivo orgullo personal y una reserva irónica no menos esquiva. Ahora, al cabo de quince años, oigo menospreciar en muchos círculos la clase de personalidad que se desprende de esa conducta, considerándola propia de un pasado australiano que ha sido superado. A medida que los cimientos materiales de las «antiguas» relaciones sociales se erosionan ante mis ojos, esas relaciones

adquieren la condición de actitudes más que de reflejos culturales vivos. Es posible que la sociedad australiana jamás, ¡gracias a Dios!, llegue a ser tan egoísta y cruel como la sociedad estadounidense, pero parece avanzar como sonámbula en esa dirección.

Le ruego encarecidamente que reconsidere su decisión.

Tiene un testamento, que data de septiembre de mil novecientos noventa, sin revisar, según el cual todos sus bienes, el dinero, el piso y su contenido más bienes intangibles como los derechos de autor, recaen en su hermana. *Pero su hermana murió hace siete años.* Lo he comprobado. Y el heredero secundario es una institución benéfica, alguna organización sin futuro en la que trabajaba su hermana, dedicada a la rehabilitación de animales de laboratorio.

¿Animales de laboratorio?

Resulta extraño añorar lo que uno jamás ha tenido, aquello de lo que nunca ha formado parte. Resulta extraño tener una sensación elegíaca acerca de un pasado que en realidad nunca ha conocido.

En su historia de la Europa posterior a 1945, recientemente publicada, Tony Judt sugiere que en el siglo XXI Europa podría sustituir a Estados Unidos como el modelo hacia el que el resto del mundo mirará en busca de prosperidad material, políticas sociales ilustradas y libertad personal. Pero ¿cuán profundo es el compromiso con la libertad personal entre la clase política europea? Hay pruebas de que algunas de las agencias de seguridad europeas están colaborando o actuando en connivencia con la CIA, hasta el extremo de que realmente informan a Washington. Estados Unidos parece tener en el bolsillo a varios gobiernos de la Europa oriental. Podemos esperar que el estado de cosas que impera en el Reino Unido de Tony Blair se extienda: un claro sentimiento antiamericano entre la población, pero un gobierno que baila al son que toca Estados Unidos.

*Suyo,
JC*

Animales que han sido utilizados en experimentos de laboratorio. Así pues, lo cierto es que el dinero va a parar a unos animales. En su totalidad. ¡Eso es lo que dictamina su testamento, punto! Como te digo, nunca lo ha revisado. Sus últimos deseos, ante la ley.

¿Has visto ese testamento?

Lo he visto todo. Testamento, correspondencia con su abogado, cuentas bancarias, contraseñas. Como te he dicho, tengo un programa de información. Me informa. Para eso está ahí.

Incluso es posible que, con el tiempo, veamos reproducido en parte de Europa lo que existía en la Europa oriental en tiempos de la URSS: un bloque de estados nacionales cuyos gobiernos, según cierta definición de la democracia, se eligen democráticamente, pero en los que aspectos esenciales de sus políticas están dictados por una potencia extranjera, donde la disensión se amordaza y las manifestaciones populares contra la potencia extranjera se reprimen por la fuerza.

La única luz de esperanza en este sombrío panorama la aporta América Latina, con la inesperada llegada al poder de un puñado de gobiernos socialistas populistas. Las señales de alarma ya deben de estar sonando en Washington: podemos esperar crecientes niveles de coacción diplomática, guerra económica y absoluta subversión.

Resulta interesante que en el momento de la historia en que el neoliberalismo proclama que, una vez que la política ha sido incluida en la economía, las viejas categorías de izquierda y derecha se han vuelto obsoletas, gentes del mundo entero que se habían dado por satisfechas considerándose «moderadas» —es decir, opuestas a los excesos tanto de la derecha como de la izquierda— decidan que en una era de triunfalismo de la derecha la idea de la izquierda es demasiado valiosa para abandonarla.

¿Era cierto? ¿Era la Anya del apartamento 2514, en cualquier sentido excepto el más peregrino, la madre natural de la miscelánea de opiniones que yo estaba vertiendo en papel por encargo de Mittwoch Verlag, de Herderstrasse, Berlín? No.

¿Has instalado un programa espía en su ordenador?

Según la visión ortodoxa neoliberal, el socialismo se derrumbó y murió bajo sus propias contradicciones. Pero ¿no podríamos imaginar una posibilidad alternativa, la de que el socialismo no se derrumbó sino que fue derribado al suelo a porrazos, y que no murió sino que lo asesinaron?

Pensamos en la guerra fría como un período en el que la auténtica guerra, la

guerra caliente, se mantenía a raya mientras dos sistemas económicos rivales, el capitalista y el socialista, competían por ver cuál de ellos convencía a los pueblos del mundo y se ganaba su adhesión. Pero ¿estarían de acuerdo con esa visión de la época los centenares de millares, tal vez millones, de hombres y mujeres que fueron encarcelados, torturados y ejecutados durante aquellos años por sus creencias políticas y sus acciones públicas? ¿No hubo una guerra caliente mientras duró la guerra fría, una guerra librada en sótanos, celdas carcelarias y salas de interrogatorio en todo el mundo, para cuya realización se invirtieron millones de dólares, hasta que por fin la ganaron, hasta que el desvencijado buque del idealismo socialista cedió y se fue a pique?

Las pasiones y los prejuicios de los que surgen mis opiniones existían mucho antes de que viera a Anya por primera vez, y ya eran tan fuertes (es decir, estaban tan fijados, eran tan rígidos) que, aparte de alguna que otra palabra esporádica, no había ninguna posibilidad de que la refracción a través de la mirada de Anya pudiera alterar su ángulo.

Te lo he dicho. Hay un pequeño paquete de software codificado en su disco duro, dentro de lo que parece una fotografía. Es completamente invisible, a menos que sepas lo que estás buscando. Nadie lo descubrirá. Y, si quiero, puedo borrarlo desde el exterior.

Pero ¿qué tiene que ver esto contigo? ¿Por qué te interesa su testamento?

25. SOBRE TONY BLAIR

La historia de Tony Blair podría proceder directamente de Tácito. Un muchacho corriente de clase media con todas las actitudes correctas (los ricos deben subvencionar a los pobres, hay que tener bien sujetos a los militares, es preciso defender los derechos civiles contra las intrusiones del estado), pero sin ninguna base filosófica, con poca capacidad de introspección y sin ninguna brújula interior salvo la ambición personal, se embarca en la travesía de la política, con todas sus fuerzas deformadoras, y acaba siendo un entusiasta de la codicia empresarial, un belicista, un cómplice en la tortura y la «desaparición» de adversarios.

En privado, los hombres como Blair se defienden diciendo que sus críticos (siempre etiquetados como críticos de salón) se olvidan de que en este mundo menos que ideal la política es el arte de lo posible. Van más allá: dicen que la política no es para nenazas, entendiéndolo por tales a quienes son reacios a comprometer los principios morales. Dicen que por su propia naturaleza la política es incompatible con la verdad, o por lo menos con la práctica de decir la verdad en todas las circunstancias. Concluyen diciendo que la historia los reivindicará, la historia con su visión mucho más amplia de las cosas.

Opiniâtre, dicen los franceses: obstinado, imperturbable, tozudo.

Déjame que te haga una pregunta, Anya. ¿Quién puede hacer un mejor uso de tres millones de dólares: un montón de ratas, gatos, perros y monos a los que ya han machacado los sesos con sus experimentos científicos y que deberían agradecer que los liquidaran humanitariamente, o tú y yo?

En ocasiones quienes han llegado al poder se han jurado practicar la política de la verdad, o por lo menos una política que evite la mentira. Fidel Castro puede haber sido en otro tiempo una de esas personas. ¡Pero cuán breve es el tiempo antes de que las exigencias de la vida política dificulten y al final imposibiliten al hombre en el poder distinguir la diferencia entre la verdad y la mentira!

Como Blair, Fidel dirá en privado: *Está muy bien emitir tu excelso juicio, pero no sabes a qué presiones estaba sometido*. Esas personas siempre aducen el llamado principio de realidad, siempre desdeñan las críticas que se les hacen por idealistas y poco realistas.

Lo que las personas corrientes están hartas de oírles decir a sus dirigentes son

esas declaraciones que nunca responden del todo a la verdad: se quedan a corta distancia de la verdad o un poco al margen, o bien es una verdad un tanto tambaleante. Anhelan un respiro de la prevaricación incesante. De ahí su sed (una sed leve, hay que admitirlo) por oír lo que quienes saben expresarse fuera del mundo político (académicos, religiosos o científicos) piensan de los asuntos públicos.

Pero ¿cómo puede satisfacer esa sed el simple escritor (por hablar solo de escritores) cuando la comprensión de los hechos que tiene el escritor suele ser incompleta o insegura, cuando su mismo acceso a los llamados hechos probablemente se produce a través de los medios de comunicación integrados dentro del campo de fuerzas de la política, y cuando, la mitad de las veces, debido a su vocación, le interesa tanto el embustero y la psicología de la mentira como la verdad?

Bruno, en su alemán, es más diplomático.

¿Tú y yo?

Exacto: tú y yo.

26. SOBRE HAROLD PINTER

Harold Pinter, ganador del Premio Nobel de literatura en 2005, está demasiado enfermo para viajar a Estocolmo y asistir a la ceremonia. Pero en una conferencia grabada hace lo que puede llamarse objetivamente un ataque salvaje contra Tony Blair por su participación en la guerra de Irak, pidiendo que lo juzguen por criminal de guerra.

Cuando uno habla personalmente, es decir, no a través de su arte, para denunciar a uno u otro político utilizando la retórica del ágora, se embarca en una contienda que probablemente perderá porque sucede en un terreno en el que el adversario cuenta con mucha más práctica y pericia. «Por supuesto, el señor Pinter tiene derecho a exponer su punto de vista —se replicará—. Después de todo, goza de las libertades de una sociedad democrática, libertades que en este momento nos esforzamos por proteger de los extremistas».

Todavía vacila entre llamar a estas pequeñas digresiones *Meinungen* o *Ansichten*. Dice que *Meinungen* son opiniones, pero opiniones sometidas a fluctuaciones del estado de ánimo.

No quiero decir tú y yo. Lo que quiero decir es: ¿qué tiene que ver ese dinero con nosotros?

Así pues, hay que tener agallas para hablar como lo ha hecho Pinter. Quién sabe, tal vez Pinter vea con toda claridad que refutarán hábilmente sus palabras, las menospreciarán, incluso ridiculizarán. Y, sin embargo, dispara el primer tiro y se arma de valor para encajar la réplica. Lo que ha hecho puede que sea imprudente, pero no es cobarde. Y llegan tiempos en los que la indignación y la vergüenza son tan grandes que sobrepasan a todo cálculo y toda prudencia, y uno debe actuar, es decir, hablar.

Las *Meinungen* que sostenía ayer no son necesariamente las *Meinungen* que sostengo hoy.

Las *Ansichten*, en cambio, son más firmes, están más elaboradas.

Voy a darle algún uso a ese dinero, Anya. Voy a hacer que trabaje, para variar, en vez de dormitar en una cuenta bancaria. De los tres millones puedo sacar fácilmente un catorce o un quince por ciento. Ganamos un quince, le devolvemos a él su cinco por ciento, y nos quedamos el resto como comisión, como los frutos de una actividad intelectual. Es decir, trescientos mil por año. Si vive otros tres años, es un millón. Y ni siquiera se enterará. Por lo que a él respecta, los intereses se irán sumando en su cuenta cada trimestre.

27. SOBRE LA MÚSICA

Hace una o dos décadas, el tedio de la espera en los consultorios médicos se aliviaba con una suave música de fondo: canciones sentimentales de Broadway, clásicos populares como las *Cuatro estaciones* de Vivaldi. Hoy, sin embargo, solo se oye el ruido sordo y mecánico de la música que prefieren los jóvenes. Los amedrentados mayores la soportan sin protestar: *faute de mieux* también se ha convertido en su música.

No es probable que se repare la ruptura. Lo malo expulsa a lo bueno: lo que llaman música «clásica» ya no es moneda cultural. ¿Puede decirse algo interesante de esta evolución o uno no tiene más remedio que quejarse de ello entre dientes?

En nuestra última comunicación, él tendía a preferir *Meinungen*.

No te sigo. ¿Cómo no va a enterarse cuando unos fondos desaparezcan repentinamente de su cuenta bancaria para entrar en el mercado de valores?

Porque todos sus extractos de cuentas, todas sus comunicaciones electrónicas, pasarán por mí. Serán desviados. Darán un rodeo. Yo los manipularé. Mientras dure el asunto.

La música expresa sentimiento, es decir, proporciona forma y cobijo al sentimiento, no en el espacio sino en el tiempo. En la medida en que la música tiene una historia que es más que una historia de su evolución formal, nuestros sentimientos también deben tener una historia. Tal vez ciertas cualidades sentimentales que se expresaron en la música del pasado, y fueron registradas hasta el punto en que la música puede registrarse anotándola en papel, se han vuelto tan remotas que ya no podemos habitarlas como sentimientos, solo podemos comprenderlas tras una larga formación en la historia y la filosofía de la música, la historia filosófica de la música, la historia de la música como una historia del alma que siente.

Desde esa premisa uno podría seguir identificando cualidades de sentimiento que no han sobrevivido en el siglo XXI de Nuestro Señor. Un buen lugar donde empezar sería la música del siglo XIX, puesto que para algunos de nosotros la vida interior del hombre del siglo XIX no ha muerto del todo, aún no.

Pensemos en el canto. El canto artístico del siglo XIX está muy alejado en su cinestética del canto de hoy día. La cantante del siglo XIX se adiestraba para cantar

desde las profundidades del tórax (desde los pulmones, desde el «corazón»), manteniendo la cabeza alta y emitiendo un tono amplio y limpio del tipo que sale proyectado.

Seis escritores distintos, seis personalidades distintas, dice:

¡Estás loco! Si su contable sospecha, o si se muere y los abogados se hacen cargo del patrimonio, la pista conducirá directamente a ti. Irás a la cárcel. Será el fin de tu carrera.

Es una manera de cantar que tiene la finalidad de transmitir nobleza moral. En representaciones que, por supuesto, siempre eran en directo, el público tenía ante sus ojos el contraste entre el mero cuerpo físico y la voz que trasciende el cuerpo, que emerge de él, se alza por encima de él y lo deja atrás.

Así pues, desde el cuerpo, la canción nació como alma. Y ese nacimiento no tuvo lugar sin dolores, sin punzadas: el vínculo entre sentimiento y dolor se enfatizó con palabras como *passio*, *Leidenschaft*. El mismo sonido que producía el cantante, limpio, resonante, tenía una cualidad refleja.

*

¡Qué tontería cartesiana es pensar que los cantos de las aves son apenas unos gritos previamente programados que lanzan para indicar su presencia al sexo opuesto y cosas por el estilo! Cada canto de ave es una sincera liberación del yo al aire, acompañada de un júbilo que apenas podemos comprender. ¡Yo!, dice cada grito: ¡Yo! ¡Qué milagro! Cantar libera la voz, la deja volar, expande el alma.

¿Qué seguridad podemos tener de la firmeza con que cada escritor abraza sus opiniones?

La pista no los llevará a mí. Por el contrario, la pista los llevará a una fundación

suiza que administra un grupo de clínicas neurológicas y concede subvenciones a investigadores de parkinsonismo; y si quieren investigar más, la pista los llevará de Zurich a un holding registrado en las islas Caimán; en ese punto se verán obligados a abandonar, puesto que no tenemos ningún tratado con esas islas. Seré completamente invisible, de principio a fin. Como Dios. Y tú también.

Por otro lado, en el transcurso de un entrenamiento militar, se adiestra a los reclutas a usar la voz de una manera rápida, monótona, mecánica, sin pausa para pensar. ¡Qué daño debe de hacerle al alma someterse a la voz militar, encarnarla como si fuese propia!

Recuerdo un episodio que tuvo lugar hace años en la biblioteca de la Universidad Johns Hopkins de Baltimore. Hice algunas consultas a una bibliotecaria, quien a cada una de mis preguntas respondía de una manera rápida y monótona, dejándome con la inquietante sensación de que no estaba hablando con un congénere sino con una máquina. Realmente, la joven parecía enorgullecerse de su identidad mecánica, de su insociabilidad. No buscaba nada de mí en el intercambio, no había nada que yo pudiera darle, ni siquiera el tranquilizador instantáneo de reconocimiento mutuo que comparten dos hormigas cuando sus antenas se rozan al pasar.

Lo mejor es dejar el interrogante abierto.

¿Suiza? ¿Parkinsonismo? ¿Te refieres a la enfermedad de Parkinson?

La enfermedad de Parkinson. Eso es lo que le preocupa tanto a tu hombre, el señor C. Por eso necesita una joven secretaria de dedos ágiles. Por eso tiene tanta prisa por terminar su libro. Sus opiniones. Su despedida del mundo. Así que, con respecto a las pegadas que mencionas, incluso si decidiera palmarla pronto, sus cuentas estarán en perfecto orden. Los asientos mostrarán que su dinero fue a parar a la investigación médica como donación filantrópica. He preparado toda una correspondencia por correo electrónico, que se remonta a varios años atrás, entre el señor C y los administradores de la fundación suiza, y que podría instalar en su ordenador en cuanto se produzca la noticia.

Gran parte de la fealdad del discurso que uno oye en las calles de Estados Unidos surge de la hostilidad hacia la canción, la represión del impulso de cantar, la restricción del alma. En cambio, en la educación de los jóvenes estadounidenses se les inculcan formas de expresión mecánicas, militares. Inculcar, de *calx/calcis*, «el talón». Inculcar: pisotear.

Desde luego, en todos los lugares del mundo puedes oír un lenguaje atrofiado y

mecánico, pero el orgullo que causa ese modo mecánico parece ser exclusivamente estadounidense, pues en Estados Unidos el modelo del yo como un fantasma que vive en el interior de una máquina es casi indiscutible a nivel popular. El cuerpo tal como se concibe en Estados Unidos, el cuerpo estadounidense, es una máquina compleja formada por un módulo vocal, un módulo sexual y varios más, incluso un módulo psicológico. Dentro de esa máquina orgánica el yo fantasmal lleva a cabo lecturas y toca teclas, dando órdenes que el cuerpo obedece.

En cualquier caso, lo que más le interesa al lector es la calidad de las opiniones, su variedad, su capacidad de sorprender, las maneras en las que se ajustan o no a la reputación de sus autores.

¿Y cómo has podido introducir ese programa espía en su ordenador? Estaba en uno de los discos que le entregaste.

De modo que me has utilizado.

Los atletas del mundo entero han absorbido el modelo norteamericano del yo y el cuerpo, presumiblemente debido a la influencia de la psicología deportiva estadounidense (que «da resultados»). Los atletas hablan de sí mismos abiertamente como máquinas de una variedad biológica que ha de ser alimentada con ciertos nutrientes en ciertas cantidades a ciertas horas del día, y con las que sus supervisores «trabajan» de diversas maneras a fin de obtener de ellas unas prestaciones óptimas.

Uno imagina cómo hacen el amor esos atletas: una vigorosa actividad seguida por un brusco orgasmo, racionalizado como una especie de recompensa al mecanismo físico, y seguido por un breve período de recuperación durante el que el supervisor fantasmal confirma que el acto ha alcanzado la calidad requerida.

*

Los ancianos todavía preguntan quejumbrosamente por qué la música no puede continuar la tradición de los grandes compositores de sinfonías decimonónicas. La respuesta es sencilla. Los principios que animaban aquella música están muertos y no hay manera de resucitarlos. No es posible componer una sinfonía del siglo XIX que no se convierta al instante en una pieza de museo.

Estoy en desacuerdo. *Ansichten* es la palabra que quiero, le digo, *Harte Ansichten*, si puedes decir tal cosa en alemán.

Si no te hubiera utilizado, habría encontrado otra manera de hacerlo. Esto no es un juego, Anya. Estamos hablando de una importante cantidad de dinero. No una cantidad para tener el resto de la vida asegurado, pero importante de todos modos. Y antes de que yo interviniera, lo estaba desperdiciando de una manera lamentable.

Brahms, Chaikovski, Bruckner, Mahler, Elgar, Sibelius compusieron, dentro de los límites de la forma sinfónica, una música de renacimiento heroico y/o transfiguración. Wagner y Strauss vinieron a hacer lo mismo con formas de su propia invención. La suya es una música que se basa en paralelos entre la transmutación armónica y motiva por un lado y la transfiguración espiritual por otro. Es característico que la progresión se realice a través de una turbia lucha hacia la clarificación; de ahí la nota de triunfo con que terminan tantas composiciones sinfónicas de la época.

Resulta curioso, dado lo ajeno que se ha vuelto el ideal de transformación espiritual, que la música de transformación todavía retenga parte de su capacidad de conmovernos, de crear un sentimiento creciente de exaltación, una emoción tan infrecuente en nuestros días.

Feste Ansichten, dice Bruno. Déjame que lo piense más. Déjame que lo consulte con los demás colaboradores.

«No es un juego», dice Alan. No podría estar más de acuerdo. Una cantidad importante. Una fortuna. Alan nunca me ha ocultado que no cree en el blanco y negro. Todo es un continuo, dice Alan, todo son matices de gris, desde los matices más oscuros en un extremo a los más claros en el otro. ¿Y él? Él es un especialista en la zona central, que es como la llama, en los matices de gris que no son ni oscuros ni claros. Pero, en el caso del señor C, me parece que está cruzando la línea del gris al negro, hacia la negrura total.

Más difícil de precisar son los principios animadores de la música en nuestro tiempo. Pero, desde luego, podemos decir que la característica del anhelo, del idealismo erótico, tan común en la anterior música romántica, se ha desvanecido,

probablemente para siempre, lo mismo que la lucha heroica y el esfuerzo hacia la trascendencia.

La música popular del siglo XX ha encontrado en la experiencia corporal un nuevo terreno donde arraigar. Al mirar atrás desde el siglo XXI, vemos con sorpresa el escaso ritmo que bastaba a la idea de la danza, primero en las cortes aristocráticas de Europa y luego en la clase media europea. Los bailes cortesanos de Rameau, Bach, Mozart, y no digamos de Beethoven, parecen muy pesados según los criterios actuales. Incluso a finales del siglo XVIII a los músicos les impacientaba ese estado de cosas, y buscaban en otros lugares unas danzas con unos ritmos más sugestivos que pudieran importar. Una y otra vez se sumergían en la música del campesinado europeo, de los gitanos, de los Balcanes, Turquía y el Asia central, a fin de renovar los ritmos de la alta música europea. La culminación de esta práctica es el ostentoso primitivismo de *La consagración de la primavera*, de Stravinski.

Lo que ha empezado a cambiar desde que he entrado en la órbita de Anya no son tanto mis opiniones como la opinión que tengo sobre mis opiniones.

¿Has pensado bien en esto, Alan?, le pregunto. ¿Lo has pensado a fondo y estás seguro de que quieres seguir adelante? Porque, francamente, no estoy segura de querer estar contigo en esto.

Pero la auténtica gran renovación de la música popular tiene lugar en el Nuevo Mundo, a través de la música de los esclavos que han perdido sus raíces africanas. Desde América del Norte y del Sur, los ritmos africanos se extendieron por todo Occidente. No sería exagerado decir que por medio de la música africana los occidentales empezaron a vivir en sus cuerpos y a través de ellos de una nueva manera. Los colonizadores acabaron colonizados. Incluso una persona tan rítmicamente ágil como Bach se sentiría fuera de lugar, como en un continente distinto, si renaciera hoy.

La música romántica intenta recuperar un estado perdido de elevación espiritual (que no es lo mismo que embeleso), un estado de exaltación en el que uno se despoja de la cáscara humana y se convierte en puro ser o puro espíritu. De ahí el constante *esfuerzo* en la música romántica: siempre está tratando de ir más allá (¿no existe una pieza de Mendelssohn titulada «En alas de la canción», en la que el poeta apegado a la tierra anhela emprender el vuelo?).

Cuando leo lo que unas horas antes ella ha convertido, a partir de una grabación de mi voz, en letras de catorce puntos, hay momentos fugaces en los que veo estas opiniones contundentes mías a través de los ojos de Anya, veo lo anticuadas que pueden parecerle a una mujer completamente moderna, como los huesos de alguna extraña y extinta criatura, medio ave, medio reptil, a punto de transformarse en piedra.

No te estoy pidiendo que estés conmigo en esto, cariño. Puedo hacerlo yo solo a la perfección. Si no te gusta lo que estoy haciendo, entonces olvida que hemos tenido esta conversación. Sigue como hasta ahora. Haz la tarea para él. Charla con él. Sé simpática. Sé amigable. Yo me ocuparé del resto.

Uno empieza a comprender la base del entusiasmo romántico por Bach. De modo característico, Bach muestra cómo en casi cualquier germen musical, al margen de lo sencillo que sea, existen interminables posibilidades de desarrollo. El contraste con compositores más populares de su época es notable: en Telemann, por ejemplo, una pieza de música parece la ejecución de un plan más que la exploración de un potencial.

¿Sería exagerado decir que la música que llamamos romántica tiene una inspiración erótica, que incesantemente avanza más allá, trata de permitir que el oyente abandone el cuerpo, se sienta transportado (como si escuchara el canto de las aves o el canto de los cielos), para convertirse en un alma viviente? De ser esto cierto, entonces la erótica de la música romántica no podría diferenciarse más de la música actual. En los jóvenes amantes de hoy no se detecta ni el más leve aleteo de esa antigua sed metafísica, cuya contraseña sería la palabra anhelo (*Sehnsucht*).

Lamentos. Diatribas. Maldiciones.

Olvida esta conversación. Trescientos mil al año, es de suponer que sin declarar, que van pasando a una u otra cuenta corriente de Alan. Y cuando el viejo muere, su dinero reaparece mágicamente en su propia cuenta corriente, la totalidad, el dinero real, los números reales, no las ficciones que Alan le irá suministrando desde lo alto,

en el apartamento 2514; mientras que al mismo tiempo la fundación, la mítica fundación suiza, se retira a las brumas alpinas.

28. SOBRE EL TURISMO

En 1904, a los diecinueve años de edad, Ezra Pound se matriculó en un curso de provenzal en el Hamilton College del estado de Nueva York. De Hamilton pasó a la Universidad de Pensilvania para proseguir sus estudios lingüísticos. Ambicionaba convertirse en erudito en literaturas romances, y concretamente en la poesía de la baja Edad Media.

Como campo de estudio, la literatura provenzal estaba más de moda hace cien años que en la actualidad. Las personas de tendencia humanista laica rastreaban el espíritu de la civilización, la moderna civilización occidental, primero hacia atrás, hasta Grecia, luego de nuevo hacia delante, hasta la Francia del siglo XII y la Italia del XIII. Atenas definía la civilización; Provenza y el Quattrocento redescubrían Atenas. Para Pound, Provenza señalaba uno de los escasos momentos en que la vida, el arte y el impulso religioso formaban una unidad para llevar la civilización a un punto de brillante florecimiento, antes de que las persecuciones papales marcaran el comienzo de los tiempos oscuros de antaño.

Debería haberla escuchado hasta el final cuando me habló del honor, haberle permitido obtener la victoria retórica que buscaba. Aún podría hacerlo: ir arriba, llamar a la puerta y decirle: *Tiene razón, lo admito, el honor ha perdido su poder, el deshonor está muerto, ahora vuelva conmigo.*

Es una estafa, de eso no hay duda.

En 1908 Pound viajó por primera vez a Europa, donde se dedicó a actividades literarias mientras realizaba sus estudios sobre la lengua romance. En 1912 hizo un viaje, en tren y a pie, siguiendo los pasos de sus héroes trovadorescos. En la primera parte del viaje visitó Poitiers, Angulema, Périgueux y Limoges. En la segunda fue de Uzerche a Souillac, y continuó por Sarlat, Cahors, Rodez, Albi y Toulouse. Desde Toulouse se dirigió a Foix, Lavelanet, Quillan y Carcassonne, y de ahí a Béziers.

Se proponía utilizar la gira como material para un libro de viajes e historia cultural que titularía *Gironde*. Sin embargo, el editor con el que había firmado un contrato quebró y Pound nunca llegó a escribir el libro. Lo único que se conserva son unos cuadernos de notas, integrados ahora en la colección de Yale, de los que Richard Sieburth ha transcrito y publicado algunos pasajes.

Y tal vez, ¿quién sabe?, no sería del todo una mentira. Tal vez lo que siento que me embarga cuando me enfrento a las imágenes, tomadas desde lejos con zoom, de hombres vestidos con uniformes naranja, encapuchados y con

También es, en cierto sentido, y a condición de que el mercado de valores se comporte de una manera predecible, es decir, según las leyes de la probabilidad, inocuo. Así que ahora tengo un atisbo de cómo pasa Alan sus días: ¿haciendo jugadas turbias pero (confiemos) inocuas con el dinero ajeno? ¿Estoy compartiendo mi vida con un estafador profesional? ¿Llamará la policía a la puerta una mañana y se llevará a Alan con su chaqueta cubriéndole la cabeza? ¿Y habrá fotógrafos apostados al otro lado de la calle, esperando para hacerle una foto a la novia del acusado?

Pound parecía creer que no podría apreciar debidamente la poesía trovadoresca hasta haber recorrido los caminos y visto los paisajes familiares de sus poetas. A primera vista, esto parece razonable. El problema es que en la poesía de los trovadores no figuran los detalles del paisaje. Es cierto que encontramos pájaros y flores, pero son aves genéricas, flores genéricas. Sabemos lo que los trovadores debieron de ver, pero no lo que vieron.

Hace una década, siguiendo las huellas de Pound y sus poetas, recorrí en bicicleta algunos de esos mismos caminos, en particular (varias veces) el camino entre Foix y Lavelanet pasando por Roquefixade. No estoy seguro de lo que conseguí al hacer tal cosa. Ni siquiera estoy seguro de qué era lo que mi ilustre predecesor esperaba conseguir. Lo cierto es que los dos nos pusimos en marcha sobre la base de que unos autores que habían sido importantes para nosotros (para Pound, los trovadores; para mí, Pound) habían estado físicamente donde nos encontrábamos; pero ninguno de los dos parecía o parece capaz de demostrar en su escritura por qué o de qué modo eso era importante.

Grilletes, que vagan arrastrando los pies como zombis al otro lado del alambre de espino en la Bahía de Guantánamo, no es realmente el deshonor, la vergüenza de vivir en estos tiempos, sino otra cosa, algo más insignificante y más manejable, algún exceso o defecto de aminos en el córtex

Solo son gatos y perros, Anya, dice él, y me rodea, se acerca por detrás, me abraza y me habla en voz baja al oído. En el peor de los casos, solo son gatos y perros con sensores, goteros y sondas que les cuelgan. ¿Quién resulta perjudicado? En el peor escenario, si surge alguna complicación que no hemos previsto, nos limitamos a detener la operación y todo volverá a ser como antes.

Para mí, todo lo extraordinario de ver Roquefixade por primera vez fue descubrir lo ordinaria que era Roquefixade: tan solo otro punto en el gran globo. No me hizo estremecer. No detecto tampoco señal alguna de que le ocurriera a Pound. Las vistas del viaje de 1912 que le impresionaron, que permanecieron en su memoria y luego aparecieron en su poesía, son del todo arbitrarias: un portillo con la indicación de un camino que no conducía a ninguna parte, por ejemplo (véanse los fragmentos con que concluyen los *Cantos*).

La naturaleza del turismo ha cambiado desde 1912. La idea de seguir los pasos de X o Y ha perdido importancia a medida que los acontecimientos históricos se han confundido con recreaciones de acontecimientos históricos, objetos antiguos («históricos») con simulacros de objetos antiguos (la reconstrucción de las murallas de Carcassonne realizada por Viollet-le-Duc). Cuando pedaleaba por los caminos del Languedoc, probablemente yo era la única persona en un radio de ciento sesenta kilómetros que en cierto sentido rendía homenaje a los grandes muertos.

Que podría denominarse en términos generales «depresión» o incluso de una manera aún más general «melancolía» y que podría eliminarse en cuestión de minutos mediante el cóctel apropiado de sustancias químicas X, Y y Z.

El peor escenario es mucho peor que eso, Alan. Como podrías ver por ti mismo si te paras a pensar.

Me he parado a pensar. Lo he pensado a fondo. No veo qué podría ser peor de lo que te he planteado. Ilumíname.

29. SOBRE EL USO DEL INGLÉS

Hace algún tiempo empecé a compilar una lista de usos de moda en el inglés actual. Encabezaba la lista la antinómica pareja *appropriate/inappropriate*, la expresión *going forward* y la omnipresente preposición compuesta *in terms of*.

Observé que *inappropriate* ha llegado a sustituir a *bad* o *wrong* en el habla de personas que desean expresar desaprobación sin parecer que emiten un juicio moral (para tales personas, el juicio moral en sí mismo debe evitarse por inapropiado). Así: «*She testified that the stranger had touched her inappropriately*».

En cuanto a *going forward*, que suplanta a *in future* o *in the future*, se utiliza para sugerir que el hablante se enfrenta al futuro con gran optimismo y energía: «*Despite this quarter's lacklustre numbers, we expect a rapid expansion going forward*».

Debería revisar a fondo mis opiniones, eso es lo que debería hacer. Debería desechar las más viejas y decrépitas y buscar otras nuevas, actualizadas, que las sustituyan. Pero ¿a quién recurre uno en busca de opiniones actualizadas?

Podría empezar a tener una idea distinta de ti. ¿Has pensado en eso? Te lo digo completamente en serio, Alan: si sigues adelante con tu plan, las cosas nunca volverán a ser lo mismo entre nosotros.

Más difícil de explicar es la preposición multiuso *in terms of*: *They made a lot of (money in terms of en vez de in) bribes*; *They made a lot of money in terms of (en vez de through) graft*; *They made a lot of money in terms of (en vez de under) false pretences*; *They made a lot of money in terms of (en vez de with) intelligent investments*; *They made a lot of money in terms of (en vez de by) investing intelligently*.

La razón fundamental de este uso parece ser como sigue. La forma lógica subyacente de la frase enunciativa es proposicional, es decir, la frase puede dividirse en un sujeto más un predicado que hace una afirmación sobre el sujeto. El predicado puede llevar unida una serie de razonamientos. Estos razonamientos pueden adquirir o no la forma de sintagmas preposicionales. En el caso de los sintagmas preposicionales, la preposición específica al inicio del sintagma (en la expresión *in bribes*, la preposición *in*) está más o menos dictada por el contenido semántico combinado del verbo (*make money*) y el resto del sintagma preposicional (*bribes*). Así pues, la misma preposición tiene poca carga informativa; viene a ser una nulidad

semántica.

¿A Anya? ¿A su amante y guía moral, el agente de bolsa Alan? ¿Puede uno comprar nuevas opiniones en el mercado? ¿Se permite a los ancianos de intelecto chocheante, mala vista y manos artríticas entrar en el parquet, o solo seríamos un estorbo para los jóvenes?

Alan y yo nunca nos hemos peleado, no de forma seria. Somos una pareja sensata. Como somos sensatos, como no tenemos unas expectativas irrazonables, como no pedimos cosas irrazonables, nuestra relación es muy buena.

Sobre la base de tal razonamiento, uno puede argüir que, de hecho, apenas hay necesidad de una gama de preposiciones, cada una con su propio significado: lo único que necesitamos es un solo marcador multiuso para anunciar el comienzo de un sintagma preposicional. *In terms of* cumple esa función.

La fusión del viejo repertorio de preposiciones en una sola indica que una parte influyente de hablantes anglosajones han tomado una decisión, aunque aún no está articulada: que el grado de concreción que exigía el uso del inglés aprobado es innecesario para los fines estrictos de la comunicación y que, en consecuencia, se impone cierta simplificación.

Vemos una evolución comparable en la simplificación de la regla de concordancia entre el sujeto y el verbo: *Fear of terrorist attacks are affecting travel plans*. Parece que la nueva regla de concordancia que se está imponiendo es que el número del verbo no está determinado por su sujeto sino por el número del sustantivo precedente más próximo a él. Tal vez vayamos hacia una gramática (una gramática asimilada) en la que la noción de «sujeto gramatical» no esté presente.

P. D., escribí. Noticias: estoy empezando a preparar una segunda y más suave serie de opiniones. Me encantará mostrársela si logro persuadirla para que vuelva. En algunas de ellas utilizo sugerencias que usted dejó caer. Una amable opinión sobre las aves, por ejemplo.

Los dos hemos vivido lo nuestro, sabemos de qué va la cosa. Yo le doy su espacio, él me da mi espacio. Yo no piso su territorio, él no pisa el mío. Así pues, ¿qué nos estaba ocurriendo? ¿Nos habíamos enzarzado por fin en nuestra primera gran pelea?

Mis notas sobre esta evolución del uso lingüístico fueron aumentando, hasta tal punto que empezaron a convertirse en un ensayo. Pero ¿de qué clase de ensayo se trataba: un análisis lingüístico objetivo o una velada diatriba sobre el declive de la calidad del idioma? ¿Podía mantener un tono de distanciamiento académico o ineluctablemente me embargaría el espíritu con que Flaubert escribió su *Diccionario de tópicos*, un espíritu de impotente desdén? Sea como fuere, ¿podría un ensayo publicado en una revista australiana tener más efecto sobre el habla inglesa cotidiana que el que las notas altivamente desdeñosas de Flaubert tuvieron sobre los hábitos de pensamiento de la burguesía de su tiempo? ¿Es de veras posible sostener el argumento (un argumento muy apreciado por los profesores preceptivistas) de que el embrollo de la acción puede achacarse al embrollo del pensamiento y que de este procede el lenguaje embrollado? La mayoría de los científicos son pésimos escritores, y sin embargo, ¿quién practica en su vida profesional el pensamiento preciso mejor que ellos? ¿No podría ser la incómoda verdad (incómoda para quienes tienen intereses en la corrección lingüística) que las personas corrientes utilizan el lenguaje exactamente como creen que lo requieren las circunstancias, que

Una amable opinión sobre el amor, o por lo menos sobre los besos entre un caballero y una dama. ¿Puedo convencerla de que les eche un vistazo?

Es como si Alan me leyera el pensamiento. ¿Es esto una pelea, Anya?, me pregunta. Porque, si lo es, no merece la pena. Abandonaré el plan, te lo prometo, si de veras quieres que lo haga. Tranquilízate. Consúltalo con la almohada. Medítalo. Dime mañana lo que has decidido. Pero no olvides que tan solo se trata de gatos y perros. Y ratas.

La única prueba que necesitan es si su interlocutor los entiende, que en la mayoría de los casos un interlocutor que comparte su lenguaje (su dialecto social y profesional) puede entender con rapidez, facilidad y éxito lo que quieren decir (que de todos modos no suele ser complejo), y, por lo tanto, los fallos de concordancia o las extravagancias sintácticas (*The fact is, is that...*) no tienen en la práctica ninguna importancia? Como dicen los hablantes corrientes tan a menudo cuando empiezan a tener dificultades para encontrar las palabras: «Ya sabes lo que quiero decir».

Observo a mis coetáneos de edad avanzada y veo a la mayoría de ellos

convertidos en viejos cascarrabias, permitiendo que su irremediable desconcierto ante el giro que están tomando las cosas se convierta en el tema principal de sus últimos años. Nosotros no seremos así, juramos, cada uno de nosotros: tendremos en cuenta la lección del viejo rey Canuto y nos retiraremos con elegancia ante la marea de los tiempos. Pero, de veras, a veces resulta difícil.

Tuve que esperar durante todo un día (un día que pasé tan nervioso que no escribí una sola palabra), pero mi nota surtió efecto. Sonó el timbre de la puerta.

Es la Liga Australiana Antivivisección. Así es como se llama. No es la UNESCO. No es Oxfam. Son un par de ancianas en una oficina de una sola habitación en Surry Hills, con una mesa, una máquina de escribir Remington, una caja de folletos polvorientos y, en una esquina, una jaula llena de ratas con cables en la cabeza. Estás decidiendo luchar por eso, y contra mí. Eso es lo que quieres salvar. Tres millones de dólares. No tendrían ni idea de qué hacer con ello. Si es que todavía existe. Si es que no ha desaparecido.

30. SOBRE LA AUTORIDAD EN LA NARRATIVA

En la novela, la voz que pronuncia la primera frase, luego la segunda y así sucesivamente —llamémosla la voz del narrador— no tiene, de entrada, ninguna autoridad. La autoridad es preciso ganársela; sobre el novelista recae la responsabilidad de desarrollar, partiendo de la nada, esa autoridad. Nadie supera a Tolstoi en el desarrollo de autoridad. En este sentido de la palabra, Tolstoi es el autor ejemplar.

Los anuncios de la muerte del autor y de la autoría que Roland Barthes y Michel Foucault hicieron un cuarto de siglo atrás se redujeron a la afirmación de que la autoridad del autor nunca ha sido más que un saco de trucos retóricos. Barthes y Foucault siguieron el ejemplo de Diderot y Sterne, que hace mucho tiempo convirtieron en un juego

Allí estaba ella, vestida de blanco, con la mirada baja, los brazos cruzados sobre el pecho. Mi queridísima Anya, le dije, ¡cuánto me alegro de verla!; y me hice a un lado, procurando no extender una mano, no fuera a ser que, como un pájaro asustado, ella emprendiera el vuelo de nuevo.

Ratas. No es que me importen las ratas. Ni siquiera los perros y los gatos, en abstracto. Y no es que al señor C, retozando en el cielo con sus nuevas alas y su arpa, le importara lo que le sucede a su ex cuenta bancaria. Sin embargo... sin embargo, algo malo se interpone entre Alan y yo. Me libero de su abrazo y me encaro a él. ¿Es este tu verdadero rostro, Alan?, le pregunto. Contéstame en serio. ¿Es esta la clase de persona que eres realmente? Porque...

La exposición de las imposturas de la autoría. Los críticos formalistas rusos de la década de 1920, de los que Barthes en particular aprendió mucho, concentraron sus esfuerzos en presentar a Tolstoi, por encima de todos los demás escritores, como un retórico. Tolstoi se convirtió en su blanco ejemplar debido a que la manera tolstoiana de relatar parecía tan natural, es decir, ocultaba tan bien su maestría retórica.

Como hijo de mi tiempo, he leído, admirado e imitado a Diderot y Sterne, pero jamás dejé de leer a Tolstoi, como tampoco pude persuadirme de que su efecto sobre mí era solo una consecuencia de su habilidad retórica. Lo he leído de una manera tan absorbente que me producía inquietud, incluso vergüenza, de la misma manera (creo ahora) que los críticos formalistas que tuvieron influencia en el siglo XX seguían

leyendo en su tiempo libre a los maestros del realismo: con culpable fascinación (sospecho que la misma teoría antiteórica barthiana del placer de la lectura tenía la intención de explicar y justificar el misterioso placer que Zola le procuraba). Ahora que la polvareda se ha posado, el misterio de la autoridad de Tolstoi, así como el de la autoridad de otros grandes autores, sigue intacto.

¿Me ha perdonado?

Me interrumpe. No grita, pero hay un temblor en su voz, como si tuviera que refrenarse. Abandono la idea ahora mismo, Anya, me dice. Se acabó. Basta de discusiones. Era solo una idea, y ya se ha terminado. No ha ocurrido nada. Me toma las manos, me atrae hacia él, me mira a los ojos. Haré lo que sea por ti, Anya. Te quiero. ¿Me crees?

Durante sus últimos años, Tolstoi fue considerado no solo como un gran autor sino también como una gran autoridad sobre la vida, un hombre lleno de sabiduría. Su coetáneo Walt Whitman tuvo un destino similar. Pero ninguno de los dos tenía mucha sabiduría que ofrecer: la sabiduría no era el objeto de su obra. Eran poetas por encima de todo; por lo demás, eran hombres corrientes, con opiniones corrientes y falibles. Vistos en retrospectiva, los discípulos que acudían a ellos en busca de iluminación parecen unos tristes necios.

Aquello en que los grandes autores son maestros es la autoridad. ¿Cuál es la fuente de la autoridad, o de lo que los formalistas llamaban el efecto de la autoridad? Si la autoridad pudiera lograrse tan solo mediante trucos retóricos, entonces sin duda Platón estaría justificado al expulsar a los poetas de su república ideal. Pero ¿qué autoridad se puede alcanzar por la mera apertura del yo del poeta a alguna fuerza superior, cesando de ser uno mismo y empezando a hablar de un modo profético?

Es posible invocar al dios, pero este no acude necesariamente. «Aprende a hablar sin autoridad», dice Kierkegaard. Al copiar aquí sus palabras, convierto a Kierkegaard en una autoridad. La autoridad no se puede enseñar, no se puede aprender. La paradoja es auténtica.

No se trata de perdón, respondió ella, todavía evitando mis ojos. Le dije que mecanografiaría su libro, y siempre hago lo que digo.

Hago un gesto de asentimiento. Solo lo creo a medias. Lo creo a medias. La otra mitad está a oscuras. La otra mitad es un agujero oscuro en el que uno de nosotros está cayendo, espero no ser yo.

Dilo en voz alta, me pide. Dilo como hay que decirlo. ¿Me crees? Te creo, respondo, y dejo que vuelva a abrazarme.

*

31. SOBRE LA OTRA VIDA

Una manera de dividir las religiones es entre las que consideran el alma como un ente perdurable y las que no creen tal cosa. En las primeras, el alma, eso a lo que el yo llama «yo», sigue existiendo por sí misma tras la muerte del cuerpo. En las otras, el «yo» deja de existir por sí mismo y lo absorbe un alma mayor.

El cristianismo solo ofrece la explicación más vaga de la vida del alma tras la muerte del cuerpo. El alma estará eternamente en presencia de Dios, enseña el cristianismo; aparte de eso no sabemos nada. A veces se nos promete que en la otra vida nos reuniremos con nuestros seres queridos, pero esta promesa tiene muy poco respaldo teológico. Por lo demás, solo hay vagas imágenes de arpas y de coros.

Es mejor que la teoría cristiana de la otra vida sea tan limitada. Llega al cielo el alma de un hombre que ha tenido una serie de esposas y queridas, y cada una de esas esposas y queridas ha tenido una serie de maridos y amantes, y cada uno de esos maridos y amantes... ¿Qué constituirá la reunión con sus seres queridos para las almas en esta galaxia? ¿Tendrá el alma de la esposa que pasarse la eternidad no solo con el alma de su amado esposo sino también con el alma de la detestada querida a la que su marido también amó en el reino temporal? ¿Gozarán quienes amaron a muchas personas de una vida ultraterrena más rica que quienes solo amaron a unas pocas? ¿O bien nuestros seres queridos quedarán reducidos a quienes amábamos en el último día de nuestra estancia en el mundo, y solamente a ellos? En el último caso, quienes pasamos nuestro último día atenazados por el dolor, aterrados y solos, sin el lujo de amar o de ser amados, ¿nos enfrentaremos a la soledad eterna?

Sin duda el teólogo, como teórico de la vida ultraterrena, replicará que la clase de amor que experimentaremos en el más allá resulta incognoscible desde esta vida temporal, de la misma manera que es incognoscible la clase de identidad que tendremos y nuestro modo de asociación con otras almas, y que por lo tanto sería mejor que dejáramos de especular. Pero si en la próxima vida «yo» llevaré una clase de existencia que ahora soy incapaz de comprender, entonces las iglesias cristianas deberían librarse de la doctrina de la recompensa celestial, la promesa de que la buena conducta en la vida presente será recompensada con la dicha celestial en la futura: quienquiera que sea ahora no lo seré entonces.

La cuestión de la persistencia de la identidad es incluso más crucial para la teoría del castigo eterno. O bien el alma en el infierno recuerda una vida anterior —una vida mal empleada— o bien no la recuerda. Si carece de tal recuerdo, entonces la condenación eterna debe de parecerle a esa alma la peor, la más arbitraria injusticia en el universo, prueba irrefutable de que el universo es maligno. Solo el recuerdo de quién fui y de cómo pasé mi tiempo en la tierra permitirá esos sentimientos de remordimiento infinito de los que se dice que son la quintaesencia de la condenación.

Resulta sorprendente que la idea de una vida personal ultraterrena persista en versiones intelectualmente respetables del cristianismo. Es tan evidente que llena un

vacío —la incapacidad de pensar un mundo del que el pensador está ausente— que la religión debería limitarse a considerar esa incapacidad como parte de la condición humana y dejarlo así.

La persistencia del alma en una forma irreconocible, desconocida para sí misma, sin memoria, sin identidad, es otra cuestión completamente distinta.

2. Segundo diario

01. UN SUEÑO

Anoche, un sueño turbador.

Me había muerto, pero aún no había abandonado el mundo. Estaba en compañía de una mujer, una de los vivos, más joven que yo, que había estado conmigo cuando morí y comprendía lo que me estaba sucediendo. Hacía lo posible por suavizar el impacto de la muerte mientras me protegía de otras personas, personas a las que no les importaba mi nueva situación y querían que partiera enseguida.

A pesar de su protección, aquella joven no me mentía. También ella dejaba claro que no podía quedarme; y, en efecto, yo sabía que mi tiempo era escaso, que disponía de uno o dos días como máximo y que, por mucho que protestara, llorase y me aferrase, no podía cambiar las cosas.

Ayer por la mañana llamaron a la puerta. El conserje, Vinnie, con su elegante uniforme azul. Una nota para usted, me dice. ¿Una nota?, respondo. Del caballero que vive en el 108, me dice. ¿En mano? En mano, dice Vinnie, que no tiene un pelo de tonto. Qué extraño, comento.

La nota, que podría haber echado al buzón o sustituido por una simple llamada telefónica, pero no, el señor C no cree en el teléfono, dice: *Buenas noticias. Acabo de enviar el manuscrito en el que usted y yo hemos trabajado tanto, lo cual merece una celebración. Así pues, ¿puedo invitarles a usted y a su marido a un refrigerio en mi piso mañana, viernes, por la tarde, alrededor de las siete? El excelente personal de Federico's se ocupará del catering. Cordiales saludos, JC. P. D.: Espero que esto no sea demasiado repentino.*

En el sueño vivía el primer día de mi muerte, muy atento a las señales de cómo mi cuerpo muerto empezaba a fallar. Tuve una levísima esperanza al comprobar lo bien que me enfrentaba a las exigencias de la vida cotidiana (sin embargo, procuraba no hacer demasiados esfuerzos).

Luego, al segundo día, mientras estaba orinando, vi cómo el chorro amarillo se volvía rojo, y entonces supe que todo aquello era cierto, que no se trataba de un sueño, por así decirlo. Poco después, como si me encontrara fuera de mi cuerpo, me oí decir: «No puedo comer esta pasta». Aparté el plato a un lado, y al hacerlo supe que si no podía comer pasta no podía comer nada. De hecho, la interpretación que daba a mis palabras era que mis órganos internos se deterioraban irremediabilmente.

En ese momento me desperté. Supe de inmediato que había estado soñando, que

el sueño había durado un tiempo considerable, al mismo ritmo que su propia narración, que era un sueño acerca de mi muerte, que tenía la suerte de haberme despertado. —*Todavía me queda tiempo*, me dije—, pero que no me atrevía a dormirme de nuevo (aunque era plena noche), puesto que volver a dormir sería volver al sueño.

Le mostré la nota a Alan. ¿Debo decirle que no?, le pregunté. Puedo ser franca con él. Eso es algo que me he ganado. Puedo decirle: Lo siento, nos sentiríamos fuera de lugar, no lo pasaríamos bien.

No, respondió Alan. Iremos. Él hace un gesto, nosotros haremos un gesto a cambio. Eso es urbanidad. Así es como funciona la urbanidad. Uno se relaciona con las personas incluso cuando no le gustan.

Una idea intrigante: escribir una novela desde la perspectiva de un hombre que ha muerto, que sabe que solo tiene dos días antes de que (su cuerpo, claro) se dé por vencido y empiece a descomponerse y heder, que no tiene nada que espere conseguir en esos dos días salvo vivir un poco más, cada uno de cuyos momentos está impregnado de aflicción. Algunas de las personas en su mundo simplemente no lo ven (es un fantasma). Algunas son conscientes de que está ahí; pero emite un hálito de superfluidad, su presencia les irrita, quieren que se vaya y que les deje seguir adelante con sus vidas.

Una de ellas, una mujer, tiene una actitud más complicada. Aunque lamenta que él se vaya, aunque comprende que está atravesando una crisis de despedida, de todos modos conviene en que lo mejor para él y para todo el mundo sería que aceptara su suerte y partiera.

Un título al estilo de *Desolación*. Uno se aferra a la creencia de que alguien, en alguna parte, lo ama lo suficiente para aferrarse a él, para evitar que se lo arrebatan. Pero esa creencia es falsa. Todo amor, al final, es moderado. Nadie lo acompañará a uno.

No comprendo cómo puede desagradarte tanto el señor C cuando nunca has tenido con él una conversación como es debido.

Porque lo conozco. Conozco el tipo de persona que es. Si a tu señor C lo nombraran dictador por un día, su primer acto sería ponerme ante un paredón y fusilarme. ¿No es eso suficiente para que alguien te desagrade?

El relato de Eurídice ha sido malinterpretado. Es un relato acerca de la soledad de la muerte. Eurídice está en el infierno con su mortaja. Cree que Orfeo la ama lo suficiente para ir a salvarla. Y, en efecto, Orfeo acude. Pero al final el amor que Orfeo siente no es lo bastante fuerte. Orfeo deja atrás a su amada y vuelve a su propia vida.

El relato de Eurídice nos recuerda que, desde el instante de la muerte, perdemos por completo la capacidad de elegir a nuestros compañeros. Somos arrastrados en un torbellino al destino que nos ha correspondido; no podemos decidir al lado de quién vamos a pasar la eternidad.

La visión griega de la vida ultraterrena me parece más veraz que la visión cristiana. El otro mundo es un lugar triste y apagado.

¿Por qué haría tal cosa? ¿Por qué querría fusilarte?

En primer lugar, porque gente como yo ha tomado las riendas del mundo de manos de gente como él, afortunadamente, por cierto; y en segundo lugar, porque eso te dejaría sin ninguna protección ante su lujuria senil.

No seas tonto, Alan. Quiere sentarme en sus rodillas y hacerme mimos. Quiere ser mi abuelo, no mi amante. Le diré que no. Le diré que no podemos ir.

No, de ninguna manera. Iremos.

¿Quieres ir?

Sí, quiero ir.

02. SOBRE LAS CARTAS DE LOS ADMIRADORES

En el correo de hoy ha llegado un paquete enviado desde Lausana que contenía una carta escrita a mano de unas sesenta páginas en forma de diario. La autora, anónima, empieza alabándome por mis novelas, y luego se muestra más crítica. Dice que no entiendo nada de las mujeres, sobre todo de la psicología sexual de la mujer. Debería limitarme a los personajes masculinos.

Cuenta un recuerdo que conserva de su infancia, el de su padre explorándole subrepticamente los genitales mientras ella está acostada en la cama y finge dormir. Dice que, en retrospectiva, comprende que ese episodio conformó su vida entera, imposibilitándole la sensación sexual recíproca y plantando en su corazón la semilla de la venganza contra los hombres.

De modo que fuimos. Esperábamos que hubiera mucha gente. Esperábamos al Sidney literario. Nos vestimos con elegancia. Pero cuando se abrió la puerta, allí estaba el señor C, con su vieja y apestosa chaqueta. Estrechó la mano de Alan. Cuánto me alegro de que hayan venido, nos dijo. Me dio dos discretos besos, uno en cada mejilla. Al fondo, una joven de negro con delantal blanco y una bandeja, esperando. Tomen una copa de champán, dijo el señor C.

Tres copas. ¿Éramos los únicos invitados?

El final de un túnel, le dijo el señor C a Alan. No podría expresarle el consuelo y la ayuda que su Anya ha significado para mí durante ese oscuro recorrido.

La autora parece ser de mediana edad tardía. Menciona a un hijo treintañero, pero no hace referencia alguna a un marido. El documento está dirigido nominalmente a mí, pero tras las primeras páginas podría estar dirigido a cualquier ser humano, cualquiera dispuesto a escuchar sus lamentos. Es como una carta dentro de una botella, y no es la primera que el mar arroja a mi orilla. Normalmente las autoras (solo son mujeres las que lanzan esas misivas) afirman que me escriben porque mis libros les hablan directamente; pero pronto se descubre que los libros solo hablan a la manera en que unos desconocidos que susurran entre ellos podrían dar la impresión de que están hablando de uno. Es decir, hay un elemento ilusorio en la afirmación, y de paranoia en la manera de leer.

Es interesante observar cómo fingen los hombres entre ellos. Lo veo también con los amigos de Alan. Cuando me lleva a alguna reunión con compañeros de la oficina, sus amigos no dicen: *¡Menudo bombón tienes aquí! ¡Qué par de tetas! ¡Qué piernas! ¡Préstamela para esta noche! ¡Puedes irte con la mía!* No lo dicen, pero eso es lo que se transmite entre ellos. He perdido la cuenta de las proposiciones veladas y no tan veladas que me han hecho los llamados amigos de Alan, no delante de Alan, pero de las que él está enterado de todos modos, en cierto nivel, porque para eso es para lo que estoy, por eso me compra ropa nueva y me lleva a sitios; también por eso luego me desea tanto, mientras puede verme todavía a través de los ojos de otros hombres como una mujer nueva, atractiva e ilícita.

La mujer de Lausana se queja sobre todo de su soledad. Se ha creado un ritual protector con el que se retira a descansar por la noche, con música de fondo y acostada cómodamente leyendo un libro, inmersa en lo que se dice a sí misma que es felicidad. Entonces, cuando empieza a reflexionar sobre su situación, la felicidad se convierte en inquietud. ¿Es realmente esto lo mejor que la vida proporciona, se pregunta, acostarse en la cama sola con un libro? ¿Es algo tan valioso ser una acomodada y próspera ciudadana de una democracia modélica, segura en su hogar en el centro de Europa? A pesar de sí misma, se siente cada vez más agitada. Se levanta, se pone la bata y las zapatillas y empuña la pluma.

Según lo que siembres, eso cosecharás. Escribo acerca de almas inquietas, y almas atormentadas responden a mi llamada.

Así que el señor C, que tiene setenta y dos años, está perdiendo control del dominio muscular y presumiblemente se orina en los pantalones, dice: *¡Qué consuelo y ayuda ha sido su Anya!*, y Alan interpreta enseguida lo que eso significa en el código de los chicos: *Gracias por permitir que tu novia me visite y se acaricie las caderas delante de mí y me alegre el olfato con su aroma; sueño con ella, la deseo a mi manera senil, ¡qué hombre debes de ser, qué semental, para tener una mujer como ella!* Sí, replica Alan, es muy buena en todo lo que hace; y el señor C capta la indirecta al instante, como debe ser.

03. MI PADRE

Los últimos paquetes llegaron ayer desde el lugar donde estaban almacenados en Ciudad del Cabo, sobre todo libros para los que no tenía espacio y papeles que había sido reacio a destruir.

Entre ellos había una pequeña caja de cartón que pasó a mi poder cuando falleció mi padre treinta años atrás. Todavía tiene pegada una etiqueta, escrita por el vecino que empaquetó sus pertenencias: «ZC, objetos varios de sus cajones». Contenía recuerdos de su paso por las fuerzas armadas sudafricanas en Egipto e Italia durante la segunda guerra mundial: fotografías en las que aparece con colegas del ejército, medallas y cintas, un diario interrumpido al cabo de unas semanas y no reanudado, bocetos a lápiz de monumentos (la Gran Pirámide, el Coliseo) y paisajes (el valle del Po), así como una colección de folletos de propaganda alemana.

La chica del delantal resultó encarnar la totalidad del personal de Federico's. Cuando trajo los aperitivos, Alan se había tomado dos copas de champán, y eso marcó la tónica de la velada. Yo dejé de beber enseguida, y el señor C apenas tomó un sorbo; pero durante la cena (codorniz asada con verduritas seguida por zabaglione, aunque el señor C prescindió de la codorniz y comió una tartaleta de nueces y tofu) Alan dio buena cuenta del shiraz.

Bueno, Juan, le dijo (¿Juan? Era la primera vez que oía a alguien dirigirse al señor C por ese nombre), ¿ha pensado en alguna proposición? En el fondo de la caja, algunos papeles dispersos de sus años finales, entre ellos un trozo de una hoja de periódico con unas palabras garabateadas: «puede hacerse algo mestoy muriendo».

La *Nachlass* que me dejaba un hombre que le pidió poco a la vida y recibió poco, que no era diligente por naturaleza («despreocupado» podría ser la palabra más amable), pero que de todos modos a partir de la mediana edad se resignó a un aburrido trabajo muy poco variado. Un hombre de la generación para la que se diseñó el apartheid, a fin de protegerla y beneficiarla; sin embargo, ¡qué escaso fue el beneficio que obtuvo! Desde luego, habría que tener el corazón de piedra para que, llegado el Día del Juicio, se le consignara al recinto reservado a los capataces de esclavos y los explotadores.

¿Proposición?

Sí, alguna proposición. Una reunión íntima y agradable, solos los tres... debe de tener algo en mente.

Pues no, nada, es solo una pequeña celebración.

Comprendí lo que estaba ocurriendo. Coge siempre desprevenido a tu interlocutor, esa es la regla número uno de Alan en cualquier negociación.

¿Y su próximo libro? ¿De qué tratará?

No tengo planes para un próximo libro, Alan. De momento hago un alto en las operaciones, para reagrupar mis fuerzas. Entonces veré qué posibilidades hay para el futuro.

Como me sucede a mí, le desagradaba la fricción, los altercados, las exhibiciones de cólera, y prefería llevarse bien con todo el mundo. Nunca me dijo qué pensaba de mí, pero estoy seguro de que en lo más recóndito de su ser no tenía una opinión muy elevada desu hijo. Un niño egoísta, debía de pensar, que se ha convertido en un hombre frío; ¿y cómo puedo negarlo?

En cualquier caso, helo aquí, reducido a esta patética cajita de recuerdos, y aquí estoy yo, su valetudinario custodio. ¿Quién los salvará cuando desaparezca? ¿Qué será de ellos? Pensar en ello me oprime el corazón.

De modo que ya no necesita los servicios de mi amiga aquí presente. Qué lástima. Los dos se llevaban tan bien... ¿No es cierto, Anya?

Alan, le dije. Cuando se aburre, Alan bebe mucho, como solía hacerlo cuando era estudiante, sin medida, para emborracharse. No intento contenerlo porque sé que no sirve de nada, ya que es algo dirigido contra mí: yo soy quien le ha metido en esta situación, y, tanto si me gusta como si no, he de soportarla.

04. *INSH'ALLAH*

«Bajo el signo de la muerte». ¿Por qué cada una de las cosas que decimos no debería ir acompañada de un recordatorio de que dentro de no mucho tiempo tendremos que despedirnos de este mundo? Las convenciones del discurso requieren que la situación existencial del escritor, que como la de todo el mundo es arriesgada, esté excluida de lo que escribe. Pero ¿por qué debería plegarse siempre a la convención? Detrás de cada párrafo el lector debería ser capaz de oír la música de la alegría presente y de la aflicción futura. *Insh'Allah*.

Mi adorable amiga, siguió diciendo, que ahora dispone de tanto tiempo que no sabe cómo ocuparlo, que se entregó en cuerpo y alma a la tarea que hacía para usted. Antes de que usted sufriera su pequeño contratiempo. Pero probablemente usted ni se dio cuenta.

Sí que me di cuenta, dijo el señor C. Anya ha hecho una contribución real, tangible. Se lo agradezco.

Confía en ella, ¿verdad?

Alan, le dije.

¿Por qué no nos levantamos de la mesa?, propuso el señor C. ¿Por qué no nos sentamos en la sala?

05. SOBRE LAS EMOCIONES DE LAS MASAS

Ayer finalizó el quinto y último partido de críquet entre Inglaterra y Australia, con victoria de Inglaterra. Entre los espectadores presentes en el campo (el Oval de Londres), y en los pubs de todo el país, hubo escenas de júbilo, con cánticos espontáneos del «Land of Hope and Glory», etcétera. En este momento los jugadores del equipo de críquet inglés son héroes nacionales, agasajados por doquier. ¿Soy solo yo quien detecta en su comportamiento ante las cámaras una vanidad nada atractiva, el engreimiento de unos muchachos no demasiado inteligentes a los que un exceso de adulación se les ha subido a la cabeza?

Vi a Anya por última vez a la mañana siguiente de la fatídica celebración, cuando aquel novio suyo o protector o lo que fuera aprovechó la oportunidad para insultarme y avergonzarla. Ella vino a pedirme disculpas. Me dijo que lamentaba que entre los dos me hubieran estropeado la velada.

Eran casi las nueve de la noche. Era una hora muy decente para retirarnos. Pero Alan no estaba dispuesto a marcharse. Alan empezaba a sentirse en su salsa. Con una copa en una mano y una botella de vino llena en la otra, se dejó caer pesadamente en una butaca. No hace ejercicio. Solo tiene cuarenta y dos años, pero cuando bebe se le enrojece la piel y respira con dificultad, como si estuviera mal del corazón.

Detrás de esta opinión avinagrada hay cierto grado de prejuicio e incluso de confusión. Aunque he entrado en mi octava década, todavía he de averiguar cómo se las arregla la gente para sobresalir en actividades atléticas y, al mismo tiempo, no ser moralmente excepcional. Es decir, pese a toda una vida de aprendizaje en la escuela del escepticismo, todavía parezco creer que la excelencia, *areté*, es indivisible. ¡Qué extraño!

En mi infancia, casi tan pronto como aprendí a lanzar una pelota, el críquet me entusiasmó, no solo como un juego sino también como un ritual. Ese entusiasmo no parece haber disminuido, ni siquiera ahora. Pero algo me desconcertó desde el principio: cómo un chico de la clase que yo parecía ser, reservado, tranquilo, solitario, podría destacar jamás en un juego en el que parecía triunfar otro tipo de carácter: práctico, irreflexivo, agresivo.

Los diablos se habían apoderado de él (esa fue la frase que utilizó), y cuando los diablos se apoderaban de Alan, no había manera de pararle los pies. Le dije que, a mi entender, si los diablos se habían apoderado de Alan, era él quien debería disculparse, y no su amiga. Alan jamás pide disculpas, respondió ella. Entonces, le dije, como una simple puntualización semántica, ¿puede uno disculparse apropiadamente en nombre de alguien que no considera necesario hacerlo? Ella se encogió de hombros. He venido a decirle que lo lamento, concluyó.

Debería usted, debería, decía Alan. Me refiero a confiar en ella. ¿Sabe por qué? Porque, aunque usted no lo sepa, ella lo ha salvado.

Las escenas de celebración en masa, como las que se han producido en Inglaterra, me proporcionan un atisbo de lo que me he perdido en la vida, aquello de lo que me he excluido al insistir en ser la clase de persona que soy: la alegría de pertenecer a una masa (de estar integrado en ella), de ser arrastrado por las corrientes del sentimiento de las masas.

¡Menudo descubrimiento para alguien que nació en África, donde la masa es la norma y el solitario la aberración!

De joven, nunca me permití dudar de que solamente de un yo desvinculado de la masa y crítico hacia ella podía surgir el auténtico arte. El arte que he logrado producir, sea cual fuere, de una u otra manera ha expresado esta desvinculación e incluso se ha enorgullecido de ella. Pero ¿qué clase de arte ha sido al final? El arte que no tiene el alma grande, como dirían los rusos, que carece de generosidad, no logra celebrar la vida, carece de amor.

¿Y qué hay del futuro?, le pregunté. ¿Va a seguir con ese hombre que no me pide disculpas y que presumiblemente no se las pide a usted?

Le ha salvado de las depredaciones (pronunció la palabra marcando cada sílaba, como para demostrar lo despejada que tenía la mente) de un malhechor anónimo. Que seguirá siendo anónimo. Que iba a dejarle en pelota picada.

06. SOBRE EL TUMULTO DE LA POLÍTICA

Hace unas semanas visité la Biblioteca Nacional en Canberra para dar una conferencia. A modo de prefacio hice algunas observaciones sobre la legislación pendiente en materia de seguridad. El periódico *The Australian* reprodujo estas observaciones en primera plana de una manera distorsionada. Incluían una cita en la que yo decía que mi novela *Esperando a los bárbaros* «surgió de la Sudáfrica de los años setenta, donde la policía de seguridad podía irrumpir en tu casa, amaratarte los ojos [*sic*: mi frase original era “vendarte los ojos”] y ponerte las esposas sin darte explicaciones, para llevarte a un lugar indeterminado y hacer contigo lo que quisieran». El diario afirmaba que yo había dicho de la policía que «podía hacer lo que quisieran porque no era posible ningún recurso real contra ellos, ya que unas cláusulas especiales de la legislación les procuraban inmunidad por anticipado». «Real» es otro error, y debe leerse «legal».

Alan y yo vamos a dejar nuestra relación durante un tiempo, respondió ella. Supongo que podríamos llamarlo una separación de prueba. Me voy a Townsville, donde pasaré algún tiempo con mi madre. Ya veré cómo me siento cuando las cosas se hayan calmado, quiero volver a intentarlo. Mi vuelo sale esta tarde.

¿De veras?, dijo C, que no podía haber supuesto de qué le estaba hablando Alan; probablemente imaginaba a un tipo enmascarado con una pistola en un callejón oscuro.

Seguía yo diciendo, aunque de eso no informaron, que cualquier periodista que se hiciera eco de alguna de tales desapariciones podía ser detenido y acusado de poner en peligro la seguridad del estado. «Todo esto y mucho más, en la Sudáfrica del apartheid —concluí—, se hacía en nombre de la lucha contra el terror. Yo pensaba que quienes crearon esas leyes que suspendían en efecto el imperio de la ley eran bárbaros morales. Ahora sé que no eran más que pioneros, adelantados a su tiempo».

Dos días después *The Australian* publicó una carta al director: si no me gustaba Australia, sugería su autor, debería volver a mi lugar de procedencia, o, si prefería Zimbabue, a Zimbabue.

Desde luego, había previsto la posibilidad de que mis observaciones en la biblioteca tocaran una fibra sensible, pero esa reacción, irascible, ilógica (¿por qué nadie habría de preferir Zimbabue a Sudáfrica?), rebosante de hiel, me desalentó

bastante. ¡Qué vida tan protegida había llevado! En el turbulento mundo de la política, una carta como esa no pasa de ser un pequeño pinchazo, y sin embargo me deja aturdido, como un golpe con una cachiporra de plomo.

Entonces, esta es nuestra despedida, le dije.
Sí, es la despedida.

Pero ella lo salvó, sí, Anya lo hizo, dijo Alan. Suplicó por usted. Es un buen hombre, dijo, tiene buen corazón, está del lado de los pisoteados y los oprimidos, con los que no tienen voz, con las humildes bestias.

07. EL BESO

En la pared de una habitación de hotel de Burnie, Tasmania, un póster: las calles de París, 1950; un hombre y una mujer jóvenes en el acto de besarse, el momento captado en blanco y negro por el fotógrafo Robert Doisneau. El beso parece ser espontáneo. Una oleada de sentimiento se ha apoderado de los jóvenes en pleno movimiento: el brazo derecho de la mujer no devuelve (todavía no) el abrazo del hombre, sino que pende libre, con una curvatura en el codo que es exactamente el reverso del abultamiento de su seno.

Su beso no es solo de pasión: con ese beso se anuncia el mismo amor. Uno puede reconstruir más o menos la historia de la pareja. Son estudiantes. Han pasado la noche juntos, su primera noche, se han despertado abrazados. Ahora tienen que ir a clase. En la acera, en medio de la muchedumbre matinal, de repente el corazón del chico se siente inundado de ternura. También el de ella, ella está dispuesta a entregarse a él un millar de veces. Así que se besan.

¿Y su profesión?, le planteé. ¿Qué me dice de su profesión?

Mi profesión. No lo sé. Tal vez ayude a mi madre durante un tiempo. Montó sin apenas nada una agencia de modelos, y ahora es la más importante del norte de Queensland. No está mal para una chica de una pequeña ciudad de Luzón que empezó sin nada.

Calla, Alan, le dije. Y a C: Alan ha bebido demasiado, y si continúa así nos avergonzará a todos.

En cuanto a los transeúntes y la cámara que está al acecho, no podrían importarles menos. De ahí, «París, ciudad del amor». Pero podría suceder en cualquier parte, esa noche de amor, ese arrebatado de sentimiento, ese beso. Incluso podría haber sucedido en Burnie. Podría haber sucedido en este mismo hotel, sin que nadie se percatara ni lo recordara, salvo los amantes.

¿Quién se decidió por ese póster y lo colgó? *Aunque soy un simple hotelero, también creo en el amor, puedo reconocer al dios cuando lo veo...* ¿es eso lo que dice su presencia?

Amor: eso que el corazón ansía dolorosamente.

Con su belleza, le dije. Debió de empezar, cuando menos, con su belleza y una cabeza bien amueblada sobre los hombros, a juzgar por la hija que ha tenido.

Sí, es guapa. Pero ¿adónde te lleva la belleza finalmente?

Ella suplicó, y escuché su súplica, dijo Alan. Vaya, he levantado la liebre. Escuché su súplica y desistí. Sí, la verdad, Juan, es que era yo, yo era el canalla en cuestión que estuvo a punto de robarle. Pero no lo hice. Gracias a mi amiga aquí presente. Mi adorable amiga con su delicioso coñito.

08. SOBRE LA VIDA ERÓTICA

Un año antes de que se suicidara, mi amigo Gyula me habló del erotismo tal como lo conocía en el otoño de su vida.

Gyula me dijo que cuando era joven, en Hungría, había sido un gran mujeriego. Pero al hacerse mayor, aunque seguía siendo tan agudamente receptivo a la belleza femenina como siempre, la necesidad de hacer el amor carnal con las mujeres se desvaneció. Tenía toda la apariencia de haberse convertido en el más casto de los hombres.

Me dijo que esa castidad externa era posible porque había dominado el arte de vivir una aventura amorosa en todas sus etapas, desde el enamoramiento hasta la consumación, en el interior de su cabeza. ¿Cómo podía hacer semejante cosa? El primer paso indispensable era captar lo que él llamaba una «imagen viva» de la amada, y hacerla suya. Luego daba cobijo a esa imagen y le insuflaba aliento, hasta llegar a un punto en el que, todavía en el reino de la imaginación, pudiera empezar a hacer el amor con ese íncubo suyo y, finalmente, conducirla al éxtasis; y de toda esta historia apasionada el original terreno no tendría la menor idea. (Sin embargo, el mismo Gyula también afirmaba que a ninguna mujer puede pasarle desapercibida la mirada del deseo que se posa en ella, incluso en una sala atestada, incluso aunque no pueda detectar su origen).

Los dos hicimos una pausa para reflexionar sobre adónde te lleva la belleza. Bien, le dije, si alguna vez quiere un empleo de editora literaria, hágamelo saber.

C estaba callado. Yo estaba callada. Alan se sirvió otra copa.

—Aquí en Batemans Bay han prohibido las cámaras en las playas y en los centros comerciales —dijo Gyula (Batemans Bay fue donde pasó sus últimos años)—. Dicen que es para proteger a los niños de las depredadoras atenciones de los pedófilos. ¿Qué harán a continuación? ¿Arrancarnos los ojos cuando pasamos de una determinada edad? ¿Hacernos ir por ahí con los ojos vendados?

Su interés erótico por los niños era escaso; aunque coleccionaba imágenes (había sido fotógrafo de profesión), no era un pornógrafo. Había vivido en Australia desde 1957 sin sentirse nunca a sus anchas. La sociedad australiana era demasiado puritana para sus gustos.

—Si supieran lo que pasa por mi mente —decía—, me crucificarían. Quiero decir

—añadía como una ocurrencia nueva—, con clavos auténticos.

Le pedí que me describiera los apareamientos imaginarios, que me dijera si le procuraban algo que se aproximara a la misma satisfacción que hacer el amor en el mundo real. Y por cierto, proseguí, y le planteé si había reflexionado alguna vez sobre que el deseo de violar mujeres en la intimidad de sus pensamientos podría ser una expresión no de amor sino de venganza, una venganza contra las jóvenes y hermosas por desdeñar a un feo viejo como él (éramos amigos, podíamos hablar así).

Se echó a reír.

De modo que eso era yo, una editora literaria, replicó. No lo sabía. Creía que era tan solo una humilde mecanógrafa.

En modo alguno, le dije, en modo alguno.

Pero todo eso ha terminado, dijo Alan. Capítulo concluido. ¿Cuál me ha dicho que va a ser su siguiente proyecto, Juan?

Aún no lo he decidido.

—¿Qué crees que significa ser un mujeriego? —replicó (era una de sus palabras favoritas en inglés, le gustaba hacerla girar en la lengua, *wo-man-i-zer*)—. Un mujeriego es un hombre que te desmonta y vuelve a montarte convertida en mujer. Es como un atomizador (*a-tom-i-zer*), que te descompone en átomos. Solo los hombres detestan a los mujeriegos, por celos. Las mujeres aprecian a un mujeriego. Una mujer y un mujeriego se compenetran de un modo natural.

—Como un pez y un anzuelo —le dije.

—Sí, como un pez y un anzuelo —contestó—. Dios nos ha hecho el uno para el otro.

Le pedí que me contara más acerca de su técnica.

Me dijo que todo consistía en ser capaz de captar, mediante la más profunda atención, ese gesto peculiar e inconsciente, demasiado ligero o huidizo para que lo note el ojo normal, con el que una mujer se entregaba, es decir, entregaba su esencia erótica, su alma. La manera en que giraba la muñeca para consultar su reloj, por ejemplo, o la manera en que se agachaba para ajustarse la correa de una sandalia.

Por cierto, no me habrá incluido en su libro sin que yo lo sepa, ¿verdad? No me

haría ninguna gracia haber figurado en él todo este tiempo y que usted no me lo hubiera dicho.

Ah, sí, iba a reagrupar las fuerzas, lo recuerdo. Y que, por el momento, ya no necesita los servicios de mi amiga. Sabe, Juan, es el primer hombre que conozco que ha intentado convencerme de que no sabe en qué emplear a Anya. Normalmente a los hombres se les ocurren toda clase de usos para Anya, la mayor parte de ellos innombrables en la sociedad decente. Pero tenga la seguridad de que, cuando dice que no sabe qué uso darle, le creo.

Una vez percibido ese movimiento peculiar, la imaginación erótica podía explorarlo a placer hasta que el secreto más recóndito de la mujer quedaba al descubierto, sin excluir cómo se movía en los brazos de un amante, cómo llegaba al momento culminante. Desde el gesto revelador, todo se seguía «como si estuviera determinado por el destino».

Mi amigo me describió sus procedimientos con gran franqueza, pero no, me pareció, con la actitud de quien ofrece una lección para que la siga quien le atiende. No tenía una gran opinión de mi criterio, en cuestión de mujeres ni de gestos esenciales ni de cualquier otra cosa. Yo había nacido en un continente salvaje y, a su modo de ver, me estaba vedado lo que era natural para los europeos, a saber, una mentalidad griega, es decir, platónica.

—No has respondido a mi pregunta inicial —le dije—. ¿Te procuran esas conquistas masturbatorias tuyas una verdadera satisfacción? ¿No preferirías, en el fondo de tu ser, una relación auténtica?

Él se irguió.

¿Se refiere en una de mis opiniones? ¿Qué opinión cree que podría haber querido expresar acerca de usted?

Anya me dice que su comportamiento es muy correcto. Es *galante*, desde luego, pero nada más que eso. Ni susurros indecentes ni manos demasiado largas. Todo un caballero a la antigua usanza, a decir verdad. Eso me gusta. Ojalá hubiera más como usted. Yo no soy *galante*, supongo que ya lo ha notado.

—Jamás uso la palabra «masturbación» —respondió—. La masturbación es para

los niños. La masturbación es para el principiante que practica con su instrumento. En cuanto a la relación auténtica, ¿cómo es posible que tú, que has leído a Freud, utilices esas palabras de una manera tan irresponsable? De lo que estoy hablando es del amor ideal, pero en el plano sensual. Si te niegas a comprender eso, no puedo ayudarte.

Me había juzgado mal. Yo tenía todos los motivos para comprender aquel fenómeno que él llamaba amor ideal en el plano sensual, todos los motivos para comprenderlo, adoptarlo y practicarlo por mi cuenta. Pero no podía hacerlo. Existía la relación auténtica, que conocía y recordaba, y después estaba la clase de violación mental que Gyula llevaba a cabo, y una cosa era distinta de la otra. La experiencia emocional podría ser similar, el éxtasis podría ser tan intenso como él afirmaba, ¿quién iba a discutir eso?, pero, en el más elemental de los sentidos, un amor mental no podía ser una relación auténtica.

No tiene por qué ser concretamente sobre mí, sino sobre las pequeñas mecanógrafas filipinas que creen saberlo todo.

No soy un caballero en ningún aspecto. Ni siquiera sé quiénes fueron mis padres, quiénes me engendraron, y no es posible ser un caballero si uno no conoce a sus padres, ¿no es cierto? ¿No le ha contado Anya mis antecedentes?

¿Por qué será que, tanto los hombres como las mujeres, pero sobre todo los hombres, estamos dispuestos a aceptar los impedimentos y los rechazos de las relaciones reales, cada vez más rechazos a medida que transcurre el tiempo, cada vez más humillantes, y, sin embargo, seguimos intentándolo? La respuesta: porque no podemos prescindir de la relación auténtica real; porque sin lo real perecemos, como si muriésemos de sed.

Anya se había mostrado malhumorada cuando le abrí la puerta (no iba a quedarse, solo había venido a pedirme disculpas...), pero ya se estaba animando. Unas pocas caricias más a sus pétalos y empezaría a brillar de nuevo con su color habitual.

¿No? Me crie en un centro de acogida de menores, en Queensland. Soy el único de allí que ha tenido éxito, el único interno que salió al mundo e hizo su fortuna de una manera legítima. Por tanto, un hombre que se ha hecho a sí mismo. ¿Sabe lo que valgo, señor Juan? No tanto como usted, supongo, claro está... ¿cómo podría yo saber cuánto vale usted?, pero mucho de todos modos. Un montón. ¿Y sabe dónde lo guardo? ¿No? Lo guardo aquí. Se dio unos golpecitos en un lado de la cabeza.

09. SOBRE EL ENVEJECIMIENTO

Hoy me dolía tanto la cadera que no podía caminar y apenas podía sentarme. Inexorablemente, día tras día, el mecanismo físico se deteriora. En cuanto al aparato mental, estoy siempre ojo avizor en busca de piezas del engranaje rotas, plomos fundidos, esperando contra todo pronóstico que dure más que su anfitrión corpóreo. Todos los viejos se vuelven cartesianos.

No hay opiniones sobre las mecanógrafas, le dije. Pero sí, está usted en el libro... ¿cómo no iba a estarlo cuando ha intervenido en su elaboración? Está en todas sus partes, en todas y en ninguna. Como Dios, aunque no a la misma escala.

Lo guardo aquí. Lo llamo recursos convertibles, recursos que puedo convertir en un instante, solo tengo que tomar la decisión. Algo similar a lo que hace usted, supongo. Probablemente usted también almacena recursos en la cabeza, relatos, argumentos, personajes, esa clase de cosas. Pero en su línea de trabajo se necesita tiempo para desarrollar sus recursos, meses y años, mientras que en mi caso es así —chascó los dedos— y listo. ¿Qué le parece?

10. IDEA PARA UN RELATO

Cierta universidad invita a una famosa novelista a dar una conferencia. Su visita coincide con la del profesor X, que acude para dar una charla sobre (por ejemplo) el sistema monetario hitita y lo que puede revelarnos sobre su civilización.

A la novelista se le antoja asistir a la charla del profesor X. Solo hay otras seis personas de público en la sala. Lo que X tiene que decir es interesante, pero se expresa con monotonía y hay momentos en los que la novelista deja vagar su imaginación. Incluso sestea brevemente.

Más tarde entabla conversación con el anfitrión académico de X. Descubre que este es muy estimado entre sus colegas eruditos; no obstante, mientras que a ella la han alojado en un lujoso hotel, X pernocta en el sofá de la sala de estar de su anfitrión. Azorada, descubre que, mientras que ella forma parte de un ala modestamente floreciente de la industria del entretenimiento, X pertenece a un grupo desatendido y desdeñado dentro del mundo académico: despojos de los malos tiempos de antaño, zánganos eruditos que no aportan dinero ni prestigio.

¿Me enviará un ejemplar?

Guardaré uno para usted. Puede venir a buscarlo. Pero no olvide que estará en alemán.

Silencio. Quédate callada y él se cansará, me dije, como uno de esos patos de juguete que anadean un rato y se paran cuando se les acaba la cuerda.

Al día siguiente, la charla de la novelista atrae a un nutrido público. En sus observaciones iniciales contrasta la cálida acogida que le han dado a ella con la fría bienvenida concedida a X (cuyo nombre no menciona). Dice que la disparidad le parece vergonzosa; ¿en qué se han convertido las universidades?

En la cena ofrecida en su honor tras la conferencia, descubre sorprendida que el decano, lejos de mostrarse molesto por sus observaciones, está complacido. Toda controversia es buena, le dice, toda publicidad es útil. En cuanto a X, los eruditos a la antigua usanza como él no están tan mal como ella parece pensar. Disfrutan de un empleo protegido y un sustancioso salario, ¿y a cambio de qué? De llevar a cabo unas investigaciones que, fuera de su pequeño campo de estudio, no son más que aficiones de anticuario. ¿Dónde sino en universidades solidarias y de espíritu cívico recibirían un trato tan bueno?

Al regresar a casa, la novelista escribe al profesor X y le cuenta su conversación con el decano. X le responde: No debe usted sentirse mal, dice, pues no me dediqué a los estudios hititas para hacerme rico o famoso. En cuanto a usted, añade, se merece cuanto ha recibido, porque tiene la chispa divina.

Eso no importa. Solo como un recuerdo. Tengo que irme ya. Tengo que hacer el equipaje.

La signorina Federico apareció con el café. Debía de haberlo oído todo desde la cocina. Lo que Alan había dicho sobre mí y mis partes íntimas. Las que estarán cerradas a cal y canto para él a partir de esta noche. Alan no le prestaba atención. No era lo bastante bonita para él.

La chispa divina, reflexiona ella: ¿cuándo tuve por última vez una chispa divina? Se pregunta cuál ha sido su verdadera motivación para escribir a X. Tal vez solo trata de excusarse por haberse quedado dormida durante la charla del profesor (seguramente él se había percatado).

Sería un relato perfectamente viable, en tono menor. Pero dudo de que jamás llegue a escribirlo. Últimamente, hacer esbozos de relatos parece haberse convertido en un sustituto de escribirlos. Pienso en Gyula y su harén de imágenes. Una de las consecuencias de envejecer es que uno ya no tiene necesidad del objeto en sí, que le basta con la idea del objeto: de igual modo, en asuntos del corazón, ¿alimentar una posibilidad, a la que Gyula llama amor ideal pero que las personas corrientes conocen más familiarmente como flirteo, puede convertirse en un sustituto, un sustituto nada desagradable, del mismo amor?

¿No está disgustado Alan por su partida? ¿No se sentirá solo?

No le afecta la soledad. Y si lo hiciera, puede venir a verme. Puede venir a pasar un fin de semana.

Así que no se han peleado, usted y él. No han hecho nada que no pueda remediarse.

¿Sabe quién fue el malhechor anónimo que estuvo a punto de quitarle su capital?, siguió diciendo. ¿Quiere adivinarlo?
Ya me lo ha dicho, dijo C. Usted.

11. LA FRANCE MOINS BELLE

La región de Francia en la que me encuentro más a gusto es el Languedoc, donde durante unos años tuve una segunda residencia. El Languedoc no es, ni mucho menos, la parte más atractiva de *la belle France*. Tierra adentro el clima es desabrido, de un calor sofocante en verano y gélido en invierno. El pueblo al que llegué procedente de ninguna parte era anodino, y sus habitantes hoscos. Sin embargo, en el transcurso de los años, la casa que adquirí en aquel lugar se convirtió en un refugio no tanto de mis afectos como de una facultad más misteriosa: mi sentido de la obligación. Durante mucho tiempo después de haber puesto fin a las visitas anuales y vendido la casita, *jolie* por fuera pero más bien sombría y un tanto melancólica en su interior, experimenté una profunda tristeza. ¿Qué sería de ella ahora que ya no estaría allí para vigilarla, para cuidar de ella?

No, no nos peleamos. No somos niños. Le dije que necesitaba un poco de aire fresco, eso es todo. Probablemente él también lo necesite. Adiós. Cuídese. Recuerde: manténgase lejos de los hospitales. Los hospitales le enferman a uno.

Exacto. Y la hermosa Anya me detuvo, Anya con su corazón de oro. Es mi jefe, suplicó, me trata bien, ¿cómo voy a engañarle? Siente debilidad por usted, Juan, ¿lo sabía?

Jamás he sentido con mucha intensidad los goces de la posesión. Me resulta difícil considerarme propietario de nada. Pero tiendo a adoptar el papel de guardián y protector de aquello que no es querido ni se hace querer, de lo que otras personas desdeñan o rechazan: perros viejos con malas pulgas, muebles feos que se han mantenido tenazmente íntegros, automóviles al borde del colapso. Es un papel al que me resisto; pero de vez en cuando la muda llamada de lo no querido derrota mis defensas.

Un prefacio para un relato que jamás escribiré.

Me ofreció la mejilla. Con mucha suavidad —no me había afeitado y no quería ofenderla—, posé mis labios sobre aquella tersa piel. Ella retrocedió lentamente y me

dirigió una larga y pensativa mirada. Frunció el ceño.

Alan, le dije. Miré a la chica; abandonó la sala y cerró suavemente la puerta de la cocina tras de sí.

12. LOS CLÁSICOS

Hago un repaso de la nueva narrativa que he leído en los últimos doce meses, tratando de encontrar un solo libro que realmente me haya emocionado, y no encuentro ninguno. Para experimentar esa profunda emoción he de volver a los clásicos, los episodios que en una era pasada habrían denominado piedras de toque, piedras que uno toca para renovar su fe en la humanidad, en la continuidad del relato humano: Príamo besando las manos de Aquiles, suplicándole que le dé el cuerpo de su hijo; Petya Rostov temblando de excitación mientras espera para montar su caballo la mañana en que morirá.

Incluso en una primera lectura, uno tiene la premonición de que en esa brumosa mañana de otoño nada irá bien para el joven Petya. Los toques de premonición que crean la atmósfera son bastante fáciles de esbozar, una vez que le han enseñado a uno cómo hacerlo, y sin embargo la escena emerge de la pluma de Tolstoi, una y otra vez, milagrosamente nueva.

¿Quiere que nos abracemos?, me preguntó. Y, como no le respondía, añadió: Ya que me marcho y es posible que no volvamos a vernos, ¿le gustaría darme un abrazo? ¿Para poder recordar más adelante cómo era? Y, aunque no me tendía exactamente los brazos, los alzó a medias a los costados, de modo que me bastaría con dar un solo paso para estrecharla.

Le llama a usted señor C, dijo Alan. Señor C, sénior ciudadano. Ese es el nombre privado que le da.

Petya Rostov, dice mi lector o lectora cuya cara desconozco y jamás conoceré... *No recuerdo a Petya Rostov*; y va al estante, saca *Guerra y paz* y busca entre sus páginas la muerte de Petya. Otro de los significados de «clásico»: permanecer en el estante, esperando a que lo saquen por milésima, por millonésima vez. El clásico: el perdurable. ¡No es de extrañar que los editores estén tan deseosos de afirmar que sus autores tienen la categoría de clásicos!

Así permanecemos un momento. *Vaya, quién puede imaginar los designios del*

Señor, me dije. En el fondo de mi mente había también un verso de Yeats, aunque no podía recordar las palabras, solo la música. Entonces di el paso requerido y la abracé, y durante todo un minuto permanecimos abrazados, este viejo encogido y aquella encarnación terrena de la belleza celestial, y podría haber continuado durante otro minuto, ella lo habría permitido, generosa como era; pero me dije: *Ya es suficiente*, y la dejé marchar.

*

¿Y qué me dice de usted? ¿Tiene un nombre privado para ella? ¿No? ¿No va a revelármelo? Anya me dice que está un poco decepcionada por cómo ha resultado ser su libro. Me lo dice en confianza. Espero que no le importe.

13. SOBRE LA VIDA LITERARIA

Durante los años en que ejercí como profesor de literatura, guiando a los jóvenes en viajes por los libros que siempre significarían más para mí que para ellos, me animaba diciéndome que en el fondo no era profesor sino novelista. Y, en efecto, fue como novelista y no como profesor como me gané mi modesta reputación.

Pero ahora los críticos entonan un nuevo estribillo. En el fondo, dicen de mí, no es después de todo un novelista, sino un pedante que tiene sus escauceos con la narrativa. Y he llegado a una etapa de la vida en la que empiezo a preguntarme si no tendrán razón, si, durante todo el tiempo en que creía ir por ahí disfrazado, en realidad iba desnudo.

El papel que desempeño hoy en la vida pública es el de una figura distinguida (distinguida por lo que nadie puede recordar muy bien), la clase de persona notable a la que se saca del lugar donde está almacenada y se le quita el polvo para que diga unas pocas palabras en un acontecimiento cultural (la inauguración de una nueva sala en la galería de arte; la entrega de premios en un festival *eisteddfod*) y luego vuelven a meterla en el armario. Un destino apropiadamente cómico y provinciano para un hombre que medio siglo atrás se sacudió de los pies el polvo de las provincias y entró resueltamente en el gran mundo para practicar *la vie bohème*.

Tras un largo silencio, una carta de Anya, desde Brisbane.
¡Hola, señor!

Espero que no se sienta herido. Anya no es un animal político, como debe de haber observado. Me dice que sus opiniones sobre asuntos políticos no la entusiasman.

Lo cierto es que jamás he sido bohemio, ni entonces ni ahora. En el fondo siempre he sido partidario de la sobriedad y además un creyente en el orden, en el proceder metódico. Uno de estos días, algún funcionario estatal colgará una medalla en mi hundido pecho y el proceso de mi nueva asimilación por parte de la sociedad se habrá completado. *Homais, c'est moi*.

«Yo no concibo [la inspiración] como un estado de gracia —escribe Gabriel García Márquez—, ni como un soplo divino, sino como una reconciliación con el tema a fuerza de tenacidad y dominio... Uno atiza al tema y el tema lo atiza a uno... Todos los obstáculos se derrumban, todos los conflictos se apartan, y a uno se le ocurren cosas que no había soñado, y entonces no hay nada en la vida mejor que

escribir^[8]».

Una o dos veces en mi vida he experimentado la elevación del alma a la que se refiere García Márquez. Tal vez tales elevaciones son realmente una recompensa a la tenacidad, aunque yo diría que la expresión «fuego constante» describe mejor la cualidad necesaria. Pero, al margen de cómo la llamemos, ya no la poseo.

Como ve, sigo sin poder llamarle por su nombre de pila, aunque no tenga usted nada de español. Cuando pensaba en usted, durante aquellos días en las Torres, siempre era «el señor» para mí, aunque sabía que usted quería que nos tratáramos de un modo más íntimo.

Ella esperaba algo más personal, algo más sustancioso. En cuanto a mí, normalmente no tengo tiempo para leer libros. Estoy ocupado con otras muchas cosas. Pero me tomé en serio este último esfuerzo suyo.

Leo la obra de otros autores, leo los pasajes llenos de una densa descripción que con cuidado y esfuerzo han compuesto con el propósito de evocar espectáculos imaginarios ante el ojo interior, y siento que el alma se me cae a los pies. Nunca he destacado por mi capacidad de evocar la realidad, y ahora me siento con menos ganas aún de acometer tal empresa. Lo cierto es que el mundo visible nunca me ha procurado mucho placer y no siento con demasiada convicción el impulso de recrearlo con palabras.

Un creciente distanciamiento del mundo es, por supuesto, la experiencia de muchos escritores cuando envejecen y se vuelven más serenos o más fríos. La textura de su prosa se diluye, su tratamiento de los personajes y de la acción es más esquemático. El síndrome suele atribuirse a la disminución del poder creador. Sin duda está relacionado con la reducción de las capacidades físicas, y sobre todo la capacidad de desear. No obstante, desde dentro, esa misma evolución puede interpretarse de una manera del todo distinta: como una liberación, tener la mente más despejada para emprender tareas más importantes.

Supongo que es un rodeo para decirle que para mí usted pertenece a otra generación y otro mundo, y no me refiero al mundo de mis padres (a veces he tratado de imaginarlos a usted y a mi madre juntos, pero ni siquiera podía colocarlos a los dos

en la misma secuencia), lo cual es un rodeo para decir otra cosa, que no necesito decir, porque estoy segura de que me comprende.

Lo comentamos un capítulo tras otro, Anya y yo, una sección tras otra, una opinión tras otra. Lo desmontamos. Le hice ciertas observaciones y ella me hizo las suyas.

El caso clásico es el de Tolstoi. Nadie es más sensible al mundo real que el joven León Tolstoi, el Tolstoi de *Guerra y paz*. Después de esa novela, según el consenso crítico, Tolstoi cayó en el largo declive del didactismo que culminó en la aridez de los relatos cortos de su última época. Sin embargo, al anciano Tolstoi la evolución debió de parecerle muy distinta. Debió de haber sentido que, lejos de declinar, se liberaba de los grilletes que lo habían esclavizado a las apariencias, permitiéndole enfrentarse directamente a la única cuestión que en verdad hacía vibrar su espíritu: cómo vivir.

En fin, una vez dicho esto, gracias por enviarme su libro, que no puedo leer, desde luego, pero usted ya lo sabe, y gracias en especial por enviarme los textos que no incluyó en el libro y que por suerte sí que puedo leer. Sé lo que quiere decir cuando afirma que no son verdaderas opiniones contundentes, pero son mis favoritas de todos modos. Las llamo sus opiniones suaves, espero que no le importe.

¿Cuál es nuestro veredicto?, se preguntará. A ver cómo se lo explico. Nuestro veredicto, nuestro veredicto conjunto, tiene dos partes. La primera, creemos que tiene usted una idea un tanto ingenua, demasiado optimista, de la naturaleza humana.

14. SOBRE LA LENGUA MATERNA

¿Tenemos cada uno de nosotros una lengua materna? ¿Tengo una lengua materna? Hasta fecha reciente aceptaba sin la menor duda que, dado que el inglés es el idioma que mejor domino, debo considerarlo mi lengua materna. Pero tal vez no sea así. Tal vez —¿es posible tal cosa?—, carezco de lengua materna.

Y es que en ocasiones, cuando escucho las palabras inglesas que surgen de mis labios, tengo la inquietante sensación de que la persona a la que oigo no es a la que llamo «yo». Es más bien como si a otra persona (pero ¿a quién?) la estuvieran siguiendo, imitando, incluso parodiando. *Larva-tus prodeo*.

Escribir es una experiencia menos perturbadora. Sentado aquí en silencio, moviendo la mano, evocando estas palabras inglesas, moviéndolas de un lado a otro, sustituyendo unas por otras, engarzándolas en frases, me siento cómodo, domino la situación. Recuerdo una escena de mi visita a unos grandes almacenes moscovitas: una mujer que contaba con un ábaco, la cabeza inmóvil, los ojos inmóviles, mientras los dedos volaban.

Supongo que debería sentirme celosa de la persona que me ha sustituido y las ha mecanografiado para usted, pero no lo estoy. Le deseo que sea feliz, y confío en que su libro se publique pronto en inglés y que tenga un gran éxito en las librerías.

Al contrario de lo que usted prefiere creer, la vida es realmente una lucha. Es una lucha de todos contra todos, y que nunca cesa. Sucede aquí, en esta sala, ahora mismo. ¿Puede negarlo? Anya lucha para salvarlo de mí y de mi voraz depredación. Usted lucha para apartar a Anya de mí. Yo lucho para poner a usted en su sitio.

Al final de una jornada de trabajo literario me encuentro con unas páginas a las que estoy acostumbrado a considerar *lo que quería decir*. Pero ahora, con una mayor cautela, me pregunto: ¿Son estas palabras, impresas en papel, realmente lo que quería decir? ¿Es suficiente alguna vez, como explicación fenomenológica, decir que en algún profundo recoveco de mi ser sabía lo que quería decir, tras lo cual busqué los símbolos verbales adecuados y los combiné una y otra vez hasta que logré decir lo que quería? ¿No sería más exacto decir que jugueteo con una frase hasta que las palabras en la página «suenan» o «son» correctas, y entonces dejo de jugar y me digo: «Eso debe de ser lo que querías decir»? En ese caso, ¿quién juzga lo que suena o no suena bien? ¿Es necesariamente el yo («yo»)?

A veces me sonrojo cuando pienso en los comentarios que hice sobre sus opiniones (al fin y al cabo, usted era el autor mundialmente famoso y yo solo la pequeña secretaria), pero entonces me digo: Tal vez apreciaba tener una perspectiva desde abajo, por así decirlo, una opinión sobre sus opiniones. Porque tenía la sensación de que corría usted un riesgo, al estar tan aislado, tan fuera de contacto con el mundo moderno.

Es usted un soñador, Juan. Un soñador, pero también un intrigante. Los dos somos intrigantes, usted y yo (Anya no lo es en absoluto), pero por lo menos yo no finjo. Soy un intrigante porque, si no lo fuera, me devorarían las demás fieras de la jungla. Y usted es un intrigante porque finge ser lo que no es.

¿Sería diferente la experiencia, sería menos complicada, mejor, si estuviera sumido a mayor profundidad, por nacimiento y crianza, en la lengua en que escribo; en otras palabras, si tuviera una lengua materna más verdadera y menos cuestionable que la inglesa con la que trabajo? Tal vez suceda que, en última instancia, todas las lenguas son extranjeras, ajenas a nuestro ser animal. Pero en cierto sentido que, precisamente, no está expresado y es inexpresable, no siento el inglés como un lugar de descanso, un hogar. Tan solo resulta que es una lengua sobre cuyos recursos he logrado tener cierto dominio.

Recuerdo que en una ocasión me dijo que no pondría sus sueños en el libro porque no cuentan como opiniones, por lo que es muy agradable ver que una de sus opiniones suaves es un sueño, el que me contó hace tiempo acerca de usted y Eurídice. Como es natural, me pregunto si no contiene un mensaje secreto, una petición de ayuda.

Se presenta usted como una voz de conciencia solitaria que habla en favor de los derechos humanos y todas esas cosas, pero me pregunto: si él cree de veras en los derechos humanos, ¿por qué no está ahí afuera, en el mundo real, luchando por ellos? ¿Cuál es su historial?

Desde luego, mi caso no es único. Entre los indios de clase media, por ejemplo, debe de haber muchos que se han educado en inglés, que hablan habitualmente esta lengua en su lugar de trabajo y en casa (salpicándola de curiosas locuciones locales para darle colorido), que dominan otras lenguas solo de una manera imperfecta y, sin embargo, mientras se escuchan hablar o mientras leen lo que han escrito, tienen la inquietante sensación de que hay algo falso en todo ello.

Es una lástima que esté tan solo en el mundo. A todos nos va bien tener a alguien al lado, para que nos ayude.

Y la respuesta, según mis investigaciones, es que su historial no es tan brillante. De hecho, su historial está prácticamente en blanco. Así que me pregunto: ¿qué pretende realmente con ese libro suyo? *Lea estas páginas*, le dice a mi amiga (mi amiga, no suya), mirándola con ternura a los ojos, *y dígame qué le parecen*: ¿qué demuestra eso? ¿Tengo que decirle a qué conclusión he llegado? He llegado a la conclusión de que demuestra que quiere poner las manos sobre mi hermosa amiga, pero tiene miedo de dar cualquier paso, no vaya a recibir una merecida bofetada.

15. SOBRE ANTJIE KROG

Ayer escuché por la radio unos poemas de Antjie Krog que la misma autora leía en traducción inglesa. La primera vez, si no estoy equivocado, que se dirige al público australiano. Su tema era amplio: la experiencia histórica en la Sudáfrica donde ha pasado toda su vida. Sus capacidades poéticas han aumentado en respuesta al desafío, negándose a empequeñecerse. Una sinceridad absoluta apoyada por una inteligencia aguda, femenina, y un cuerpo de experiencias desgarradoras en torno al cual gira su obra. Su respuesta a las terribles crueldades de las que ha sido testigo, a la angustia y la desesperación que evocan: volverse hacia los niños, el futuro humano, la vida que siempre se renueva a sí misma.

Nadie en Australia escribe con semejante intensidad al rojo blanco. El fenómeno de Antjie Krog se me antoja bastante ruso. En Sudáfrica, como en Rusia, la vida puede ser desdichada; pero ¡cómo salta a responder el espíritu valiente!

Alan decía de usted que era sentimental. Yo nunca lo he creído así. Él lo consideraba un socialista sentimental. Lo decía despectivamente, por supuesto. Cuando Alan despotricaba contra usted, nunca lo escuchaba mucho.

Demuestra un cortejo de un tipo especialmente tortuoso. *Por fuera puedo parecer ajado y repulsivo*, le dice a ella (por no mencionar su olor), *pero por dentro sigo teniendo los sentimientos de un hombre.*

16. SOBRE EL HECHO DE SER FOTOGRAFIADO

En el libro de Javier Marías *Vidas escritas* figura un ensayo sobre fotografías de escritores. Entre las fotografías reproducidas hay una de Samuel Beckett sentado en un rincón de un cuarto vacío. Beckett parece receloso, y, en efecto, Marías define su expresión como de «acosado». La pregunta es: acosado, perseguido, ¿por qué o por quién? La respuesta más obvia: por el fotógrafo. ¿Realmente decidió Beckett por su propia y libre voluntad sentarse en un rincón, en el cruce de tres ejes dimensionales, mirando hacia arriba, o el fotógrafo lo persuadió de que se sentara ahí? En esa posición, sometido a diez o veinte o treinta flashes de la cámara, con una persona inclinada sobre ti, no es difícil sentirte acosado.

La cuestión es que los fotógrafos llegan para llevar a cabo una sesión con alguna idea preconcebida, a menudo del tipo cliché, de la clase de persona que es el modelo que van a retratar, y se esfuerzan por corporizar ese cliché en las fotografías que toman (o, por seguir el giro idiomático de otras lenguas, las fotografías que hacen). No solo procuran que la persona pose según dicta el cliché, sino que cuando vuelven a su estudio seleccionan de entre los negativos los que más se aproximan al cliché. De ese modo llegamos a una paradoja: cuanto más tiempo tiene el fotógrafo para hacer justicia a su modelo, tanto menos probable es que le haga justicia.

Creía que ejercía demasiada influencia sobre mí, y por eso le desagradaba. Estoy segura de que esto no es nada nuevo para usted.

¿Me equivoco? ¿Me equivoco, Anya?

17. SOBRE LA ACTIVIDAD DE PENSAR

Si me viera obligado a poner una etiqueta a mi pensamiento político, diría que es un quietismo anarquista pesimista, o un pesimismo quietista anarquista, o un anarquismo pesimista quietista: anarquismo porque la experiencia me dice que lo malo de la política es el mismo poder; quietismo porque tengo mis dudas sobre la voluntad de ponerse a cambiar el mundo, una voluntad infectada por el impulso del poder; y pesimismo porque soy escéptico respecto a que, en lo fundamental, sea posible cambiar las cosas. (Esta clase de pesimismo es primo y tal vez incluso hermano de la creencia en el pecado original, es decir, de la convicción de que la humanidad no es perfectible).

Pero ¿doy realmente la talla como pensador, alguien que tiene lo que podemos denominar apropiadamente pensamientos, sobre la política o sobre cualquier otra cosa?

Debo decir que me chocó la primera vez que usted mismo se calificó de anarquista. Yo pensaba que los anarquistas vestían de negro y trataban de volar el Parlamento. Usted parece un anarquista muy tranquilo, muy respetable.

Me levanté. Es hora de volver a casa, Alan, le dije. Gracias, señor C, por invitarnos a su celebración. Lamento que la hayamos echado a perder, pero no es nada serio, nada que deba tomarse a pecho, es mejor olvidarlo, Alan ha bebido más de la cuenta.

Nunca me han resultado fáciles las abstracciones ni he sido ducho en el pensamiento abstracto. En el curso de una vida de actividad mental, la única idea que podría considerar abstracta se me ocurrió tardíamente, ya en la cincuentena, el día que caí en la cuenta de que ciertos conceptos matemáticos cotidianos podrían ayudar a clarificar la teoría moral, pues esta nunca ha sabido muy bien qué hacer con la cantidad, con los números. ¿Es matar a dos personas peor que matar a una, por ejemplo? En caso afirmativo, ¿hasta qué punto es peor? ¿El doble de malo? ¿No tanto como el doble... digamos una vez y media más malo? ¿Es robar un millón de dólares peor que robar un dólar? ¿Y si ese único dólar es el óbolo de la viuda?

Esta clase de preguntas no son meramente académicas. Los jueces deben ejercitar sus mentes con ellas a diario, cuando reflexionan sobre la cuantía de la multa que han de imponer, o la sentencia de prisión que deben dictar.

¿Ha tenido una excesiva influencia sobre mí? No lo creo. No creo que haya influido gran cosa en mí. No lo digo en un sentido negativo. Fue una suerte conocerlo cuando lo hice. De no haber sido por usted, probablemente seguiría con Alan; pero no ha influido en mí. Era la que soy antes de conocerlo y sigo siéndolo ahora, no he cambiado.

Te has olvidado de la segunda parte, dijo Alan. Siéntate, cariño, todavía no le he contado a Juan la segunda parte de nuestro veredicto.

La idea que se me ocurrió era bastante sencilla, aunque resulta engorroso expresarla verbalmente. En matemáticas, una serie totalmente ordenada es una serie de elementos en la que cada elemento ha de estar o bien a la izquierda o bien a la derecha de otro elemento. Por lo que respecta a los números, *a la izquierda de* puede interpretarse que significa menos que, y *a la derecha de* mayor que. Los números enteros, positivo y negativo, son un ejemplo de una serie totalmente ordenada.

Si una serie está solo parcialmente ordenada, no rige necesariamente el requisito de que cualquier elemento dado se encuentre *o bien* a la derecha de, *o bien* a la izquierda de cualquier otro elemento dado.

En cierto modo me ha abierto usted los ojos, eso lo admito. Me ha mostrado que existe otra manera de vivir, teniendo ideas, expresándolas claramente y esas cosas. Claro que hace falta talento para tener éxito con eso. Yo no podría hacerlo. Pero tal vez, en otra vida, si nuestras edades fuesen más compatibles, usted y yo podríamos vivir juntos y yo sería su inspiración. Su inspiración doméstica. ¿Qué le parecería eso? Podría sentarse ante su mesa y escribir, y yo me ocuparía del resto.

Para llegar a la segunda parte de nuestro veredicto, Anya y yo deliberamos de la siguiente manera: el hombre está haciendo una serie de declaraciones sobre el mundo moderno, nos dijimos, pero dirigidas a un público alemán. ¿No es eso un poco raro... escribir un libro en inglés para una panda de cabezas cuadradas? ¿Cómo se explica eso?

En la esfera de los juicios morales, podemos considerar *a la izquierda de* como peor que, y *a la derecha de* como mejor que. Si tratamos la serie de elementos sobre los que deseamos llegar a un juicio moral como constitutiva no de una serie totalmente ordenada sino de una serie parcialmente ordenada, entonces habrá pares de elementos (una sola víctima en contraposición a dos víctimas; un millón de dólares en contraposición a un óbolo) a los que no se aplica necesariamente la relación de orden, la cuestión moral ¿*mejor o peor*? En otras palabras, será preciso abandonar la uniforme línea de interrogatorio ¿*mejor o peor*?

En la esfera de las cuestiones morales, la suposición de que es posible ordenar todas y cada una de las series de elementos conduce directamente a un atolladero. ¿Qué es peor, la muerte de un pájaro o la muerte de un niño? ¿Qué es peor, la muerte de un albatros o la muerte de un niño insensible, con una lesión cerebral, conectado a una máquina que mantiene sus constantes vitales?

No me haga caso. Era solo una idea.

La verdad es que soy una persona bastante práctica. Usted nunca ha visto esa faceta mía, pero es cierto. Una persona práctica pero, lamentablemente, no una soñadora. De modo que si es una soñadora lo que está buscando, una soñadora que también le lave la ropa interior y le prepare platos fabulosos, tendrá que seguir buscando, porque yo no soy la que busca.

Esta es la explicación a la que llegamos: en el mundo anglófono, el mundo del pragmatismo y del sentido común, un libro de declaraciones sobre el mundo real no.

Por desgracia, es difícil renunciar al pensamiento en serie ordenada, que resulta intuitivamente atractivo. Esto se evidencia sobre todo en la jurisprudencia. Cuando los jueces israelíes trataban de dictar una sentencia más dura («peor») que la de muerte contra Adolf Eichmann, se les ocurrió: «Será ahorcado, su cuerpo se quemará hasta reducirlo a cenizas y estas se esparcirán fuera de los límites de Israel». Pero en esta doble sentencia (contra Eichmann y contra sus restos mortales) hay algo más que un atisbo de desesperación. La muerte es absoluta. No hay nada peor; y es así no solo para Eichmann sino para cada uno de los seis millones de judíos que murieron a manos de los nazis. Seis millones de muertes no son lo mismo que (no «suman en total», en cierto sentido no «exceden») una sola muerte («meramente» una muerte); sin embargo, ¿qué significa, que significa *con exactitud* decir que seis millones de muertes son, en conjunto, algo peor que una sola muerte? No es una parálisis de la facultad de razonar lo que nos deja contemplando impotentes la pregunta. La

pregunta misma es errónea.

He estado pensando en su amigo el fotógrafo húngaro y en lo que le dijo. La mayoría de los fotógrafos con los que he trabajado eran gays, eso es habitual en el mundo de la moda, pero aun así, cuando una cámara me enfoca sé que me muevo de un modo distinto, no importa quién esté detrás de ella. De hecho es más que eso, más que solo el movimiento. Casi parezco estar fuera de mí misma, observando el aspecto que tengo para la cámara. Es como verte en un espejo, incluso más que eso, porque no son tus ojos los que ven, sino los de otra persona.

Tendrá mucho gancho, viniendo de un hombre cuyo único logro se encuentra en la esfera de la fantasía.

18. SOBRE LAS AVES DEL AIRE

En otro tiempo la pequeña franja de tierra que hay frente a las Torres perteneció a las aves, que hurgaban en el lecho del riachuelo y partían las piñas para extraer los piñones. Hoy se ha convertido en un espacio verde, un parque público frecuentado por animales bípedos. Han enderezado el curso del riachuelo, lo han revestido de hormigón y ha pasado a formar parte de la red de conductos de agua.

Desde que empezaron a aparecer esos recién llegados, las aves se mantienen a prudente distancia. Todas salvo las urracas. Todas salvo la urraca jefe (así es como la considero), el más viejo, por lo menos el más majestuoso y maltrecho de los pájaros, del que imagino que es macho hasta el tuétano. Cuando estoy sentado en el banco, camina trazando lentos círculos a mi alrededor. No me está inspeccionando. No siente ninguna curiosidad por mí. Me está advirtiéndome, me advierte que me vaya. También está buscando mi punto vulnerable, por si tiene necesidad de atacarme, por si llegamos a esa situación.

Supongo que su amigo tenía fantasías con las chicas mientras las fotografiaba. Cuando menos me parece algo propio de un fotógrafo. Yo nunca pensaba en lo que estaba pasando por la cabeza del fotógrafo mientras hacía su trabajo.

En cambio, en países como Alemania y Francia la gente todavía tiende a arrodillarse ante los sabios de barba blanca. Dinos, oh, Maestro, te rogamos, ¿en qué se ha equivocado nuestra civilización? ¿Por qué se secan los pozos, por qué llueven ranas? ¡Mira tu bola mística e ilumínanos! ¡Muéstranos el camino hacia el futuro!

Al final del camino (así es como lo concibo), está dispuesto a contemplar la posibilidad de un compromiso: por ejemplo, un compromiso en el que me retiro a una de las jaulas protectoras que los animales humanos hemos levantado al otro lado de la calle, mientras él conserva este espacio como propio; o un compromiso por el que accedo a salir de mi jaula solo durante unas horas determinadas, pongamos entre las tres y las cinco de la tarde, cuando a él le gusta echarse una siestecita.

Una mañana oí un tamborileo repentino e imperioso en la ventana de mi cocina. Allí estaba él, aferrado al alféizar con las garras, aleteando, mirando furibundo al interior, advirtiéndome: ni siquiera dentro de casa podría estar seguro.

Ahora, a finales de primavera, él y sus esposas se pasan la noche entera cantándose unos a otros en las copas de los árboles. No les importa lo más mínimo

que no pegue ojo en toda la noche.

Quiero decir que nunca pensaba en eso a deliberadamente. Estropearía la imagen, la haría lasciva en cierto modo, que la modelo y el fotógrafo estuvieran confabulados, o así me lo parecía. Sé tú misma, me susurraba siempre a mí misma, con lo cual quería decir que debería sumergirme en mí misma, como en un estanque, sin formar ondas.

Usted, Juan, ha decidido probar suerte como gurú. A esa conclusión hemos llegado, Anya y yo. Ha echado un vistazo al mercado de trabajo (así es cómo lo imaginamos) y ha visto que está muy mal, en especial para los mayores de setenta años.

La urraca jefe no tiene una idea definida de cuánto viven los seres humanos, pero cree que no es tanto como las urracas. Cree que me moriré en esa jaula mía, me moriré de viejo. Entonces él podrá echar abajo la ventana, entrar pavoneándose y arrancarme los ojos a picotazos.

En ocasiones, cuando el tiempo es muy caluroso, se digna beber en la pila de la fuente pública. En el momento en que alza el pico para dejar que el agua le baje por el gaznate, resulta vulnerable al ataque, y lo sabe. Por eso procura mantener una expresión especialmente severa. Atrévete a reír, dice, e iré a por ti.

Nunca vacilo en concederle el pleno respeto, la plena atención que exige. Esta mañana ha atrapado un escarabajo y estaba muy orgulloso de sí mismo, visiblemente contento. Con el escarabajo impotente en su pico, las alas maltrechas y desplegadas a los lados, se acercó a saltitos hacia mí, deteniéndose al final de cada brinco, hasta que no estuvo a más de un metro de distancia. «Bien hecho», le murmuré. Él ladeó la cabeza para escuchar mi breve canto de tres sílabas. Me pregunté si me reconocía. ¿Había ido ahí con suficiente frecuencia para que, a sus ojos, constituyera parte de su entorno?

También me pregunto si su amigo húngaro realmente existe (existió). Tal vez es solo otro más de sus relatos. No es necesario que me lo diga. Puede ser un secreto entre los dos. Pero me gustaría saber por qué se suicidó.

Carteles en todas las ventanas: «No se admiten solicitudes de viejos». Pero entonces... hombre, ¿qué es esto? «Se busca: gurú anciano. Debe tener toda una vida de experiencia, sabias palabras para todas las ocasiones.

También hay visitas de las cacatúas. Una de ellas se posa apaciblemente en un ciruelo silvestre. Me mira y sujeta un hueso de ciruela con las garras, como diciendo: «¿Quieres un bocado?». Deseo decirle: «Esto es un parque público. Aquí eres tan visitante como yo, no deberías ofrecerme comida». Pero lo público, lo privado, no significan nada para ella. «Es un mundo libre», me dice.

En cualquier caso, tanto si su amigo fue real como si no, le confesaré que nunca me importó que usted tuviera fantasías conmigo. De otros hombres, en ocasiones, me ha molestado, pero no de usted. Era una de las maneras en que podía serle de ayuda... por lo menos eso me decía. Ponte guapa para el señor C, solía decirme cuando me preparaba para visitarle por la mañana, para el señor C, que debe de sentirse muy solo, todo el día ahí sentado sin nadie con quien hablar salvo el dictáfono y a veces los pájaros. Ponte guapa, para que pueda acumular recuerdos y tener algo con que soñar cuando se acueste esta noche.

Se valorará una larga barba blanca». ¿Por qué no intentarlo?, se dijo usted. Como novelista, no había sido debidamente elevado a los altares. Veamos qué pasaría como gurú.

19. SOBRE LA COMPASIÓN

Durante todos los días de la semana pasada el termómetro ha rebasado la marca de los cuarenta grados. Bella Saunders, que ocupa un apartamento pasillo abajo, me dice que está muy preocupada por las ranas en el lecho seco del riachuelo. ¿No se asarán vivas en sus pequeñas cámaras de barro?, me pregunta angustiada. ¿No se podría hacer algo para auxiliarlas? ¿Qué sugiere usted?, replico. ¿No podríamos sacarlas de ahí y tenerlas en casa hasta que haya pasado la ola de calor?, propone. La prevengo de que no lo intente. No sabría usted dónde cavar, le digo.

Hacia la puesta del sol observo que cruza la calle con una jofaina de plástico llena de agua, y la deja en el riachuelo. Por si las chiquitinas tienen sed, me explica.

Espero que no le importe que hable así. Habría sido mejor si usted hubiera pensado que todo era natural, que solo estaba siendo yo misma, que no tenía ni idea de sus pensamientos sobre mí. Pero no es posible ser amigos si no somos sinceros (el amor es otra historia), y si ya no puedo ser su pequeña mecanógrafa, por lo menos puedo ser su amiga.

El único problema es que en el mundo anglófono no nos creemos a nuestros gurús al pie de la letra. En las listas de ventas, ¿con quiénes vemos que compiten los gurús? Con los cocineros célebres. Con actrices que venden al por menor chismorreos rancios. Con políticos vetustos.

Es fácil burlarse de las personas como Bella, señalar que las olas de calor forman parte de un proceso ecológico mayor en el que los seres humanos no deberíamos interferir. Pero ¿no hay algo que esa crítica pasa por alto? ¿No formamos nosotros, los seres humanos, también parte de esa ecología, y nuestra compasión por las pobres bestezuelas no es tanto un elemento de ella como lo es la crueldad del cuervo?

Así que le diré con franqueza que jamás me sentí incomodada por sus pensamientos, que incluso los alenté un poco. Y nada ha cambiado desde que me marché, puede usted seguir teniendo todos los pensamientos que quiera acerca de mí (eso es lo bonito de los pensamientos, ¿no cree?, que la distancia no importa, ni la separación).

Y si quiere escribirme y contarme sus pensamientos, me parecerá muy bien, seré discreta.

No es precisamente una compañía distinguida. Así que usted se dijo: *Probemos en la vieja Europa. Veamos si la vieja Europa me prestará la clase de atención que me niegan en casa.*

20. SOBRE LOS NIÑOS

Otra lección de las horas que paso en el parque.

Los niños, en abstracto, me gustan. Los niños son nuestro futuro. Es bueno que los viejos estemos rodeados de niños, nos elevan el espíritu. Y así sucesivamente.

Lo que olvido de los niños es el jaleo incesante que arman. En una palabra, gritan. Gritar no es simplemente hablar desgañitándose. No es un medio de comunicación en absoluto, sino una manera de ahogar las voces de nuestros rivales. Es una forma de agresividad, una de las más puras que existen, fácil de practicar y enormemente eficaz. Puede que un niño de cuatro años no sea tan fuerte como un adulto, pero, desde luego, es más ruidoso.

Una de las primeras cosas que deberíamos aprender en el proceso de convertirnos en seres civilizados: no gritar.

Lo que no quiero, si me escribe o me llama, son noticias. Las torres Sydenham han quedado atrás, y Alan también. Así soy yo, esa es mi manera de ser: si me meto en algo, lo hago a conciencia, pero si no funciona, lo dejo atrás, está terminado, ya no existe. De ese modo mantengo una actitud positiva y puedo encarar el futuro. Así que no quiero noticias de Alan.

Pero veo que Anya me está lanzando miradas. Estamos abusando de su hospitalidad. Dios mío, cuánto lo siento. Tenemos que irnos. Gracias, Juan, por una velada espléndida. Realmente estimulante. Estimulante de veras, ¿no te parece, Anya?

21. SOBRE EL AGUA Y EL FUEGO

Lluvias intensas esta semana. Mientras contemplo el arroyuelo que cruza el parque convertirse en un torrente, comprendo lo profundamente ajena que es la naturaleza de la inundación. A esta no le extrañan ni desconciertan los obstáculos que encuentra en su camino. La extrañeza y el desconcierto no forman parte de su repertorio. Salta las barreras, aparta a un lado los obstáculos. La naturaleza del agua, como podrían haber dicho los presocráticos, consiste en fluir. Que el agua se extrañara, que vacilara un solo instante, sería contrario a su naturaleza.

El fuego es igualmente ajeno a lo humano. Uno piensa intuitivamente en el fuego como una fuerza devoradora. Lo que devora debe tener apetito, y saciarse forma parte de la naturaleza del apetito. Pero el fuego jamás se sacia. Cuanto más devora un fuego, tanto mayor se hace; cuanto mayor se hace, tanto más aumenta su apetito; cuanto más aumenta el apetito, tanto más devora. Lo único que se niega a ser devorado por el fuego es el agua. Si el agua pudiera arder, hace mucho tiempo que el mundo entero habría sido consumido por el fuego.

¿Le he dicho que le pedí a Alan que me enviara el resto de mis cosas? Le pedí que las enviara a casa de mi madre. Le dije que yo lo pagaría. Eso fue hace cuatro meses.

En el ascensor por fin tuve ocasión de hablar. Nunca te perdonaré lo que me has hecho sufrir esta noche, Alan, le dije. Jamás. Y lo digo en serio.

22. SOBRE EL ABURRIMIENTO

Decía Nietzsche que solo los animales superiores son capaces de aburrirse. Supongo que esta observación debe tomarse como un cumplido para el hombre, considerado uno de los animales superiores, aunque un cumplido de esos que no sabes cómo tomarlo: la mente del hombre es inquieta; a menos que se le proporcione algo en que ocuparse, la ofuscará la irritación, la consumirá la agitación, incluso, finalmente, un afán destructor maligno e insensato se apoderará de ella.

Tengo la impresión de que en mi infancia era nietzscheano sin ser consciente de ello. Estaba convencido de que el aburrimiento endémico entre mis coetáneos era una señal de su naturaleza superior, que expresaba un juicio tácito sobre lo que les aburría, fuera lo que fuese, y que, en consecuencia, lo que les aburría debía ser despreciado porque no satisfacía sus legítimas necesidades humanas. Así pues, cuando a mis condiscípulos les aburría la poesía, por ejemplo, yo llegaba a la conclusión de que el defecto estaba en la poesía, de que el hecho de que me absorbiera era anormal, culpable y, sobre todo, inmaduro.

No me ha respondido. Silencio. Si yo fuese otro tipo de persona iría al piso con una lata de queroseno (todavía tengo una llave) y le prendería fuego. Entonces sabría de lo que es capaz una mujer agraviada. Pero no soy así.

A la luz que brillaba en el techo del camarín, los carrillos de Alan colgaban flácidos. En aquel momento parecía lo que era: un australiano blanco de mediana edad, hosco, insatisfecho y medio borracho.

A este razonamiento me inducía gran parte de la crítica literaria de la época, según la cual los tiempos modernos (es decir, el siglo XX) exigían un tipo de poesía nuevo y moderno que rompiera decisivamente con el pasado, en particular con la poesía de los victorianos. Para el poeta realmente moderno no podía haber nada más retrógrado y, en consecuencia, más despreciable que el gusto por Tennyson.

El hecho de que Tennyson aburriera a mis compañeros de clase me demostraba, si hubiera necesidad de una prueba, que eran los auténticos aunque inconscientes portadores de la sensibilidad nueva y moderna. A través de ellos el *Zeitgeist* pronunciaba su severo juicio sobre la era victoriana y sobre Tennyson en particular. En cuanto al problemático hecho de que a mis compañeros de clase les aburriera igualmente (por no hablar del desconcierto que les causaba).

T. S. Eliot, se explicaría por el persistente amaneramiento de Eliot, quien no estaba a la altura de los rudos criterios viriles de aquellos muchachos.

No se me ocurría pensar que a mis compañeros de clase les aburría la poesía, al igual que les aburrían todas las asignaturas, porque no podían concentrarse.

Que se quede con tus cosas, dice mi madre, no son más que cosas, puedes comprarte otras, él es quien sale perdiendo, ¿dónde encontrará otra chica como mi Anya? Mi madre es muy leal. Así es como somos las filipinas. Buenas esposas, buenas amantes, también buenas amigas. Todo bueno.

Nada, le dije, nada que yo o el señor C hayamos hecho justifica la forma en que te has comportado.

Las consecuencias más graves de la conclusión ilógica a que había llegado (las inteligencias superiores son las que antes se hastían; en consecuencia, los que antes se aburren son los más inteligentes) tuvieron lugar en la esfera religiosa. Las prácticas religiosas me resultaban aburridas, y por lo tanto *a fortiori* mis coetáneos, como espíritus modernos, también debían encontrar la religión aburrida. El hecho de que no revelaran signos de aburrimiento, su voluntad de repetir como loros la doctrina cristiana y de profesar una moralidad cristiana mientras seguían comportándose como unos salvajes me parecían pruebas de su madura capacidad de amoldarse a la disyunción entre el mundo real (visible, tangible) y las ficciones de la religión.

Solo ahora, al final de la vida, empiezo a entender cómo las personas corrientes, los hastiados animales superiores de Nietzsche, se enfrentan realmente a su entorno. Lo consiguen no irritándose sino reduciendo sus expectativas, aprendiendo a esperar con paciencia a que se solucionen los conflictos y dejando que la maquinaria mental funcione a un ritmo más lento. Se adormecen; y como no les importa adormecerse no les importa aburrirse.

Para mí, el hecho de que mis profesores, los hermanos maristas, no aparecieran todas las mañanas revestidos en fuego y profiriendo unas profundas y terribles verdades metafísicas evidenciaba que no eran unos dignos servidores. (¿Servido-

No piense mal de Alan. Los malos pensamientos pueden amargarle el día, ¿y merece la pena dejar perder un día cuando no le quedan tantos por delante? Estese

tranquilo, trátelo como si no existiera, como si fuera un personaje de un mal relato que usted desechó.

Se abrió la puerta en la planta veinticinco.

Res de quién, de qué? No de Dios, desde luego —Dios no existía, eso no necesitaba que me lo dijeran—, sino de la Verdad, la Nada, el Vacío). En cambio, para mis jóvenes coetáneos los hermanos eran simplemente aburridos. Y lo eran porque todo lo demás era aburrido; y puesto que todo era aburrido, no había nada que lo fuese y te limitabas a aceptar que así eran las cosas.

Puesto que huía de la religión, suponía que mis compañeros también tenían que huir de ella, aunque de una manera más discreta, más hábil, que yo aún no había sido capaz de descubrir. Solo hoy me percaté de mi error. Jamás huyeron de ella, como tampoco lo hacen sus hijos ni sus nietos. Yo predecía que, cuando cumpliera los setenta, todas las iglesias del mundo habrían sido convertidas en graneros, museos o talleres de cerámica. Pero me equivocaba. Cada día aparecen nuevas iglesias por doquier, y no digamos ya mezquitas. De modo que es preciso enmendar la máxima de Nietzsche: si bien es posible que solo los animales superiores sean capaces de aburrirse, el hombre se revela el más superior de todos al domesticar el aburrimiento y darle un hogar.

Hemos tenido una buena relación, usted y yo, ¿no le parece?, y estaba basada en la sinceridad. Éramos muy sinceros el uno con el otro, y eso me gustaba. No siempre podía ser sincera con Alan. No puedes ser sincera en una relación de tipo matrimonial cuando vives con alguien, no absolutamente sincera, no si quieres que la relación dure. Esa es una de las cosas negativas que tiene el matrimonio.

Entendido, dijo Alan. Te he entendido perfectamente. ¿Y sabes lo que te digo yo, pajarillo mío? Te digo: que te jodan.

*

23. SOBRE J. S. BACH

La mejor prueba que tenemos de que la vida es buena, por tanto de que después de todo tal vez exista un Dios que se preocupa por nuestro bienestar, es que a cada uno de nosotros, el día que nacemos, le llega la música de Johann Sebastian Bach. Nos llega como un regalo que no nos hemos ganado, inmerecido, gratis.

¡Cómo me gustaría hablar una sola vez con ese hombre, que lleva tantos años muerto! «Vea usted cómo, en el siglo XXI, seguimos tocando su música, cómo la reverenciamos y amamos, cómo nos absorbe, conmueve y fortifica y nos hace felices —le diría—. En nombre de toda la humanidad, le ruego que acepte estas palabras de tributo, por inadecuadas que sean, y que olvide todo lo que soportó en aquellos últimos y amargos años de su vida, incluidas las crueles operaciones quirúrgicas de los ojos».

Haga lo que haga, no se deprima. Sé que cree que ya no es lo que era, pero lo cierto es que todavía es usted un hombre apuesto y un auténtico caballero, que sabe cómo hacer que una mujer se sienta mujer.

Mucho después de la ruptura con Alan, después del traslado a Queensland, después de que el señor C me envió su libro y yo le escribí dándole las gracias, llamé a la señora Saunders, de las Torres. Nunca llegué a conocer bien a la señora Saunders mientras viví allí, está un poco chiflada (ella fue quien me dijo que el señor C era de Colombia, debió de confundirlo con otro), pero vive en la misma planta que él y sé que tiene buen corazón (era ella quien daba de comer a los pájaros del parque).

¿Por qué es Bach y solo Bach con quien tengo este anhelo de hablar? ¿Por qué no Schubert («Y que olvide la cruel pobreza en que tuvo que vivir»)? ¿Por qué no Cervantes («Y que olvide la cruel pérdida de la mano»)? ¿Quién es Johann Sebastian Bach para mí? Al nombrarlo, ¿ nombro al padre que habría elegido si, de entre todos los vivos y muertos, se le permitiera a uno elegir a su padre? ¿Lo elijo en este sentido como mi padre espiritual? ¿Y qué es lo que quiero compensar haciendo que por fin aparezca una primera y leve sonrisa en sus labios? ¿Que haya sido, en mi época, tan mal hijo?

Las mujeres aprecian eso en un hombre, aunque a este le falten otras cosas. En cuanto a su obra, es usted sin duda uno de los mejores, de clase superior, y no lo digo solo porque soy su amiga. Sabe cómo atraer al lector (por ejemplo, en el fragmento sobre los pájaros del parque). Hace que las cosas tengan vida. Si he de serle sincera, las opiniones contundentes sobre política y lo demás no eran su fuerte, tal vez porque en la política no hay relato, tal vez porque está un poco desconectado, tal vez porque ese estilo no le va. Pero confío de veras en que algún día publique sus opiniones suaves. Si lo hace, no se olvide de enviarle un ejemplar a la pequeña mecanógrafa que le mostró el camino.

Señora Saunders, le dije, ¿me llamará si algo le sucediera al señor, si ingresara en el hospital o algo peor? Podría pedírselo a Alan, mi ex, pero hay cierta frialdad entre nosotros y, en cualquier caso, es un hombre y los hombres no se dan cuenta de esas cosas. Llámeme e iré.

24. SOBRE DOSTOIEVSKI

Anoche releí el quinto capítulo de la segunda parte de *Los hermanos Karamazov*, el capítulo en el que Ivan devuelve su boleto de admisión al universo que Dios ha creado, y me eché a llorar de modo incontrolable.

A nivel personal, las cosas me van bien. Me he trasladado a Brisbane, como puede ver. Townsville era demasiado pequeña para mí, en el fondo me gustan las ciudades grandes. Estoy saliendo con un hombre y somos felices juntos (creo). Es un australiano de pura cepa, tiene su propio negocio (aire acondicionado) y es más de mi edad (Alan no era adecuado para mí en ese aspecto). Tal vez acabemos casándonos... ya veremos. Él quiere hijos, y no he olvidado el consejo que usted me dio sobre no dejarlo para demasiado tarde.

No es que pueda hacer mucho por él, pues no soy enfermera, pero no me gusta imaginarlo solo, afrontando, ya sabe, el fin. No tiene hijos ni familia, que yo sepa, no en este país, por lo que no habrá nadie que se ocupe de los trámites, y eso no está bien, no es apropiado, ya me comprende.

No estoy segura de que la señora Saunders entendiera realmente lo que quería decirle, está un poco ida y, de todos modos, la presencia del señor C no destaca demasiado en su radar, pero tomó nota del número de teléfono y me prometió que llamaría.

No se lo diga a él, le pedí. Prométamelo. No le diga que le he preguntado por él. No le diga que estoy preocupada.

He leído esas páginas innumerables veces, y sin embargo, en vez de estar inmunizado contra su fuerza, cada vez soy más vulnerable a ella. ¿Por qué? No es que simpatice con las opiniones bastante vengativas de Ivan. Al contrario que él, creo que Jesús hizo la mayor de todas las contribuciones a la ética política cuando nos instó a los humillados y ofendidos a poner la otra mejilla, rompiendo así el ciclo de la venganza y las represalias. Así pues, ¿por qué Ivan me hace llorar aun a mi pesar?

Mientras estuve en Townsville, trabajé un poco como modelo, solo por diversión.

Si le apetece, busque en www.sunseasleep.com.au, que es un catálogo de pedidos por correo, donde aparezco en las páginas de camisones y ropa de dormir, con un aspecto muy atractivo, modestia aparte. Así que siempre puedo recurrir a eso, hasta que pierda mi belleza, lo cual es reconfortante.

Ella me lo prometió, valga eso lo que valga.

¿Estoy preocupada? La verdad es que no, no de la manera habitual. Todos hemos de morir, él es viejo, está tan preparado para irse como jamás lo estará. ¿Qué sentido tiene seguir en el mundo solo por seguir? Está bien mientras uno aún puede valerse por sí mismo, pero incluso en la época en que me marché de Sidney noté que empezaba a temblar y chochear un poco. No pasará mucho tiempo antes de que tenga que abandonar ese piso suyo y trasladarse a una residencia, y eso no será algo de su gusto. Así pues, no es tanto su muerte lo que me preocupa como lo que pueda sucederle antes de que llegue el final. Es posible que la señora Saunders tenga buen corazón, pero no es más que su vecina, mientras que yo siempre seré algo más.

La respuesta no tiene nada que ver con la ética o la política, y tiene que verlo todo con la retórica. En su diatriba contra el perdón Ivan utiliza descaradamente el sentimiento (los niños martirizados) y la caricatura (los terratenientes crueles) para promover sus fines. Mucho más poderosos que el contenido de su argumento, que no es fuerte, son los acentos de angustia, la angustia personal de un alma incapaz de soportar los horrores de este mundo. Es la voz de Ivan, tal como la presenta Dostoyevski, no su razonamiento, lo que me emociona.

¿Son reales esos tonos de angustia? ¿Siente «realmente» Ivan lo que dice sentir y hace que, en consecuencia, el lector «realmente» comparta los sentimientos de Ivan? La respuesta a la última pregunta es inquietante: es una respuesta afirmativa. Lo que uno reconoce, incluso mientras escucha las palabras de Ivan, incluso mientras pregunta si en verdad cree lo que dice, incluso mientras uno pregunta si quiere le-

Hace meses que no tengo noticias de Alan. Tras la ruptura, él me telefoneaba a diario pidiéndome que volviera. Pero nunca vino a verme en persona, y para mí la prueba del amor de un hombre consiste en ver si está dispuesto a arrodillarse ante ti y ofrecerte un ramo de rosas y pedirte perdón y prometerte que se enmendará.

Fue de mí de quien estuvo enamorado, a su manera de anciano, cosa que nunca me importó mientras no se propasara. Era su secretaria, su secreta aria, solía decirle (solo en broma), y él nunca lo negó. Si me hubiera tomado la molestia de escuchar en una cálida noche de primavera, estoy segura de que habría oído el eco de su suave canción de amor elevándose por el hueco del ascensor. Él y la urraca. El señor Melancólico y el señor Urraca, el dúo amoroso doloroso.

Levantarse y seguirle y devolver también su boleto, incluso mientras uno pregunta si no es mera retórica («mera» retórica) que está leyendo, incluso mientras uno pregunta, desconcertado, cómo es posible que un cristiano, Dostoyevski, un seguidor de Cristo, pudo permitirle a Ivan unas palabras tan poderosas... incluso en medio de todo esto hay suficiente espacio para pensar también: *¡Bendito sea! ¡Por fin lo veo ante mí, la batalla que se libra en lo más alto! Si a alguien (Alyosha, por ejemplo) le es concedido vencer a Ivan, mediante la palabra o el ejemplo, ¡entonces realmente la palabra de Cristo quedará confirmada para siempre!* Y, por lo tanto, uno piensa: *Slava, Feodor Mijailovich! ¡Que tu nombre resuene eternamente en las galerías de personajes famosos!*

Muy romántico, ¿verdad? Y también muy poco realista. En cualquier caso, Alan nunca vino, dejé de responder a sus llamadas y acabó por dejar de llamarme. Supongo que habrá encontrado a otra. No quiero saberlo, así que no me lo diga. Nunca debería haber abandonado a su mujer en primer lugar. Me culpo por ello. Debería haber seguido con ella.

Volaré a Sidney. Haré eso. Le sostendré la mano. No puedo irme con usted, le diré, va contra las reglas. No puedo irme con usted pero le sostendré la mano hasta que llegue a la puerta. En la puerta podrá soltarme y sonreírme para demostrar que es un chico valiente y subir a bordo de la barca o lo que sea que deba hacer. Le sostendré la mano hasta la misma puerta, estaré orgullosa de hacerlo. Y luego haré limpieza. Limpiaré su piso y lo ordenaré todo. Tiraré *Muñecas rusas* y el material privado restante a la basura, para que en el otro lado no tenga pensamientos deprimentes sobre lo que la gente de este lado dirá de usted. Llevaré su ropa a la tienda de beneficencia.

Y uno también le está agradecido a Rusia, a la Madre Rusia, por presentarnos con tan indiscutible certidumbre los niveles hacia los que todo novelista serio debe esforzarse, incluso sin la menor posibilidad de alcanzarlos: el nivel del maestro Tolstoi por un lado y el del maestro Dostoyevski por el otro. Siguiendo su ejemplo

uno se convierte en mejor artista. Aniquilan tus pretensiones más impuras; te aclaran la visión; fortalecen tu brazo.

Un consejo de amiga, antes de que me olvide. Pida a un profesional que le limpie el disco duro del ordenador. Puede que le cueste cien dólares, pero podría acabar ahorrándose un pastón. Busque en Servicios Informáticos en las Páginas Amarillas.

Sé que recibe mucho correo de admiradores que tira a la papelera, pero confío en que abra esta carta antes de tirarla.

Adiós.

Anya (también admiradora).

Y escribiré al hombre de Alemania, el señor Mittwoch, si es ese su nombre, para hacerle saber que se han terminado sus opiniones, que no recibirá ninguna más.

Le prometeré todo eso, y le sostendré la mano y le daré un beso en la frente, un beso como Dios manda, solo para recordarle lo que deja atrás. Buenas noches, señor C, le susurraré al oído: dulces sueños y vuelos de ángeles y todo lo demás.

AGRADECIMIENTOS

Doy las gracias a las siguientes instituciones y personas por permitirme utilizar diversas citas: Cambridge University Press por *On the Citizen*, de Thomas Hobbes (Cambridge, 1998); Carmen Balcells y el autor por *The Flavour of Guavas*, de Gabriel García Márquez (Londres, 1983); New Directions por *Labyrinths*, de Jorge Luis Borges (Nueva York, 1962); Oxford University Press por *Magika Hiera* (Nueva York, 1991), y Zone Books por *Myth and Tragedy in Ancient Greece*, de Jean-Pierre Vernant y Pierre Vidal-Naquet (Nueva York, 1990).

Deseo expresar mi agradecimiento a Danielle Allen, Reinhild Boehnke, Piergiorgio Odifreddi y Rose Zwi por los consejos que generosamente me dieron. De lo que he hecho con sus consejos solo yo soy responsable.



JOHN MAXWELL COETZEE (Ciudad del Cabo, Sudáfrica, 1940). J. M. Coetzee, Premio Nobel de Literatura en 2003, nació el 9 de febrero de 1940 en Ciudad del Cabo. Hijo de un abogado, este escritor, profesor y académico, se graduó en matemáticas y lengua inglesa en su ciudad natal y posteriormente se trasladó a Londres, donde trabajó como programador de ordenadores. En 1965 abandonó la capital británica y se instaló en Estados Unidos, donde estudió lingüística y literatura. En 2002 emigró de nuevo, esta vez a Australia, donde ejerce como profesor en la Universidad de Adelaida.

Debutó en 1974 como autor de ficción con *Tierras del Poniente* al que siguió *En medio de ninguna parte* (1977). En 1980 alcanzó notoriedad a raíz de la publicación de *Esperando a los bárbaros* y en 1983 obtiene su primer Premio Booker con *Vida y época de Michael K.* A partir de ese momento, la carrera literaria de Coetzee es cada vez más reconocida publicando otras novelas como: *Foe* (1986), una versión muy particular de las aventuras de Robinson Crusoe; *La edad de hierro* (1990); *El maestro de Petersburgo* (1994); *Infancia* (1998); *Desgracia* (1999) que le significa su segundo premio Booker; *Juventud* (2002); *Elizabeth Costello* (2003); *Diario de un mal año* (2007); *Verano* (2009) y *La infancia de Jesús* (2013).

Infancia, *Juventud* y *Verano* componen su autobiografía.

En España, J. M. Coetzee ha sido galardonado con el Premi Llibreter 2003.

NOTAS

[1] Thomas Hobbes, *On the Citizen*, editado y traducido por Richard Tuck, Cambridge University Press, Cambridge, 1998, capítulo 10, pp. 115-116. [Hay trad. cast.: *Tratado sobre el ciudadano*, edición de Joaquín Rodríguez Feo, Editorial Trotta, S. A., Madrid, 1999]. <<

[2] *Discours de la servitude volontaire*, secciones 20, 23. <<

[3] *El príncipe*, capítulo 18. <<

[4] H. S. Versnel, «Beyond Cursing: The Appeal to Justice in Judicial Prayers», en *Magika Hiera: Ancient Greek Magic and Religion*, ed. Christopher A. Faraone y Dirk Obbink, Oxford University Press, Nueva York, 1991, pp. 68-69. <<

[5] Jean-Pierre Vernant, «Imitations of the will in Greek Tragedy», en *Myth and Tragedy in Ancient Greece*, traducción de Janet Lloyd, Zone Books, Nueva York, 1990, p. 81. [Hay trad. cast.: «Esbozos de la voluntad en la tragedia griega», en Jean-Pierre Vernant y Pierre Vidal-Naquet, *Mito y tragedia en la Grecia antigua*, Ediciones Paidós, S. A., Barcelona, 2002]. <<

[6] «Funes The Memorious», traducción de J. E. Irby, en *Labyrinths*, edición de Donald A. Yates y J. E. Irby, New Directions, Nueva York, 1962, pp. 64-65. <<

[7] Judith Brett, «Relaxed and Comfortable», *Quarterly Essay*, n.º 19, 2005, pp. 1-79.

<<

[8] *The Flavour of Guavas*, traducción de Ann Wright, Verso, Londres, 1983, p. 34.

<<